
Un dulce beso en Navidad lo cambia todo
Dueto de Doce Noches
Colección de Novelas Cortas Navideñas
Carrie Lomax

Dueto de Doce Noches

LAS DOCE NOCHES

CARRIE LOMAX

Copyright © 2019-2024 por Carrie Lomax

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de breves citas en una reseña de libro.

Este libro no puede ser utilizado para entrenar ninguna base de datos de Modelos de Lenguaje Grande ni ser utilizado de ninguna otra manera en ningún programa de inteligencia artificial sin el permiso expreso por escrito de la autora. Ninguna plataforma tiene el derecho de sublicenciar a otros para reproducir y/o utilizar esta obra de cualquier manera con el propósito de entrenar tecnologías de inteligencia artificial para generar texto sin el permiso específico y expreso de la autora.

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, eventos y la mayoría de las ubicaciones son inventados por la autora; cualquier parecido con personas, lugares y eventos reales es típicamente coincidencial, excepto los nombres reales de lugares como ciudades y países.

Ilustración de portada por Dark Petals Creations.

Índice

Acerca del Dueto de Doce Noches

Doce Noches de Escándalo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11

Doce Noches de Perdición
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Epílogo

Nota de la autora
Acerca del Autor
Otras Obras de Carrie Lomax

Acerca del Dueto de Doce Noches

Las novelas navideñas de la Regencia Las Doce Noches siguen a dos primas que son opuestas y mejores amigas.

Amity es una chica de campo, callada y reservada, mientras que Holly es una chica de ciudad con un ingenio chispeante y caprichos veleidosos. El mayor objetivo de Holly es hacer un matrimonio brillante con un hombre apuesto y con título. Está a punto de recibir una propuesta de matrimonio del mejor amigo del hermano de Amity, Finlay Weston. Pero por mucho que Amity quiera apoyar a su querida amiga y adorada prima, no puede negar la verdad: ella está enamorada de él, mientras que Holly no lo está.

Descarga este romance de la Regencia navideño sobre el mejor amigo del hermano y el amor prohibido, o consigue ambas historias en Las Doce Noches.

Doce Noches de Escándalo



Uno

NAVIDAD, 1816

—ME NIEGO A USAR sábanas viejas en la fiesta navideña del tío Foster —Amity Mayweather tenía sus estándares, y estos no incluían bailar con ropa de cama. Su madre le lanzó una mirada exasperada. Un atisbo de culpa se formó en el pecho de Amity. Aun así, cruzó los brazos sobre su pecho y alzó una ceja. Luego, la barbilla.

—Podría enviar a Mary Anne en su lugar —reflexionó la señora Mayweather con naturalidad. Con la amplia sábana tan ancha como sus brazos, juntó las esquinas y la dobló cuidadosamente por la mitad—. Ella tiene al menos un vestido apropiado. Tu vestido verde podría arreglarse si le añadimos varios centímetros...

—Tu mejor oportunidad de ver a una de nosotras casada es enviar a Letty —interrumpió Amity a su madre. Su tercera hermana menor tenía toda la belleza de la familia. Amity juzgaba su propia apariencia como aceptable. Sus mejores rasgos eran una tez cremosa, ojos oscuros y dientes parejos, pero su cabello castaño se negaba a mantener los rizos en las raras ocasiones en que intentaba hacerlos. Su crecimiento al final de la adolescencia le había dado un busto, aunque no podía llenar un corpiño como lo hacía su hermana menor, Charity. A los dieciséis años, Charity podría haber sido considerada más atractiva si sus ojos grandes no se vieran compensados por una boca igualmente grande, que ejercitaba en gran medida, un rasgo que la familia esperaba que aún pudiera superar. Mary Anne, la segunda hermana mayor, era tan alta como una jirafa y casi igual de grácil, gracias a su miopía. Pero Leticia poseía todas las mejores cualidades de las hermanas combinadas. Una tez envidiable, figura alta y esbelta, y ojos de cierva del color de los helechos primaverales. Gracias a la muerte prematura del señor Mayweather y su hermano Ellis, la belleza de Letty era todo lo que cualquiera de las mujeres tenía para recomendarse en el matrimonio.

—Tú eres la mayor —respondió la señora Mayweather pensativa—. Además de ser la única chica que no ha tenido un vestido nuevo desde... —Su voz se quebró—. Podemos arreglar tu vestido de lana verde para refrescarlo y añadirle puños nuevos.

En los años transcurridos desde que los Mayweather habían perdido al padre y al hermano de Amity en una sola tarde, su posición en la vida había dado un brusco descenso hacia la penuria. Aunque la pensión de viudedad de su madre le daba a la familia el derecho a vivir en las instalaciones de Wells House, la mansión donde la señora Mayweather había sido una vez la señora, una desarmoniosa discordia entre Anne y su cuñado había hecho que la relación fuera insoportable. Los nuevos ocupantes Mayweather —el tío y la tía de Amity— deseaban tanto que su pariente recién dependiente se volviera a casar que prácticamente habían puesto a la viuda en duelo en un ronzal y la habían paseado por la plaza del pueblo para deshacerse de ella. La señora Mayweather se había ofendido tanto por la intromisión de su cuñado y su cuñada que había

mudado a la familia de cinco mujeres a Kearny, un pequeño pueblo en el límite entre Hertfordshire y Essex. Aunque encantador en una tarde soleada, había poco que recomendar del pueblo más allá de las propiedades baratas para alquilar.

Amity bajó los brazos.

—Puedo ponerme el vestido de terciopelo rojo de Charity si no está muy apolillado —ella y su hermana menor tenían una altura similar.

—¿Lo ves? Uno rojo, uno verde, uno blanco y tu mejor vestido azul con las cintas amarillas en el corpiño. Suficiente para una quincena de visitas. El azul será perfecto para el baile de la Noche de Reyes —la señora Mayweather habló con cierta determinación, una dureza que desmentía sus palabras alegres—. Es amable por parte del señor y la señora Mayweather —dijo, refiriéndose al tío y la tía de Amity, una confusión común en una familia tan grande—. Pocas familias están organizando fiestas este año debido a la mala cosecha.

El año había sido horriblemente frío. Los fracasos en las cosechas habían golpeado a Kearny con la fuerza de un ariete. Amity, Mary Anne, Leticia y Charity habían sobrellevado la transición de jóvenes damas bien educadas a cuidadoras de gallinas ahorradoras de centavos y jardineras reacias con relativa ecuanimidad. Pero este año, las mujeres se habían visto en apuros para descubrir cómo reunir comidas comestibles a medida que disminuía su dinero de los huevos. Se habían visto obligadas a sacrificar miembros de su rebaño para la olla del estofado.

—No puedes cortar tu último juego de sábanas buenas, madre —regañó Amity.

—Solo una —insistió su madre suavemente, mirando la larga caída de lino blanco inmaculado—. Hay dos en un juego, y fundas también. Todavía habrá suficiente para la primera chica que se case. Todas ustedes se están tomando su tiempo para eso, si soy sincera.

Quien se casara primero recibiría el contenido del baúl de la señora Mayweather como regalo de bodas. Contenía todo lo que habían salvado de su cómoda vida anterior y habían evitado vender para sobrevivir los años de escasez. Una colcha. Dos mantas de plumón de ganso tan ligeras, suaves y cálidas que sacarlas del baúl se había convertido en el ritual invernal favorito de Amity. Un cálido chal de cuadros, regalo de una amiga olvidada de la señora Mayweather, cuidadosamente conservado para cada invierno. Trajes de bautizo. Un cuenco y una cuchara de plata para bebé. Estos objetos habían sido investidos con sus sueños más sentidos. Era imperativo que cualquiera de las chicas Mayweather que se casara primero, se casara lo suficientemente bien como para merecer estos preciosos regalos.

Amity no se hacía ilusiones de que pudiera ser ella.

Observó cómo trabajaba la larga columna del cuello de su madre mientras tragaba. Encontrar prospectos de matrimonio adecuados podría haber sido más fácil si los Mayweather hubieran confesado el grado de su pobreza a sus parientes. Su capacidad para comprar cosas como tela para vestidos nuevos, o guantes, o cintas para los sombreros que intentaban reparar tejiendo paja en los agujeros, podría haberse aliviado con unas pocas monedas de sus parientes más adinerados si la señora Mayweather se hubiera inclinado a pedirlas.

—Intentaré encontrar un marido en la fiesta —respondió Amity con un nudo en la garganta. Los lujos como el amor y el romance estaban muy fuera de su presupuesto.

—Todo lo que quiero es que mi hija mayor... —Amity no pasó por alto la vacilación en la voz de su madre, pues su hermano, Ellis, había sido mayor por un año— disfrute de esta visita con su prima favorita.

Amity sonrió.

—A Holly no le importará cómo me vista, mamá. Guarda tus sábanas. Ver a Holly es el mejor regalo que podría pedir esta Navidad.

Copos de nieve tan gordos como plumas de ganso flotaban desde el brillante cielo invernal para disolverse en las mejillas de Amity. Debajo de la manta de piel del trineo casi tenía demasiado calor. Un ladrillo a sus pies hacía que el sudor humedeciera las dobles capas de medias en sus botas gastadas pero resistentes. Su aliento empañaba el aire frío.

—Hace tanto tiempo que no te veía —dijo su prima, apretando su mano enguantada. La sonrisa contagiosa de Holly revelaba unos dientes blancos y parejos sobre un labio inferior carnoso. Su pelo rubio había sido rizado en tirabuzones que rebotaban mientras el caballo los llevaba sobre la nieve recién caída. Todo en lo que Amity podía pensar durante el largo viaje era en lo poco que merecía esto y cuánto le había costado a su madre enviarla a tal distancia. En otros tiempos, no habría sido nada, pero esos días habían quedado atrás. Escondidas en lo profundo de su bolsillo había un puñado de monedas, la parte de Amity del dinero de los huevos.

—Guardé cada carta —dijo Amity, devolviendo el apretón—. Por pocas que fueran.

Holly se rió, un sonido tintineante que hirió los oídos de Amity. Holly tenía los medios para escribir a menudo. Amity no. Ella estiraba su dinero guardando retazos de papel y escribiendo en ellos con plumas de gallina afiladas como cálamos. Las plumas de escritura adecuadas se endurecían para mantener una punta afilada entre recortes. La variedad del patio trasero dejaba manchas en sus misivas que hacían que partes de las cartas de Amity fueran casi ilegibles.

—Me conoces —asintió Amity con todo el humor que pudo reunir.

—¿No podrías haber usado una hoja de papel entera? —bromeó Holly, sin saber cómo dolía. Amity se concentró en el aire vigorizante y el tintineo de los arreos del caballo, pero su prima continuó—. No puedes estar tan ocupada en ese pueblecito como para tener que garabatear notas en cualquier papel que encuentres a mano.

—Mis pensamientos corren demasiado rápido para capturarlos de una vez —Amity forzó una risa. En realidad, daría su brazo derecho por una pila decente de papel de escritura. Amity apartó el pensamiento. El trineo dio la vuelta a una curva del camino. Su respiración se detuvo mientras esperaba vislumbrar la casa de su infancia... ahí estaba. Más allá de los árboles, Wells House se alzaba como siempre. El corazón de Amity se expandió ante la vista que se extendía ante ella, atemporal y grandiosa. Cuando se acordó de sí misma, preguntó—: ¿Cómo estás disfrutando de Londres?

La pregunta rutinaria no le costó nada hacer. Amity había estado a punto de su primera temporada cuando su padre y su hermano murieron en un accidente de carruaje. Londres seguía siendo indistinto en su imaginación.

—¡Me encanta! —Holly aplaudió, antes de enterrar sus manos enguantadas en las mantas—. Los bailes, el baile, el teatro, todo es tan médico. Ojalá pudieras estar allí, Amity. Prosperarías.

Golpearon un bache y volaron una pulgada por encima de los asientos de cuero. Los dientes de Amity chocaron cuando aterrizaron. Holly se rió.

—O me volvería loca —respondió Amity con sarcasmo. A pesar de su negativa, un germen de celos brotó en su pecho. Holly estaba viviendo la vida que ella podría haber tenido, si el padre o el hermano de Amity aún respiraran. La envidia era una emoción inútil, sin embargo, así que Amity la apartó—. Mi sensibilidad campestre no es adecuada para la vida de la ciudad.

—Tonterías. Desearía que estuvieras allí conmigo. Mi padre me está presionando para que acepte a un pretendiente —Holly hizo una mueca—. Finlay Weston, créelo o no.

La sangre de Amity se congeló como si el carruaje hubiera tomado un desvío inesperado hacia el río.

—¿No mi Finn?

—No, no el tuyo. El de Ellis —Holly se tapó la boca con la mano—. ¿Te duele hablar de tu hermano?

—Por supuesto que no —respondió Amity, distante. Podría hablar de Ellis durante horas. Su hermano había sido su mejor amigo y compañero constante en los veranos cuando no estaba en la escuela. Él pensaba que la escuela era aburrida, pero Amity anhelaba más que las simples lecciones proporcionadas por la institutriz y, más tarde, los tutores, para las niñas educadas en casa. Ella, Finn y Ellis habían sido inseparables cada verano, ya fuera que los chicos hubieran acogido su presencia o no—. ¿Viene entonces?

—¿El Señor Culo de Póker? —Holly soltó una risita. Amity le lanzó una mirada escandalizada a su prima—. Ya no es el chico con el que jugabas. El señor Weston es apuesto, pero no tiene ni pizca de humor.

Amity se puso una sonrisa forzada. Finlay Weston no era el único que había cambiado. En los tres años desde que Amity había visto por última vez a su prima y mejor amiga, Holly había adquirido cierta afectación calculadora que se podría llamar "refinamiento". Sonreía demasiado y movía la cabeza coquetamente. Aunque era más hermosa que nunca, a Amity le gustaba menos que cuando eran niñas trenzándose el cabello durante las infrecuentes visitas a Wells House. Aun así, era la prima favorita de Amity, y su presencia en Wells House esta Navidad era un privilegio que Amity estaba decidida a disfrutar.

El trineo se detuvo frente a la gran casa de piedra, y Amity contempló el edificio que albergaba sus recuerdos más felices de la infancia. La tristeza tiró de su corazón. Deseaba que Finlay Weston no viniera. No había nadie en el mundo que Amity quisiera ver menos. Le recordaría cuánto había cambiado todo, y no para mejor. Ese camino llevaba a la autocompasión. Enderezó los hombros.

—Debes protegerme de él —susurró Holly, apretando su mano lo suficiente como para pellizcar los dedos de Amity—. Quédate a mi lado para que el señor Weston no tenga la oportunidad de proponerme matrimonio.

—¿No te preocupa que después de una cuarta temporada, te quedes soltera? —preguntó Amity, devolviendo el apretón.

—No, porque tengo un pretendiente secreto —confió Holly mientras el trineo se detenía frente a la casa—. Padre no lo aprueba, pero estoy enamorada de Lord Stanton.

El nombre no significaba nada para Amity.

—Si el tío Foster no lo aprueba, ¿por qué crees que daría su permiso?

—No lo hará, a menos que pueda encontrar una forma de disuadir al Señor Culo de Póker —dijo Holly con indiferencia—. Lo siento, sé que era tu querido amigo. No debería hablar así.

—Nunca me apartaré de tu lado —juró Amity. Se aferró a su capa de lana alrededor del cuello y dejó que el lacayo la ayudara a bajar del trineo. El alto espíritu de Holly y su inclinación por la intriga deberían hacer que las vacaciones de Navidad fueran entretenidas.

Dos

DEBIDO a una renovación de la gran casona que se había extendido mucho más allá de la fecha de finalización proyectada y que no se completaría hasta la primavera, Finlay Weston no tenía dónde alojarse en Navidad. Oh, estaba la pulcra casa de su hermano menor en el condado vecino, o la casa de su hermana en Londres, donde residía con su marido abogado y cuatro niños pequeños, pero los niños pequeños le daban dolor de cabeza. Su madre también se había instalado en la ciudad. Lógicamente, allí era donde debería pasar las fiestas.

Sin embargo, había que considerar a la señorita Holly Mayweather. Su brillante sonrisa y sentido de la moda la convertían en una excelente futura señora de Weston Manor.

El carruaje avanzaba con dificultad a través de la nieve fresca y dio la vuelta a la curva, donde la vista de Wells House se extendía ante él, tan encantadora como una vista en un cuadro enmarcado. Wells House resplandecía con luces acogedoras en cada ventana bajo su manto de nieve. El anochecer había caído hacía horas. En algún lugar detrás de la casa, los niños podrían estar explorando el paisaje invernal, como él y su mejor amigo Ellis Mayweather habían hecho de niños. Finlay sintió que su boca se curvaba en una media sonrisa ante el recuerdo. Deslizarse en trineo. Lanzar bolas de nieve. Construir fuertes.

Un latido después, recordó el terrible día en que Ellis y su padre habían caído por un precipicio en un carruaje. Ellos, dos lacayos y los caballos habían perecido en el accidente. La alegría se derritió tan fácilmente como un copo de nieve en su mejilla. El familiar vaivén de emociones era la razón principal por la que evitaba pasar mucho tiempo aquí. Ahora que era un hombre adulto de veintiséis años, sin embargo, era hora de dejar su huella en la deteriorada finca rural. Era hora de tomar esposa.

Idealmente, pero no necesariamente, una con medios.

La animada y bonita señorita Mayweather sería una excelente compañera. Finlay se había acercado a su padre para pedir su mano hace dos semanas. Desde entonces, podría jurar que la señorita Mayweather lo estaba evitando. Cuando se presentaba para una cena, ella reía con recato y afirmaba que su tarjeta de baile estaba llena. Lo cual, en justicia, generalmente lo estaba.

—Bienvenido, señor Weston —entonó el señor Mayweather una vez que el carruaje se detuvo y el lacayo lo liberó de los confines del vehículo—. ¿Confío en que tuvo un viaje sin incidentes?

—En efecto —respondió Finlay—. No peor de lo que se podía esperar.

El rostro jovial de Mayweather se tensó sutilmente alrededor de las comisuras de sus ojos y boca.

—Me refería, considerando la fuerte nevada —continuó Finlay apresuradamente en un intento de corregir el rumbo—. Fue, como usted dice, un viaje sin incidentes. Tuve tiempo de

anticipar con gran placer la perspectiva de renovar mi relación con la señorita Mayweather.

Su fraseología era tan rígida como un carámbano, pero las facciones de Mayweather se relajaron imperceptiblemente. —Por supuesto. Espero que la Navidad sea un momento propicio para darle la bienvenida a la familia. —Mayweather arqueó las cejas de manera sugestiva. Finlay exhaló aliviado. Su infancia se había visto truncada a los catorce años cuando su padre falleció inesperadamente. Desde entonces, se había esforzado por ser tan buen señor de [ESTATE] como su padre—. Mi personal le mostrará su habitación. Nos reuniremos en el salón esta noche para música y baile ligero antes de la cena.

El estómago de Finlay rugió de hambre. Esperaba poder recordar los complicados pasos de una danza campestre, dado que su cerebro había sido secuestrado por los gruñidos de su estómago vacío. —Excelente, excelente.

Sin embargo, nada se sentía excelente. Finlay lo soportaba como se había entrenado para soportar todas las incomodidades e inconvenientes de la vida: con la más rígida de las actitudes estoicas. El desayuno había sido hace muchas horas, le recordó su estómago con urgencia. El viaje había tomado mucho más tiempo de lo previsto. Finn había esperado llegar a tiempo para la cena, y ya casi era hora de la cena.

Su estómago lo atormentaba hasta el punto de la irritabilidad mientras Finlay se vestía para la cena con pantalones color ante, un chaleco de marfil bordado en oro y una corbata fresca. Sobre esto añadió una chaqueta azul profundo cepillada hasta alcanzar un alto brillo de cobalto pulido. Satisfecho, descendió para unirse a la reunión en el salón. Una melodía del pianoforte subía por las escaleras, acompañada por la voz cadenciosa de una mujer. Vaciló en la puerta de la reunión, sintiéndose siempre como un extraño. Con su repentino empujón hacia la responsabilidad había llegado un injustificado pero paralizante sentimiento de insuficiencia.

Todo lo que necesitaba eran unos momentos a solas con la señorita Mayweather para preguntarle si lo aceptaría como esposo. Cuanto antes negociara el acuerdo matrimonial, antes podría publicar las amonestaciones. Si la perspectiva de una noche de bodas con la señorita Holly Mayweather lo dejaba frío, seguramente eso era lo mejor. Ella podría apreciar un marido que raramente oscureciera su puerta. O quizás su matrimonio podría encenderse en llamas con un trato más cercano. Por el momento, Finlay había seleccionado a su futura novia de la manera en que uno podría evaluar a un caballo en una subasta. Dientes, cabello, temperamento, salud.

No era de extrañar que la dama lo hubiera evitado.

—Nuestro invitado de honor —dijo el señor Mayweather cuando Finlay entró en la habitación. La voz dulce de la dama se apagó. La pianista tocó una nota equivocada. El estómago vacío de Finn rugió lo suficientemente fuerte como para ser oído por los demás.

Aclaró su garganta e hizo una reverencia a su futuro suegro. —Me siento honrado de ser parte de su celebración esta Navidad.

—Recuerda a mi esposa, la señora Mayweather —dijo su anfitrión, señalando a una mujer de mejillas rosadas y rizos rubios similares a los de Holly. Finlay no la recordaba, un hecho que atribuyó a la distracción de no poder pensar en otra cosa que no fuera comida. Sin embargo, asintió sobre su mano enguantada. La esposa de Mayweather le sonrió radiante. Una buena señal, pensó Finn.

Hubo un torbellino de presentaciones a los demás invitados: hombres que lo invitaron cordialmente a ir de caza, mujeres casadas que agitaban sus manos sobre sus pechos cuando él hacía una reverencia, y jóvenes en las primeras flores de la adolescencia. Las hermanas, hermanos y primos de Holly eran demasiado numerosos para que su cerebro privado de sustento pudiera seguirles la pista. La única rama del clan Mayweather que faltaba esta noche era la

madre y las hermanas de Ellis. Un sentimiento peor que el hambre le pellizcó el corazón.

—¿Le apetece vino caliente, señor Weston? —preguntó la señora Mayweather, ofreciéndole una taza—. Es justo lo que se necesita para ahuyentar cualquier frío persistente.

Finn aceptó el recipiente con una sonrisa tensa. El mero olor de las especias y el alcohol caliente lo hizo sentir ligeramente enfermo. No queriendo ofender a sus anfitriones, bebió un sorbo de la fuerte bebida y se arrepintió inmediatamente. —Gracias —respondió—. ¿Puedo tener unas breves palabras con la señorita Mayweather?

—¿Cuál de ellas? Hay ocho para elegir —respondió la dama con un destello juguetón en los ojos.

Ja, ja. Qué ingeniosa. Finlay dio otro sorbo al vino pegajoso y dulce. —Ya veo de dónde sacó Holly su ingenio.

La señora Mayweather se rio como si le hubiera hecho un gran cumplido. —Oh, sin duda. Muchos dicen que mi hija mayor es mi vivo retrato.

Si ese era el caso, Finlay tenía una excelente vista del tipo de mujer en que Holly se convertiría en veinte años. No estaba del todo seguro de que le gustara lo que veía, en un sentido romántico. Aunque, si él fuera veinte años mayor, podría encontrar a la mujer inmensamente atractiva. El matrimonio tenía menos que ver con el corazón y más con hacer una unión sensata, y Holly era una elección de esposa eminentemente sensata.

La señora Mayweather lo dirigió hacia el pianoforte. —Holly, ¿recuerdas al señor Weston?

La joven que se encontraba elegantemente sentada al borde del banco del piano llevaba un festivo vestido verde adornado con puntas doradas de Vandyke en las mangas y el dobladillo. Sus rizos se balancearon cuando se volvió para mirarlo con un altivo levantamiento de barbilla, todo un logro considerando cómo él se cernía sobre ella.

—Señorita Mayweather —entonó Finlay, deseando no haber aceptado la taza que se enfriaba en su mano. No hay nada peor que el vino caliente frío—. Es un placer volver a verla.

Holly Mayweather apenas logró reprimir un gesto de fastidio. Sus labios se estiraron en una sonrisa decidida pero claramente poco acogedora que mantenía ocultos sus dientes blancos y parejos.

Debería haberme quedado en mi habitación esta noche. Finn había esperado completar una transacción, no cortejar a una novia reacia.

—El placer es mío —respondió Holly con tirantez—. Confío en que recuerde a mi prima, la señorita Mayweather. —Con una sonrisa maliciosa, Holly se volvió hacia la dama que se apoyaba en el pianoforte con un brazo.

Su nombre brotó de los labios de Finlay sin ser invocado. —Amity.

Una descarga eléctrica recorrió su cuerpo. Finlay tragó saliva. Los mechones de cabello oscuro que la última vez había visto incrustados de ramitas y trozos de musgo ahora colgaban en brillantes hebras alrededor de su rostro. La nariz respingona de Amity Mayweather había perdido sus pecas. Ahora se inclinaba delicadamente hacia unos labios carnosos y una barbilla obstinadamente puntiaguda. Por encima, sus ojos verdes bailaban con diversión.

Su mirada se deslizó hacia abajo, atraída por una gravedad inexorable. Vaya, Amity había crecido alta y redondeada en todos los... Una sacudida lo atravesó. ¿Cuándo había desarrollado la hermanita de su mejor amigo... pechos? La forma en que sus montículos erguidos llenaban el frente de su vestido de lino blanco hizo que se le tensara la mandíbula.

—Feliz Navidad, Finn.

Finlay Weston se preparó contra el aluvión de recuerdos. Amity blandiendo un palo como espada sobre su cabeza antes de nombrarlo caballero con golpes de refilón en cada hombro. Su

descarado placaje alrededor de su cintura adquirió una revisión completamente inapropiada mientras él forzaba su mirada hacia arriba para encontrarse con la de ella. La hostilidad brillaba en sus ojos.

Amity había adivinado con precisión el curso de sus pensamientos y no lo apreciaba en absoluto.

Qué lástima.

Tres

NI SIQUIERA CUANDO era un niño en crecimiento, el compañero de juegos de la infancia de Amity había devorado un plato de jamón como lo estaba haciendo el Sr. Finlay Weston en ese momento. Intercambió miradas con su prima. La boca carnosa de Holly se tensó en una línea recta mientras picoteaba su comida con un tenedor de plata, lanzando una mirada dubitativa a Finn cuando este aceptó una segunda porción generosa. *Glotón*, acusaba silenciosamente la expresión de Holly.

Amity, mientras tanto, se concentraba en no derramar comida sobre su nuevo vestido. Para su inmenso alivio, nadie había levantado siquiera una ceja al ver el lino blanco como la nieve bordado con diminutas flores rojas y verdes. El encaje de las mangas y el escote había sido cuidadosamente desprendido del vestido de bautizo y cosido al corpiño de su nuevo vestido. Debía ser removido y reemplazado a su regreso. Su madre había confeccionado los detalles de cuadros escoceses a partir de una sección del chal que las polillas habían atacado. Todo lo valioso había ido a parar a la confección de este vestido. Amity entendía que este era el regalo de Navidad de su madre para ella.

También escuchaba la súplica no expresada: encuentra un marido. Cásate con alguien, cualquiera, que pueda aliviar la presión sobre las finanzas de la familia. Amity pensó en sus hermanas y su madre compartiendo un simple pollo asado con patatas en lugar de este suntuoso festín. Cuando veía las cosas desde una perspectiva diferente, el apetito de Finlay Weston estaba perfectamente justificado. Amity no había visto un banquete así en muchos años.

El cabello oscuro de Finlay, su mandíbula fuerte y la pendiente pronunciada de su nariz le daban un aire patricio. No siempre había sido tan serio. No quedaba rastro del chico de espíritu alegre con el que ella y Ellis habían recorrido el campo jugando a ser piratas y bandoleros. Finn se había convertido en un extraño en los años desde la última vez que lo había visto.

El Sr. Cara de Póker, lo llamaba Holly. Los celos se acumularon en su interior como un manantial subterráneo erosionando los cimientos de una casa mal situada. Amity deseaba que sus perspectivas matrimoniales incluyeran a un hombre rico y apuesto como Finn. Holly podía darse el lujo de dar por sentado a los pretendientes. Amity no. El pensamiento poco caritativo se desvaneció en el instante en que el Sr. Mayweather levantó una copa de vino. Dieciséis adultos se apiñaban alrededor de una mesa hecha para sentar a doce. Los niños cenaban por separado en el salón. —Agradezco a todos los que viajaron a través de esta histórica nevada para celebrar con nosotros en Wells House esta Navidad.

Amity sintió que alguien la observaba desde el otro lado de la mesa y levantó aún más la barbilla. Dolía ser invitada en su hogar de la infancia, pero dependía de ella si decidía aferrarse a ese dolor o dejarlo ir. No era asunto suyo si Holly daba por sentada su buena fortuna, aunque

Amity no podía dejar de pensar que si tuviera el interés de un hombre como Finn, pasaría la noche sonriéndole sin importar lo ridícula que pudiera parecer.

Un acto que duraría todos de diez segundos. Él conoce el lado ácido de tu lengua.

—Una bienvenida especial a nuestro invitado de honor, el Sr. Weston. Esperamos tener pronto noticias que celebrar —continuó Mayweather.

El caballero cuyo nombre Amity no había captado del todo golpeó su cuchara contra su copa de vino. Otros se unieron, y la sala se llenó con el resonante respaldo al inminente compromiso de Holly. Las mejillas de su prima se tornaron rosadas, luego rojas, luego escarlata. Finn esbozó su primera sonrisa desde que vislumbró un panecillo junto a su plato, como si Holly fuera un delicioso jamón que no podía esperar para devorar.

—¿Qué noticias podrían ser esas? —preguntó Amity inocentemente.

Las cucharas dejaron de tintinear cuando ella colocó su copa sobre el mantel blanco y crujiente con manos extrañamente firmes. Los ojos azules de Holly se agrandaron en agradecimiento. Los comensales a su alrededor la miraron con asombro. Era inaudito presionar a una pareja para que se anunciara antes de que estuvieran listos. Finn frunció el ceño. Amity enderezó la espalda y le lanzó una mirada altiva.

Su atención completa se clavó en ella. Amity se quedó paralizada, con la copa a medio camino de la mesa. La chaqueta azul marino hacía que sus ojos brillaran de un azul insoportablemente intenso. La visión le robó el aliento. Ahora, su corazón latía aceleradamente. Entrelazó las manos en su regazo para mantenerlas firmes.

—Lo sabrán cuando sea el momento adecuado —respondió Finn con consternación reprimida. *Sr. Cara de Póker, en efecto*.

—Ya veo —replicó Amity con una voz que desmentía el temblor de su cuerpo—. Bienvenidas sean sus noticias, por supuesto. No creo que todos los presentes esta noche lo hagan.

El silencio descendió. La Sra. Mayweather le lanzó una mirada funesta. Amity tomó un sorbo fortificante de su ponche. Los labios rosados de Holly se entreabrieron como para hablar, pero la Sra. Mayweather aplaudió y ordenó a los lacayos que trajeran los postres antes de que emergiera sonido alguno. Amity cerró los ojos. *¿Qué estoy haciendo?*

Protegiendo a su prima de un matrimonio no deseado, eso era lo que hacía.

—Gracias —Holly se aferró a su codo mientras las damas se retiraban al salón para reunir a los niños y enviarlos a la cama—. Tenía miedo de que Weston me propusiera matrimonio allí mismo en la mesa. ¿Te lo puedes imaginar?

—Estoy segura de que no te avergonzaría de esa manera —murmuró Amity—. Eso déjamelo a mí.

—Agradecí tu intervención, aunque mi madre no lo hiciera —Holly le apretó el brazo—. Estuviste magnífica, amiga. Mis padres me están presionando para que acepte, como has visto ahora —Los rasgos angelicales de su prima se habían fruncido en un mohín de consternación.

—Holly, mereces algo mejor que un marido que te mire con respeto pero sin pasión. Sería una lástima que desperdiciaras tu libertad de elegir a un hombre al que ames —Forzó una risa, pero sonó amarga incluso para sus propios oídos—. Deja la unión sin alegría para mí.

—No digas eso, Amity. Mis padres han invitado a algunos amigos solteros para celebrar las fiestas. Tal vez alguno de ellos te atraiga.

Al otro lado de la habitación, Finlay las observaba con vivo interés y arrogancia. No debería molestarle que Holly se burlara de su viejo amigo. Amity difícilmente podía reclamar familiaridad con el hombre rígido y arrogante que las miraba como un halcón examinando un campo en busca de presas. Holly era una elección segura, sensata. Los hombres sensatos no

proponían matrimonio durante la cena de Nochebuena. A pesar de la intervención de sus padres, Holly siempre había estado a salvo de la vergüenza, al menos por parte de Finlay.

Amity comenzaba a entender la renuencia de su madre a permanecer en las instalaciones de Wells House. Si ser desplazada por su cuñado no fuera suficiente, su tía y su tío se creían casamenteros. Amity forzó una sonrisa mientras la Sra. Mayweather le pasaba fríamente unas hojas de papel con letras de canciones. —Holly. Si nos acompañas al piano.

Holly obedientemente tomó su lugar en el pianoforte.

—Oh, vaya. No tengo suficientes para todos —La Sra. Mayweather sostenía la última hoja de canciones—. Sr. Lunt, ¿le importaría compartir con la señorita Amity?

—Por supuesto que no —respondió el hombre cuyo nombre Amity no había podido recordar durante la cena. Ella reconoció una trampa cuando la forzaban a caer en una.

Esbozando una sonrisa forzada, Amity se acercó al hombre que su tía aparentemente había sugerido. No era desagradable. Las orejas del Sr. Lunt sobresalían y parecía tener una calva incipiente en la coronilla, pero parecía bastante agradable. El hombre mantuvo una distancia respetuosa mientras sostenía la hoja lo suficientemente baja para que ella pudiera ver. Holly tocó los primeros compases de "*While Shepherds Watched Their Flocks at Night*". A Amity le encantaba cantar y disfrutaba la oportunidad de poner su corazón en el verso.

Sin embargo, el Sr. Lunt no podía seguir el tono. Amity se estremeció con cada nota desafinada. Detrás de ella, un resonante barítono reverberó por su columna vertebral. Se alejó del Sr. Lunt y se acercó a la deliciosa voz.

—¿Preferirías compartir mi partitura? —preguntó una voz familiar en voz baja. *Finn.*

Un calor se extendió por el pecho y los hombros de Amity como un sarpullido repentino. —Estoy perfectamente bien, gracias —respondió Amity con todo el frío que pudo reunir. No fue mucho. Una vez que la canción terminó y la Sra. Mayweather ofreció más vino caliente, Amity se encontró de pie cerca de Finn cuando se reagruparon. O quizás él eligió pararse cerca de ella. De cualquier manera, detectó el sutil aroma de jabón caro y cuero cálido. Amity se concentró en la letra e intentó olvidar al hombre alto a su lado.

—No comprendo tu animosidad hacia mí esta noche, Amity —Finn habló en voz baja mientras pasaba la página a "*The First Noel*".

Amity interrumpió su canto y resopló. —¿Por hacer una simple pregunta? Vaya, se ha vuelto usted muy susceptible, Sr. Weston.

Él la miró especulativamente por el rabillo del ojo. El calor inundó su cuerpo, acumulándose en su vientre. Amity pasó la página de la partitura compartida mientras su tonto corazón se aceleraba. Seguramente, un hombre a punto de proponer matrimonio debería estar enfocado únicamente en su dama. Sin embargo, Finn apenas miraba a Holly. En cambio, parecía fijarse en ella, la humilde Amity, celebrando la Navidad con su vestido hecho de sábanas.

—Es casi como si envidiaras el inminente compromiso de tu prima —respondió Finn con estudiada indiferencia, su voz lo suficientemente baja para que solo ella pudiera oír sus palabras. Equilibró el vino caliente en una mano e indicó que debía pasar la página de nuevo. Amity cuidadosamente cruzó la escasa distancia entre ellos para voltearla. La costura tres veces remendada de su guante manchado se veía peor a la luz de las velas que en la pálida luz del día de su dormitorio en casa. Avergonzada, Amity rápidamente bajó la mano. Golpeó contra un objeto duro y sólido. El líquido caliente se derramó sobre su pecho.

—Oh —jadeó.

Finn abandonó la bebida en una mesa cercana para sacar un pañuelo de su bolsillo. Torpemente comenzó a secar las manchas rojas que se extendían por su corpiño. —Será mejor

que te deje continuar desde aquí —dijo con genuina vergüenza—. Parece que estoy empeorando las cosas, no mejorándolas. —Abruptamente, le entregó el cuadrado de lino y se dio la vuelta.

Amity se quedó mirando horrorizada su vestido arruinado. Las lágrimas le escocían los párpados. Se negó a dejarlas caer.

—No llores, querida —dijo suavemente la Sra. Mayweather. Con más suavidad de la que Amity merecía, considerando su grosería en la cena—. Tengo una doncella que hace maravillas con las manchas. Apuesto mi mejor sombrero a que puede quitar el vino. Vamos a buscarla antes de que se fije.



A la mañana siguiente, Finn se despertó demasiado tarde para asistir a los servicios de la iglesia de Navidad, seguramente endulzando a su futura suegra. Para su vergüenza, también se había perdido los regalos de naranjas, nueces y pequeños tesoros de los niños. Con el estómago lleno de vino especiado y demasiada comida, había dormido mal. Dos veces había soñado con los pechos llenos y firmes de una mujer, acariciándolos en su palma, provocando que los pezones oscuros se endurecieran. Pero cuando había levantado la mirada, habían sido los ojos verdes de Amity velados por el deseo. Después del primer sueño, Finn había enterrado su rostro en la almohada mientras la vergüenza lo inundaba al recordar cómo había manoseado el pecho de Amity con su pañuelo la noche anterior. ¿Cuándo demonios se habían desarrollado? La última vez que la había visto, en el funeral de Ellis, la figura de Amity todavía era decididamente juvenil. Habría recordado su pecho, si hubiera existido.

Después de la segunda vez, Finn se había despertado con una erección que se negó a ceder hasta que tomó el asunto en sus manos. Después de terminar, se dio la vuelta para dormir profundamente por fin.

Al levantarse, Finlay puso gran cuidado en elegir sus prendas. Tenía mucho que compensar si quería asegurar a Holly como su esposa. Y lo deseaba mucho. La propiedad vecina de su padre, su bello semblante y su vivacidad natural hacían de Holly una novia atractiva. Debería molestarle que Holly no pareciera disfrutar mucho de su presencia.

Pero lo que lo dejaba vacío era la hostilidad de su prima Amity. Hasta ayer, en las raras ocasiones en que había pensado en ella, era como una marimacho jugando con espadas de palo y trepando árboles con él y Ellis, dulces recuerdos que se habían vuelto demasiado dolorosos para revisitar a menudo.

—¿Comiendo de nuevo, Sr. Weston? —preguntó Holly al verlo en el comedor desayunando salchichas frías y panecillos con pan y miel. Se subió el chal alrededor de los hombros para ocultar su cuerpo de la vista, un gesto que Finn podría haber encontrado insultante si la hubiera estado mirando lascivamente. Como no había estado haciendo nada remotamente parecido, optó por tomar el camino correcto.

—Mi apetito es un testimonio de la excelencia de la cocinera de su familia —respondió. Finn encontró su mirada y se recostó en su silla. No iba a dejarse intimidar por la mujer con la que pretendía casarse. Necesitar desayuno y dormir difícilmente eran ofensas graves.

Amity apareció al hombro de Holly, envuelta en una capa marrón descolorida. Palideció al verlo. Finn experimentó una sacudida similar, que cubrió levantando su tenedor para morder el extremo de una salchicha. —Todavía está creciendo hacia sus orejas —se burló ella.

Una oleada de humillación convirtió la salchicha en serrín en su boca. Amity sabía exactamente dónde presionar para hacerle daño. Finn entrecerró los ojos hacia ella. Si Amity

quería ser enemigos, que así fuera. Sin embargo, Finn no quería pelear con ella. Mejor si pudiera convertir a Amity en una aliada para cortejar a su prima.

Dejó su tenedor y se puso de pie en toda su estatura. Se alisó el chaleco verde bosque. —Señorita Mayweather, me disculpo por mi torpeza de ayer por la noche —comenzó. Las finas cejas de Amity se fruncieron en un ceño—. Confío en que su vestido pueda ser restaurado a su condición anterior.

—Ya veremos si se puede salvar —respondió Amity tensamente. Finn tuvo la clara impresión de que había arruinado más que un vestido.

Cuatro

¿CÓMO SE ATREVE?

Amity miró alrededor a los otros invitados mientras intentaba apartar de su mente el inquietante contacto con Finlay Weston. La fiesta incluía dieciséis adultos y nueve niños, que en ese momento estaban afuera deslizándose en trineo bajo la atenta mirada de la niñera y dos lacayos. Siete de los adultos eran solteros.

Seis gansos poniendo. Cinco anillos de oro. La boca de Amity se curvó ante su ingenio no expresado. Examinó sus perspectivas. El señor Lunt, a pesar de su desafortunado apellido, era su mejor opción. Poseía propiedades en Lancashire y no era un hombre poco atractivo si uno pasaba por alto su incapacidad para entonar y su tendencia a la calvicie. Sin embargo, en cuanto a apellidos de casada, Amity Lunt tenía cierta cualidad pesada.

Su siguiente mejor perspectiva era el señor Gibbs, un hombre bajo con una frente prominente y un humor vivaz que habría sido más atractivo de no ser por su risa, un áspero rebuzno de burro que hacía que Amity se estremeciera cada vez que lo oía. Tenía una vida decente como vicario. Casarse con el señor Gibbs no ofrecería una vida significativamente más cómoda que la que tenía en Kearny, pero Amity sabía cómo escatimar y ahorrar. Podría apartar algunos chelines para sus hermanas.

Aun así, Amity Gibbs era un nombre poco feliz en el mejor de los casos.

Su última opción era el señor Tillet. Callado. Sobrio. Inescrutable. Amity no disfrutaba lo suficiente de su presencia como para considerarlo por alguna razón más allá de lo pecuniario. Nunca se reía. Rara vez sonreía, y si no podía encontrar una razón para sonreír en Navidad, ¿cuándo lo haría? Amity no tenía el corazón para atarse a un hombre tan sombrío por el resto de la eternidad. Le había prometido a su madre intentar encontrar un marido, y Amity se propuso hacerlo.

El único otro hombre soltero en la habitación era el señor Finlay "Trasero de Póquer" Weston, y él no era una opción. *¿Cómo se atreve?*

¿Cómo se atreve Finn a tocarle los senos, incluso por la razón más inocua? El recuerdo de la alta figura de Finn a su espalda y sus grandes manos rozando íntimamente su cuerpo enviaba una confusión que se agitaba en su interior. A Amity no le gustaba la forma en que su piel se calentaba con el más mínimo vistazo de la ancha espalda de Finn desde el otro lado de la habitación. Manejaba el problema evitando mirarlo lo más posible, pero no podía evitar echar miradas ocasionales. Como Tillet, era fuerte y callado. A diferencia de Tillet, aún conservaba un sentido del humor irónico y un ingenio seco, afilado hasta la perfección desde la infancia, cuando lo que pasaba por humor eran referencias a flatulencias y pincharse unos a otros con palos. Cuando se reía, la risa de Finlay retumbaba a través de ella como un trueno distante, tanto

advertencia como excitación. En cuanto a propiedades, dado el tamaño de sus ingresos anuales —un tema al que debería haber prestado más atención cuando era niña, antes de que su mundo se desmoronara— Finlay Weston estaba bien posicionado para casarse con la aristocracia.

Amity corrigió la dirección de sus pensamientos hacia un inocuo plato de ciruelas azucaradas. Finlay esperaba casarse con Holly. Holly quería casarse con Lord Stanton, su emocionante pretendiente en Londres.

¿Qué quería *ella*? Amity tenía la inquietante sensación de que lo sabía, y él ya estaba fuera de su alcance. Además, se lo había prometido a Holly. Uno no renegaba de los votos hechos a una amiga, incluso cuando empezaba a creer que quizás ese voto se había hecho con prisa.

—¿Amity? —Holly la miró expectante. Perdida en sus pensamientos, Amity no había notado que su prima le ofrecía un pequeño paquete.

—¡Oh! —dijo, recuperándose. Los brillantes ojos azules de Holly se encontraron con los suyos—. Gracias. —Había temido este momento. Amity había cosido un pequeño cuadrado de lino sobrante de las sábanas con las iniciales de Holly y una ramita de verdor debajo. Había cambiado su parte del dinero de los huevos por hilo de lana, siendo la seda fuera de cuestión. Se había avergonzado demasiado para dárselo a Holly una vez que había visto su colección de elegantes bolsitas bordadas posadas en un estante de su armario—. No me di cuenta de que habría un intercambio de regalos. Dejé el mío en tu habitación.

—No importa. Vamos, ábrelo. —Holly aplaudió con sus manos enguantadas. Sus rizos bailaron. Con su vestido blanco con acentos verdes y dorados, parecía un ángel alegre. Ella y Finlay hacían una hermosa pareja.

Él se apoyaba contra la chimenea de piedra a unos metros de distancia y fingía no observar su interacción. Amity tragó saliva. Definitivamente él había crecido hasta sus orejas. Y sus piernas. A Amity no le gustaba el dolor resbaladizo y hueco que le producía mirarlo. No cuando nunca podría tenerlo. Finlay estaba destinado a su prima, y la lealtad de Amity hacia Holly anulaba cualquier sentimiento temporal que tuviera por su viejo amigo.

Infatuación, ese era el término. Amity se disciplinó para no prestar atención a Finlay y levantó la pesada tapa rectangular de la caja con aprensión.

—Un set de escritura —exhaló. Una pila de papel grueso y suave como su vestido arruinado yacía en la bandeja. Plumas de ganso apropiadas y un tintero sellado yacían en la bandeja, junto con un bloque sin usar de cera para sellar. Amity acarició la madera. Debía haber costado el dinero de los huevos de un mes. Incluso dos meses—. Holly, me has dejado sin palabras.

—No más trozos ridículos de papel, cabeza de chorlito. Quiero cartas apropiadas de tu parte todo el próximo año. —Holly aplaudió.

Amity saltó de su silla para abrazar a su prima. —Gracias —susurró.

La espalda de Amity se calentó como si la estuvieran observando. Cerca de la chimenea, la mirada oscura de Finn ardía. Holly entrecerró los ojos hacia él, y Amity rompió el contacto.

Holly no lo quería.

Amity tragó saliva. Amity Weston tenía un bonito sonido.

¿Cómo me atrevo?

~

Finn encontró una bienvenida escapatoria de las miradas agudas y los comentarios más agudos aún de Holly y Amity a la mañana siguiente cuando salió con los otros hombres a cazar patos en el estanque colina abajo desde Wells House. El día después de Navidad era el día libre de los

sirvientes, dejando a la familia para que se las arreglara por sí misma y a sus invitados con alimentos fríos y horas de tiempo sin estructurar. Por la tarde, las mujeres empaquetarían ropas viejas y artículos domésticos para distribuirlos entre los inquilinos de Wells House.

—He oído que su propiedad limita con la de los Mayweather —dijo el señor Gibbs mientras una gran nube de niebla blanca emanaba de su boca. El hombre más bajo luchaba por mantenerse al paso de Finn. Complacientemente, Finn acortó su zancada.

La nieve se desbordaba por encima de sus botas y se derretía contra sus pantalones de lana. La humedad se deslizaba por el interior de sus pantorrillas. En una hora, sus pies serían bloques de hielo. —Así es —confirmó Finlay.

—También he oído que espera asegurar una novia para Año Nuevo —jadeó Gibbs.

—Parece que las noticias vuelan —respondió Finn con pesar. No había necesidad de una boda apresurada, solo que su visita de dos semanas al campo presentaba una excelente oportunidad para ultimar los detalles del acuerdo matrimonial de Holly con su padre. Podría regresar a Londres y ocuparse de sus asuntos sin que el proceso se prolongara más allá de la Noche de Reyes. Pero primero, necesitaba asegurar el consentimiento de la dama. Era humillante descubrir que este estaba resultando ser el aspecto más difícil del proceso. Finlay rara vez había necesitado esforzarse para atraer el interés de una dama. Su fortuna lo hacía por él.

—Tengo entendido que es la señorita Mayweather quien ha captado su interés —resopló Gibbs—. Harán una hermosa pareja.

—Señor Gibbs, ¿hay algún punto en sus preguntas? —preguntó Finn exasperado. Adelante, el resto de los hombres avanzaba con dificultad a través de la nieve. Mayweather lideraba el camino, su gran forma cubierta de lana se movía como un oso a través de los montones de nieve.

—Deseo saber si tiene alguna pretensión sobre la señorita Amity Mayweather —respondió Gibbs sin rodeos.

Una punzada ardiente de *no* atravesó el corazón de Finn. —Ninguna en absoluto —replicó con brusquedad.

—Pregunto —jadeó Gibbs—, porque parece que tiene un conocimiento previo de ella. No deseo entrometerme donde mi cortejo no sea bienvenido.

—Imagino que su cortejo sería tan bienvenido como el de cualquier otro hombre —ofreció Finn, sintiéndose mezquino—. Aunque el temperamento de su hermana menor está más alineado con su vocación.

Gibbs se rio. El sonido áspero asustó a un pato, que alzó el vuelo. El señor Mayweather, que se había colocado detrás de un grupo de arbustos mientras charlaban, disparó. —Buen tiro, viejo amigo —gritó Gibbs. El pájaro herido cayó revoloteando a tierra. La sangre roja manchó la nieve crujiente. Un spaniel color canela saltó a través de los montones de nieve al borde del estanque para recuperar su cuerpo—. Sobre la hermana de la señorita Mayweather. ¿Decía usted?

—La señorita Mary Anne Mayweather está dedicada al estudio religioso —fue todo lo que dijo Finn. Pero, ¿seguía siendo cierto? Amity nunca había sido muy dada a la religión. Observaba las formalidades, por supuesto, pero era Mary Anne quien había memorizado la Biblia. Finn se preguntó si los años transcurridos habrían suavizado sus inclinaciones religiosas. Debería hacer una visita a la familia.

—Considerando que llevo mi fe con ligereza —respondió Gibbs, apoyando la culata de su arma contra su hombro y mirando por el cañón—, creo que la compañía de la señorita Amity Mayweather me convendrá más.

—Tiene excelentes instintos —replicó Finlay con toda la calma que pudo reunir. Ojalá Finlay hubiera demostrado la misma astucia. No tenía ningún derecho sobre los afectos de su vieja

amiga. Si acaso, debería estar facilitando el cortejo de Amity, no intentando dirigir sus atenciones a otra parte. Gibbs haría un excelente marido para Amity, se recordó Finlay mientras divisaba un punto negro alado en el borde del estanque congelado.

Sin embargo, no podía negar el hecho de que deseaba a Amity mucho más que a su prima. El deseo de Finn no podía atribuirse únicamente a sueños caprichosos sobre sus inesperados pechos. A pesar de toda la belleza de Holly, había momentos en que su alto espíritu rayaba en la frivolidad. A los veintidós años, y después de tres temporadas en Londres, Holly había adquirido un brillo pulido de vestidos caros y chales costosos, pero ningún interés aparente en conseguir un marido que proporcionara tales lujos. Si tan solo Finn hubiera considerado esto antes de acercarse al padre de Holly. Ahora, sin embargo, no había vuelta atrás.

Afortunadamente para los patos, su puntería falló cuando disparó.

—Hay una perdiz gordita en el arbusto de allí —Gibbs señaló con una mano enguantada. Se dispuso a recargar—. Apuesto a que no puedes derribarla del árbol.

Finlay entrecerró los ojos bajo la brillante luz invernal hasta que un pequeño pájaro ovalado tomó forma en una rama solitaria. Se veía tan acogedor en su escondite, con las plumas esponjadas, sus ojos brillantes escaneando cautelosamente el estanque en busca de la fuente de todo este alboroto. Preparó su arma y apuntó. En el último segundo, el spaniel de Mayweather saltó a través de los arbustos cercanos. Finlay disparó. La indignada perdiz salió volando fuera de alcance. Finlay le deseó buen viaje.

—Ah, bestia estúpida. Mayweather debería haber entrenado mejor a su perro —refunfuñó Gibbs de mal humor. Su conversación de hombre a hombre había terminado. El otro hombre se alejó con dificultad a través de la nieve hasta las rodillas para encontrar a los demás. Finn acarició la cabeza del perro hasta que Mayweather silbó, y el animal se alejó alegremente saltando. Sus dedos de los pies se habían entumecido, así que cuando Mayweather ordenó a los hombres regresar a la casa, se contentó con dejar la bandada en paz, como correspondía al espíritu de la temporada. Además, si permanecía más tiempo aquí, era probable que apuntara al próximo hombre que le preguntara sobre Amity, y ese no era un pensamiento nada cómodo.



—¡Cuidado!

El grito llegó un segundo antes de que el golpe de nieve húmeda impactara en la mejilla de Finlay. No dolió, exactamente. El frío le mordió la piel y lo sacó de sus pensamientos. Esquivó el siguiente y recogió un puñado de nieve húmeda. No era fácil formar una bola apretada con el arma de fuego en el hueco del brazo, pero logró formar una bola y lanzarla de vuelta a la figura femenina que le había golpeado en la cara. Su puntería era mejor con agua congelada que con un arma de fuego esta mañana. Le derribó el sombrero de la cabeza. El cabello rubio cayó alrededor de sus hombros. Holly chilló.

—¡Devuelvo tanto como recibo! —gritó Finlay. Furiosa, Holly recuperó su sombrero y lo fulminó con la mirada. Lo que podría haber sido un intercambio estimulante se marchitó en una decepción incómoda. Cerca, los niños habían construido un fuerte de nieve y acumulado una buena reserva de municiones. Dos cabezas se asomaban por turnos para bombardearlo con bolas de nieve mal apuntadas. El resto de los niños atacaban a los otros hombres. El ataque sorpresa debía haber estado en preparación toda la mañana. El señor Mayweather había dejado caer su arma sin ceremonias en la nieve para contraatacar con entusiasmo. Solo Tillet se mantenía al margen. *Que le den*, pensó Finn mientras descartaba su arma descargada y cargaba contra el

fuerte de los niños con un grito de batalla. Los niños gritaron y lo bombardearon con nieve hasta que se estrelló sobre el borde de su monumento en un montón de bolas de nieve y lana mojada.

—¡Uf, quítate de encima, Finlay! —chilló una mujer indignada, sin aliento.

Había aterrizado de lado sobre el torso de Amity. Una sonrisa se apoderó de su rostro. Era de esperar que Amity estuviera liderando la travesura. Ella frunció el ceño y lo empujó. Cuando Finn no se movió, ella mostró los dientes y comenzó a patear para salir de debajo de él. Los niños tiraron de su ropa en un intento de apartarlo. El cuerpo de Finlay reaccionó ante la forma cálida y retorcida de Amity. Se puso de pie antes de poder avergonzarse. Amity rodó y se levantó de un salto. Su cabello oscuro se pegaba en mechones húmedos a su mejilla. Sus ojos verdes brillaban con indignación... y algo más. Los recuerdos de sus juegos de niños daban vueltas en su mente, evocaciones felices, teñidas con una punzada de tristeza cuando el fantasma de Ellis se interponía entre ellos. Una vez, habían sido cercanos.

El vapor blanco manchaba el aire entre ellos. Ya no eran niños.

Finn no podía ignorar cuánto deseaba besarla. Amity lo miró, suavizando su mirada. Sus labios se entreabrieron como si lo invitaran. Detrás de ellos se escuchó un áspero ladrido de ira adulta, seguido del llanto de un niño.

—¡Señor Weston! —gritó Holly—. Estoy a punto de perder los dedos de las manos y los pies por congelación, y Adam está llorando. No se quede ahí parado. Ayúdenos a reunir a los niños.

El hechizo se rompió. La expresión de Amity se endureció en un gesto de rebeldía mientras marchaba hacia su prima para ayudarla con el niño que lloraba. Un rastro viscoso bajo su nariz roja se mezclaba de manera poco atractiva con las lágrimas del niño. Los rizos de Holly rebotaban alrededor de sus hombros enmarañados mientras lo recogía en sus brazos. Era la viva imagen de la preocupación maternal. Amity...

No era más que una vieja amiga por quien había desarrollado sentimientos incómodos e inoportunos. No era nada más que el efecto de los recuerdos compartidos, se dijo Finlay. Sin embargo, eran las caderas de Amity moviéndose bajo su capa utilitaria lo que lo atraía. Recuperó su rifle y se dirigió de vuelta a la casa.

—¿Lastimaste al niño? —exigió Finlay a Gibbs.

—El mocoso se lo merecía —resopló Gibbs—. Dios hizo a los niños para obedecer, no para agredir a sus superiores con bolas de nieve.

Finlay decidió al instante que había un hombre que no se casaría con Amity, no si él tenía algo que decir al respecto.

Cinco

—NO DEJES QUE ME BESE —suplicó Holly, empujando bruscamente a Amity bajo el muérdago.

—No creo que quiera hacerlo —susurró Amity en respuesta, exasperada. Las últimas cuarenta y ocho horas la habían hecho cuestionar si el gusto de su prima por los caballeros era realmente acertado. ¿Acaso un estirado se lanzaría en medio de una pelea de bolas de nieve de niños?

No. Ni tampoco saltaría el muro de un fuerte y dejaría sin aliento a una mujer.

Finlay estaba a unos pasos de distancia, de espaldas a ellas. Amity se plantó en el marco de la puerta mientras los invitados se preparaban para jugar a la Gallina Ciega después del té. La señora Mayweather estaba en medio del salón, explicando las reglas a los niños más pequeños. El señor Gibbs y el señor Mayweather se habían retirado a la biblioteca, para gran alivio de Amity, dejando al resto de la familia entretenerse por su cuenta. Esperaba que el señor Gibbs estuviera recibiendo la reprimenda que merecía después de haber empujado a un niño de ocho años de cara contra un banco de nieve. Un hombre adulto debería ser capaz de recibir una bola de nieve de un niño sin perder los estribos, incluso si le hubiera dado directamente en la cara. Amity había estado demasiado ocupada cruzando miradas con Finn como para verlo suceder, para su vergüenza.

Su pulso se aceleró al pensar en cómo los recuerdos de lo que había sido se habían convertido rápidamente en pensamientos de lo que podría florecer entre ellos si no fuera por Holly.

Lo que nunca podría ser. Una cosa estaba clara después de hoy: Finlay Weston era cualquier cosa menos el Señor Estirado. Su natural consideración podría haberse endurecido en reserva, pero ¿qué más podía esperar de un hombre que había asumido tanta responsabilidad a una edad tan temprana?

Puede que Finlay no fuera un pretendiente tan emocionante como Holly hubiera deseado, pero al conocerlo mejor, Amity encontraba poco que reprochar y mucho que admirar. Distraídamente, imaginó trazar la amplia extensión de sus hombros mientras su mirada seguía la V de su espalda hacia abajo hasta los dos botones en su cintura. El corte de su chaqueta ocultaba la forma precisa de sus nalgas, pero Amity podía aventurar una suposición sobre su forma si coincidía con el resto de él. Después de todo, tenía años de anhelo acumulado para informar su conjetura. La peor parte de haber caído en la pobreza era que ella y sus hermanas aún anhelaban hombres con modales refinados que vistieran ropa bien cortada. Bueno, ella lo hacía, al menos. Letty y Charity eran menos exigentes. Habían sido tan jóvenes cuando la familia había caído en desgracia que estaban menos enamoradas de la clase alta. Amity, sin embargo, sentía agudamente la diferencia.

Kearny tiene muchos hombres buenos y trabajadores, se recordó severamente. También había muchos caballeros con menos que admirar-

—¿Está lista para un beso, señorita Mayweather? —preguntó el señor Lunt.

Un ligero rubor se extendió por sus pómulos. Amity miró a su alrededor y luego hacia arriba, al ramo verde con bayas blancas suspendido de una cinta roja directamente sobre su cabeza. —No, en realidad me había olvidado del... —Se quedó rígida cuando Lunt se inclinó para silenciarla con un beso directamente en la boca.

Apretó los labios contra la intrusión. No era su primer beso tímido bajo el muérdago —la planta crecía en cada zarza de espino negro, e incluso la rama empobrecida de la familia Mayweather podía permitirse adornos verdes en Navidad— pero era la primera vez que un hombre intentaba introducir su lengua en su boca. Qué práctica tan asquerosa, y que lo hiciera frente a toda la familia era humillante. Su corazón se aceleró mientras Amity trataba de apartarse, pero Lunt no había terminado. Rodeó su cintura con el brazo y la ancló contra su pecho. Amity empujó inútilmente contra el hombro de Lunt.

—Ya es suficiente —advirtió una voz masculina.

Lunt la soltó. Amity tropezó hacia atrás. Sus labios se sentían cubiertos de baba. No se atrevió a limpiarse por miedo a ofenderlo. Cuando encontró a Holly, los brillantes ojos azules de su prima estaban nublados de incertidumbre. Un brazo fuerte la cogió suavemente por los hombros. Tranquilizador. Reconfortante.

Finn.

Lunt había alcanzado para arrancar bayas blancas de la rama de muérdago. Rodó las pequeñas cuentas blancas en su palma. Gotas nerviosas perlaban su frente.

—Bueno, señor Lunt, eso fue entregado con un entusiasmo admirable. ¿Le gustaría ser nuestro primer hombre ciego esta noche? —La hermana de la señora Mayweather, la tía de Holly por parte de madre, llegó con una bandeja cargada de galletas festivas y bombones.

Holly se apartó como si estuviera avergonzada de Amity. Todo había sucedido en un abrir y cerrar de ojos mientras Amity permanecía clavada al suelo en shock y vergüenza.

—Espero que tengamos muchos hijos, señorita Mayweather —dijo Lunt rápidamente. Tomó su mano y vertió las pequeñas bayas blancas en su palma—. Si me concede el primer baile esta noche.

—Por supuesto —respondió Amity mecánicamente. ¿Qué más se suponía que debía decir?

Lunt era un caballero, ostensiblemente. Después de todo, ella había estado de pie bajo el muérdago en Navidad. Sin embargo, los besos se suponía que debían ser castos y suaves, no ataques públicos sudorosos a su persona. Amity miró fijamente las bayas blancas en su palma y sintió que la sangre se drenaba de su rostro. *Espero que tengamos muchos hijos.*

—¿Dijo las palabras que creo haber oído? —murmuró Amity a la alta y sólida presencia de Finn. No podía obligarse a encontrar su mirada.

—Sí —respondió Finn en voz baja. Su vergüenza se hinchó dentro de su pecho.

No, lo peor era que Finn había presenciado su breve profanación. ¿Holly la había preparado, o su prima genuinamente quería evitar besar a Finlay? Y si era así, ¿por qué?

Había sido solo un beso, pero Amity se sentía violada. Lo peor era que Holly ahora no la miraba, como si el abrazo no deseado de Lunt hubiera manchado a Amity. Holly se metió un dulce en la boca mientras su atención se deslizaba más allá de Amity. Lunt parecía extrañamente satisfecho consigo mismo, con el pecho hinchado mientras colgaba una gruesa bufanda blanca de sus dedos, listo para ser el Hombre Ciego.

—No sé si alguien lo ha dicho explícitamente —dijo Finlay con una mueca—, pero deberías

saber que la razón de la presencia de tres solteros esta Navidad es que se dice que estás buscando marido. Tu tío cree que es hora de que te cases. El señor Lunt, el señor Gibbs y el señor Tillet son sus selecciones para tu deleite.

—Ninguno. Los rechazo a todos —dijo Amity con todo el fervor que no sabía cómo ocultar —. Finn, mi tío te escucha. ¿Le pedirías que los aleje?

—No puedo. —Ahora estaban de pie juntos bajo el arco del beso, Finlay apoyando un brazo contra la estructura de madera como si quisiera protegerla—. Pero puedo intentar evitar que eso vuelva a suceder. No me gusta lo que Lunt te hizo hace un momento. Sin duda, interpretará tu reticencia como un signo de modestia y no de desinterés. Es un hombre adulto y debería saber la diferencia, sin embargo... —se interrumpió—. No puedo alejar a los demás de su persecución.

—¿Ni siquiera por una vieja... amiga? —preguntó Amity, mirándolo a través del flequillo de su cabello. Su imagen se difuminó, y Amity se dio cuenta con horror de que estaba al borde de las lágrimas.

—Haré lo que pueda para protegerte, Amity —susurró él, enderezándose mientras los jugadores se reunían en un círculo. Holly aún la evitaba, para mortificación de Amity—. Aunque confieso que mis sentimientos por ti son... —Finlay se interrumpió. Negó con la cabeza.

—¿Son qué? —exigió Amity.

Finn negó con la cabeza.

—No puedes dejarlo así —protestó ella, pero él le dio la espalda para unirse al juego. Un músculo en su mandíbula se tensó. Amity entrecerró los ojos mirándolo y, en un arrebato infantil de frustración, le arrojó una baya blanca a la espalda. Rebotó y cayó en la alfombra para ser aplastada bajo los pies. Depositó el resto de la fruta en una mesa lateral y se reintegró a las festividades, ansiosa por sacudirse la sensación de que el beso de Lunt la había convertido en una paria. Mantuvo un ojo vigilante sobre Lunt. El odioso hombre lucía una expresión presumida cuando finalmente atrapó a la chica más joven, que tenía diecisiete años y edad suficiente para quedarse despierta con los adultos.

Amity se abrió paso hacia el salón lo suficiente para ver que él era absolutamente correcto con la chica. Le entregó la venda y se apartó hábilmente mientras la chica daba vueltas por la habitación, buscando una nueva víctima. Él se acercó nerviosamente a Amity. —No quise avergonzarte.

—Está bien. —Amity tragó saliva. El mejor regalo que podría llevarle a su madre esta temporada festiva era una propuesta de matrimonio. Lunt, Gibbs y Tillet eran sus únicas oportunidades de obtener una proposición. Sin embargo, lo único en lo que podía pensar era en cuánto deseaba que ese beso hubiera venido de Finlay, en su lugar.

Quedaban cinco días hasta el Año Nuevo, con brindis por la salud y la prosperidad. Cinco días más hasta el baile de la Duodécima Noche, y después de eso, podría volver a casa. A menos que decidiera aceptar a uno de los hombres que su tío había seleccionado para ella.

Una vez más, su mirada se desvió hacia Finn. Holly afirmaba no quererlo.

¿Y si Amity sí lo quería?



—Me salvaste la vida esta noche —declaró Holly con un estremecimiento mientras pasaba un cepillo por sus brillantes mechones en la privacidad de su dormitorio.

—No fue un gran sacrificio —murmuró Amity. Se envolvió en su bata alrededor de las piernas. Qué alegría tener suficiente luz de velas para leer hasta entrada la noche. Hizo una pausa

y colocó una cinta entre las páginas de su libro, prestado de la generosamente surtida biblioteca de los Mayweather. Recordaba este libro, un romance atrevido que su madre había declarado inapropiado para una chica de su edad cuando Amity lo descubrió por primera vez. Leer la historia de nuevo era como visitar a una vieja amiga—. Holly, ¿por qué no quieres casarte con Finlay?

Holly dejó su cepillo a un lado. —No es su persona a lo que me opongo. Es que habló con Padre sin llegar antes a un entendimiento conmigo. Ya he entregado mi corazón a Lord Stanton. Es solo cuestión de tiempo antes de que me proponga matrimonio, te lo juro.

—¿No temes que el matrimonio con un aristócrata sea demasiado, incluso para ti? ¿Es barón o vizconde?

—No puedo creer que no lo sepas. —Holly suspiró, irritada—. ¿Acaso no todas las jóvenes damas memorizan el *Debrett's*?

No, algunas de nosotras estamos demasiado ocupadas cuidando gallinas y arrancando malezas para poner comida en la mesa. No es que la madre de Amity soñara siquiera con pedir asistencia monetaria al resto de la familia Mayweather. Amity deseaba que su madre hubiera sido más directa sobre los arreglos que su implícita sugerencia de que Amity debía encontrar un pretendiente durante esta visita. —No he tenido ninguna razón para hacerlo —respondió con suavidad. Con su nueva comprensión de las maquinaciones casamenteras de los Mayweather, la respuesta avergonzada de Holly después del beso de Lunt tenía sentido. Holly debía haberse avergonzado de que sus padres pusieran a Amity en una posición incómoda.

Pero entonces, ¿por qué no lo diría en voz alta? Amity se tragó su decepción.

—Lord Stanton es un conde —le informó Holly con altivez. Dejó su cepillo sobre el tocador y revisó su apariencia en el espejo que había encima—. Padre no lo aprueba. Le dije que quería volver a Londres en primavera y por qué. Se lo contó a Mamá, y lo siguiente que supe fue que el Sr. Weston se uniría a nosotros para Navidad. Ella está tan emocionada de tener al Sr. Weston como yerno. Siento como si todos hubieran conspirado para casarme sin siquiera consultarme sobre el asunto.

—Una respuesta perfectamente justa —replicó Amity lentamente—. De hecho, sospecho que lo mismo me ha sucedido a mí. Finn dice que tu padre invitó al Sr. Lunt, al Sr. Gibbs y al Sr. Tillet específicamente para cortejarme. ¿Sabes algo sobre esto?

La mirada de Holly se deslizó culpablemente lejos de la suya. —Madre piensa que tú y tus hermanas son demasiado pobres para encontrar maridos adecuados. Una vez que pedí invitarte para las fiestas, quisieron ayudar. Pero la sutileza no es su punto fuerte.

—Podrías haberme advertido al menos —la reprendió Amity suavemente—. No es la intención lo que me molesta. Es el secretismo. —La suposición subyacente de los Mayweather de que era incapaz de encontrar un marido le ardía. Peor aún, no habían evaluado a sus elegidos posibles maridos con ningún conocimiento del tipo de hombre que ella podría encontrar atractivo.

Finn.

—Sí, bueno, parecía que podrías recibir con agrado las atenciones de al menos uno de los hombres —resopló Holly—. Pensé que podría ser más natural si los conocieras sin presión.

Claramente, Holly había heredado la propensión de sus padres a hacer planes. —Considerando que no deseas casarte con el Sr. Trasero de Póquer...

Holly la interrumpió con una risa.

—Me atrevería a decir que Tillet le ha usurpado el título al señor Weston. ¿Alguna vez has conocido a un hombre tan aburrido?

—No —respondió Amity entre risas. No deseaba pelear con su prima. Abandonó su libro y se acercó a la cama que compartía con Holly—. Pero ya que no quieres que Finlay pida tu mano...

—Nunca dije eso —replicó Holly rápidamente.

—Sí lo hiciste —Amity recordaba claramente su conversación en el trineo—. Me suplicaste que no me apartara de tu lado para que Finn no tuviera la oportunidad de proponerte matrimonio. Querías volver a Londres y a tu Lord Stanton, ¿recuerdas?

Su prima se giró sobre su costado y se llevó consigo la mayor parte de la colcha.

—Deja de acaparar el lugar caliente. Tengo los pies helados —se quejó, pateando los pies enfundados en medias de Amity.

—Entonces dame la mitad de la manta —respondió Amity. Su frustración iba más allá de una disputa por un edredón de plumas y el calor de una sartén con brasas. La frialdad entre ellas era más que temperatura. Se había congelado en una capa de resentimiento.

—He decidido que el señor Weston me agrada bastante. Creo que le permitiré atraparme bajo el muérdago la próxima vez —resopló Holly—. Aún no deseo casarme con él, pero mamá tiene razón. Podría encontrar un marido peor. Al menos debería permitirle cortejarme unos días, por si acaso Lord Stanton no hace una oferta después de todo.

—Entonces no necesito proporcionarte compañía constante —replicó Amity con una amargura que no pudo ocultar del todo.

—Así es.

—¿Puedo entonces socializar con quien yo elija?

—Ciertamente. Aunque dudo que tengas mucha oportunidad para eso. El señor Gibbs le pidió permiso a papá esta noche para solicitar tu mano. Eso es lo que estaban haciendo en la biblioteca mientras tú besabas al señor Lunt.

Amity contuvo la respiración. *Eso no fue lo que pasó*.

—Hubiera preferido que fuera Finn quien me besara. Al menos lo habría disfrutado.

Holly se tensó. Amity supo de inmediato que había dicho exactamente lo incorrecto en el momento más inoportuno. Sin embargo, habiendo cavado el primer palada de su tumba, le resultó imposible soltar la pala.

—No te atreverías —respondió su prima.

—¿Por qué no? Tú no lo quieres.

Holly apartó la colcha y se sentó.

—Eso es falso. Discúlpate o busca otro lugar para dormir.

—Holly, son las diez de la noche. Me niego a deambular en camisón con tres hombres diferentes alojados en la casa que tienen intenciones conmigo —Amity aprovechó la indignación de Holly para tirar de la manta más firmemente alrededor de su cuerpo. Mucho más cálido.

—Fuera —ordenó su prima, señalando la puerta.

—No seas tan infantil —replicó Amity mientras se acurrucaba más profundamente en la suave cama—. Finn es una persona, no un juguete por el que pelear. Manejaremos esto como mujeres adultas y lo haremos mucho mejor que dejar que tus padres tomen decisiones por nosotras —la expresión furiosa de Holly se suavizó, así que Amity continuó—. Ambas deberíamos indicarle a Finn que damos la bienvenida a sus avances y dejar que el hombre elija entre nosotras.

Holly sacudió la cabeza.

—De acuerdo. No tengo duda de que me elegirá a mí.

El colchón se hundió y la ropa de cama crujió cuando Holly volvió a subir al lugar cálido que

acababa de abandonar. Amity podía adivinar exactamente lo que su prima estaba pensando. Holly poseía una gran belleza y una dote sustancial. Amity no tenía ninguna de las dos cosas. No había forma posible de que Finn la eligiera a ella sobre Holly. Sin embargo, la vergüenza valdría la pena al final, pues al menos le permitiría poner al formidable Finlay Weston entre Lunt, Gibbs y Tillet.

Estaba *celosa*. Su prima consideraba a Finlay como un respaldo conveniente para un partido más ambicioso que podría no funcionar, mientras que Amity...

Lo amaba.

Siempre lo había hecho. Durante tantos años, había elegido recordar a Finlay Weston como un muchacho larguirucho con una sonrisa tímida, orejas como asas de jarra y una cabeza nivelada que moderaba lo peor de las extravagantes imaginaciones de Ellis. Junto con sus orejas, Finlay se había convertido en un caballero de amabilidad reservada y humor gentil. Precisamente el tipo de hombre con el que podía imaginarse bromeando y compartiendo historias durante años. Sin embargo, independientemente de sus deseos, debía casarse. Al menos ahora que conocía la situación, Amity podía evaluar a los hombres antes de aceptar a uno de ellos como su esposo. ¿Qué daño había en incluir a Finlay en su pequeña competencia? Amity solo esperaba no perder la amistad de su prima en el proceso.

Seis

A LA MAÑANA SIGUIENTE, se produjo un desconcertante cambio en la actitud de Holly hacia Finlay. No hubo comentarios mordaces sobre su apetito, que había vuelto a la normalidad. Tampoco respuestas monosilábicas cuando él preguntó cómo había dormido. De hecho, Holly lo tomó desprevenido con un alegre —Buenos días, señor Weston—. A su lado, Amity observaba y escuchaba sin intentar intervenir en el incesante parloteo de su prima.

Curioso.

En el momento en que había decidido hablar con el padre de Holly sobre liberarlo de la propuesta de matrimonio, la dama en cuestión desarrolló un gran interés en él. Estaba atrapado en una red de su propia creación, tejida con hilos contradictorios de honor y deseo. Finlay difícilmente podía rechazar a la mujer con la que había planeado casarse, en su propia casa, en Navidad. Solo un canalla la humillaría así.

Había nevado durante la noche, y la casa abarrotada comenzaba a sentirse claustrofóbica. No era el único que deseaba un poco de aire fresco, pues Holly saltó ante su propuesta de un paseo en trineo después del desayuno antes de que pudiera terminar de hablar.

—Estaré encantada de acompañarte —dijo radiante.

De repente, el desayuno de Finlay sabía raro. Esta era la oportunidad ideal para pedirle matrimonio. Sin embargo, incluso si Amity no le hubiera robado el corazón bajo la nieve y el muérdago, el giro repentino de Holly de fría desdén a entusiasmo lo dejaba sospechando de sus motivos. Su radiante sonrisa se afiló en una sonrisa burlona. Finn siguió la dirección de su mirada estrecha y encontró...

A Amity. Ella picoteaba sus huevos, flanqueada por Gibbs y Lunt. Tillet estaba sentado junto a la señora Mayweather, charlando agradablemente sobre el clima despejado.

—¿Quizás a Amity le gustaría unirse a nosotros? —preguntó.

La señora Mayweather dejó de hablar a mitad de frase para mirarlo boquiabierta. Su boca se cerró en una línea plana que decía claramente: *¿Qué estás haciendo?*

Arruinar la oportunidad perfecta de lograr sus objetivos, eso era lo que hacía. Intencionalmente, además.

—Señor Tillet, ¿le gustaría acompañar a mi sobrina? —preguntó la señora Mayweather dulcemente.

Jaque mate. La señora Mayweather no iba a dejar que se escabullera de hacer lo honorable con su hija, al menos no fácilmente.

—Por supuesto —respondió Tillet. Finn se sorprendió al escuchar su resonante voz de bajo. Sin embargo, no transmitía entusiasmo, plana en afecto y tono. Gibbs y Lunt hablaban a Amity desde ambos lados, prestando poca atención a las maquinaciones de su anfitriona hasta que el

asunto estuvo resuelto, demasiado tarde para que se unieran.

—Excelente. Haré que preparen los caballos después del desayuno —respondió el señor Mayweather, aparentemente complacido con el arreglo. Más de lo que Finn podía afirmar estar, pero al menos Amity estaría cerca, donde podría protegerla de más agresiones a su persona.

Partieron media hora después con Tillet en el asiento delantero, junto al conductor, y Finn en el asiento trasero entre dos mujeres que habían sido grandes amigas hasta ayer. Ahora se ignoraban mutuamente con tanto esmero como las caras opuestas de una estatua de Jano. Sin embargo, una vez que se deslizaban sobre la nieve, Holly se animó instantáneamente, al menos con Finlay.

Su mano debajo de la manta fue a lugares donde no debería. Subió por su muslo, cerca de sus partes íntimas. Mientras que hace dos días podría haber acogido con agrado su atrevimiento, Finn tenía la clara sensación de que ahora nacía de un resentimiento irritado en lugar de afecto. Capturó su pequeña mano en la suya y la retiró de su persona. Un momento después estaba de vuelta, aunque ella mantuvo su mano más abajo en su rodilla.

—Encuentro las vacaciones de Navidad muy vigorizantes, ¿no les parece? —preguntó Tillet, volviéndose en su asiento para hablar en general a los tres, más directamente a Amity.

—En efecto —respondió ella, apropiadamente reticente.

Antes de que Amity pudiera decir algo más, Holly intervino. —Simplemente adoro las velas y el intercambio de regalos, el romero y el muérdago, y los villancicos. Pero lo mejor de todo es estar junto a la familia —Holly le batió las pestañas. Finn no recordaba haber sido objeto de tanta coquetería por parte de nadie, mucho menos de Holly Mayweather—. Especialmente el canto —continuó cuando él no respondió—. Tiene una voz maravillosa, señor Weston.

Finlay Weston reconocía la adulación cuando la escuchaba. Ayer, Holly apenas podía tolerar su presencia. Hoy, era toda sonrisas y toques inapropiadamente íntimos. El brusco cambio le daba la clara sensación de que ella no soportaba la idea de su atracción por su prima. Amity, en contraste, estaba sentada a su lado con los labios apretados y tensa como un resorte.

—No tan maravillosa como la del señor Tillet —dijo Finn. Podía seguirle el juego a Holly, pero el silencio de Amity le preocupaba.

—Es usted tan amable como equivocado —respondió Tillet. A pesar de su semblante taciturno, Tillet no era una mala pareja para Amity. Finlay reprimió una mueca ante el pensamiento.

—Cántenos una canción —aplaudió Holly—. Los dos, juntos.

Muy bien. Si no podía complacerse con una canción para el año nuevo, ¿de qué servían las vacaciones de invierno?

—Debo declinar, señorita Mayweather. Mi garganta ha estado adolorida estos últimos días. No deseo forzar mi voz —respondió Tillet con una voz que sonaba perfectamente bien a los oídos de Finlay.

—¿Es por eso que has estado tan callado? —preguntó Holly.

A su lado, Amity se tensó ante la rudeza de su prima. —Holly. Por favor. Lo que podría ser un coqueteo aceptable en Londres es el colmo de la desconsideración aquí en el campo —la reprendió Amity suavemente.

—¿Perdón? —exigió Holly ofendida. Finn comenzó a sentirse como una pelota de tenis rebotando entre las mujeres discutiendo. Amity tenía razón. La charla despreocupada e irreflexiva de Holly le servía bien en Londres, pero en el campo, aquí las pullas eran demasiado afiladas para ser amables. Finn se preguntó cómo no lo había visto antes. Eso hablaba mal de su juicio. Él también había sido cegado por las expectativas de matrimonio. Había tomado la charla

de Holly personalmente. Ahora, sabía que Holly era una coqueta.

—No es necesario que acoses al señor Tillet por su reticencia, prima. De hecho —declaró Amity con los ojos entrecerrados—, podrías considerar ejercer un poco tú misma.

—Señoritas, aunque aprecio su animada discusión, me sonroja ser el tema de tanta controversia. Por favor, por mi bien, sean amigas —pidió Tillet. La estima de Finn por el hombre mayor aumentó.

Holly hizo un puchero y aprovechó la excusa para escabullirse bajo su brazo. Finn se puso tenso. Se apartó, pero Holly se apretó más contra él hasta que quedó un espacio de quince centímetros entre ella y la pared derecha del trineo. Por su izquierda, se había movido tan cerca de Amity que se dio cuenta tardíamente de que podría estar aplastándola. Una oleada de conciencia lo recorrió mientras se movía para darle más espacio. Esto tuvo el desafortunado efecto de aumentar su contacto con Holly. Con cuidado, sacó su brazo de entre ellas y lo extendió sobre los hombros de Holly. Amity, unos centímetros más alta que su prima, se acurrucó perfectamente contra él.

—Vaya, miren esto —Tillet se rio—. Una acogedora escena invernal si alguna vez hubo una.

Se deslizaron sobre la nieve. Holly continuó acurrucándose inapropiadamente contra su costado. Acarició su rodilla, lo que hizo que Finlay se tensara y apartara la pierna. ¿Estaba ella bajo la impresión equivocada de que acosar su persona era la manera de ganarse su corazón? La forma en que lo acariciaba y se enroscaba como una gatita contra él no hacía que Finlay la deseara más. Lo hacía sentir como un objeto utilizado para vengarse en su discusión con Amity.

Amity ignoraba deliberadamente a su prima. Permaneció rígida a su lado mientras el paisaje invernal pasaba volando. El trineo se acercó rápidamente a la entrada de Wells House. Unos cuantos copos de nieve bailaban en el aire mientras Finlay ayudaba a bajar a Holly. Amity había aceptado la ayuda de Tillet. Se quedaron acurrucados bajo el refugio. La nieve salpicaba las oscuras pestañas de Amity como diminutos diamantes. La envidia se apoderó de sus entrañas.

—Lamento tener que partir esta tarde —dijo Tillet, pareciendo verdaderamente arrepentido —. Desearía haber tenido la fortuna de conocer a una joven tan encantadora antes de comprometerme en otro lugar —dijo, levantando la mano enguantada de Amity para rozar un beso en el dorso—. Desafortunadamente, estoy recién comprometido. Les deseo mucho éxito en encontrar su propia pareja, señorita Mayweather. A la otra señorita Mayweather también.

Tillet miró a Finlay y le guiñó un ojo. Una conmoción recorrió su cuerpo. ¿Era tan obvia la dinámica de su incómodo trío?

—Oh —dijo Amity, sorprendida—. Le deseo una pronta recuperación de su crup y una feliz boda. —¿Se lo estaba imaginando Finlay, o parecía decepcionada?

Amity no podía haber estado considerándolo como pretendiente. Los puños de Finlay se cerraron a sus costados. Los flexionó abriéndolos y cerrándolos como si quisiera rodear con ellos el cuello de Tillet.

—Por favor, venga a visitarnos de nuevo pronto —interrumpió Holly, agarrando a Tillet por ambas manos—. Espero tener noticias igualmente felices que reportar en nuestro próximo encuentro. —Lanzó una mirada de soslayo a Finn. Él tragó saliva. La mirada de Amity cayó a sus pies. Qué decepcionante debía ser sentirse rechazada.

—Yo también —dijo Finn mientras hacía una reverencia a Tillet. Pero no fue la rubia más baja a su lado quien se sonrojó. Las mejillas de Amity se tornaron rosadas por algo más que el frío. A su lado, Holly pisoteó, rompiendo el hechizo.

—Debo entrar antes de perder los dedos de los pies por congelación. Ven, Amity. —Holly tomó a su prima del brazo y la llevó a la casa, donde el tronco de Yule ardía bajo y brillante.

—La señorita Holly es una dama excelente —ofreció Tillet una vez que las mujeres habían entrado y el conductor había llevado los caballos a la parte trasera para desengancharse.

—Lo es —dijo Finn con tono represivo.

—Sería una excelente esposa —añadió Tillet—. Al igual que la señorita Amity.

—Habla usted fuera de lugar —declaró Finlay con calor en su voz.

Tillet respondió con una sonrisa conocedora. —Los Mayweather son buenas personas, pero creen demasiado firmemente en su juicio infalible. Si hubiera sabido que el señor Mayweather creía que yo podría proponerme a Amity, me habría quedado en mis aposentos de soltero en Londres para las fiestas. Vine aquí con la esperanza de concluir un pequeño asunto de negocios no relacionado con el matrimonio. —Tillet sonrió con pesar—. Me encuentro con que no puedo obtener ningún tiempo con Mayweather, ya que parece que nuestro anfitrión tiene ambiciones grandiosas de jugar a ser casamentero esta temporada.

Finlay hizo una mueca, pues se había sumergido de cabeza en el drama de la misma manera que lo había hecho con Ellis y Amity cuando eran niños saltando al río que marcaba la frontera entre las propiedades de los Mayweather y los Weston.

—Un poco de romance en las fiestas puede ser algo encantador —observó Tillet.

—No es algo malo de desear, cuando todos los participantes están al tanto e informados —refunfuñó Finlay.

Tillet le lanzó una mirada elocuente. —Debo irme. Parece que tienes un dilema que resolver. Te deseo la mejor de las suertes con ello. —Tillet se tocó el sombrero y dejó a Finlay pateando la nieve, preguntándose cómo desenredar este lío. Una cierta parte baja de él se sentía halagada ante la perspectiva de dos hermosas damas librando una guerra por sus afectos, lo cual podría ser tentador si su cuerpo no estuviera igualmente en guerra con su mente. Las cabezas de los hombres estaban colocadas por encima de sus corazones, y Finlay Weston no estaba a punto de cometer el error de invertir la jerarquía natural que colocaba la razón por encima del afecto.

~

¿Cuándo puedo irme a casa? se preguntaba Amity miserablemente. Al otro lado de la habitación, Holly involucraba a todos a su alrededor en una conversación sobre nada y todo. Cada pocos segundos, sus ojos se dirigían a Finn como si quisiera decir: *¿no ves cuánto le gusto a todos?*

Finlay, para su crédito, ignoraba en su mayoría los intentos cada vez más obvios de su prima por llamar la atención. Amity nunca se había avergonzado de Holly hasta esta noche. Pero entonces, solo había conocido a su prima a través de cartas desde que había tenido su primera temporada. Holly había cambiado, y no para mejor.

Amity miró con recelo al señor Gibbs. Cada pocos minutos, le lanzaba una mirada anhelante. Cada vez, le provocaba un escalofrío de disgusto por todo el cuerpo. Había evitado el muérdago colgado sobre la puerta del salón, desviándose para salir por el comedor para evitar pasar por debajo. Amity se estremecía cada vez que recordaba el castigo de su beso. Esta mañana, el señor Tillet había llegado a la cima de la lista de hombres de los que Amity podría considerar aceptar una propuesta, y se había marchado a Londres inmediatamente después de la cena.

Lo cual no era del todo un desastre, considerando que las criadas habían arreglado que ella ocupara su habitación. La perspectiva de compartir la cama con su prima mientras se regodeaba sobre Finlay había preocupado a Amity todo el día.

—Pareces disgustada.

Amity se sobresaltó. La voz fría de Finn a su lado tuvo el efecto contrario al interés genuino de Gibbs. Su estómago se tensó. Respondió en voz baja:

—Me disculpo por el comportamiento de Holly...

—No lo hagas —replicó Finlay, interrumpiéndola—. Su comportamiento es su propia responsabilidad. No la tuya. Todo lo que ha hecho es coquetear con exceso de entusiasmo. A cualquier joven se le podría disculpar...

—Después de haberte dado la espalda durante días —respondió ella con ardor—. Demuestra una inconstancia poco atractiva. Me temo que mi prima se ha echado a perder por su excesivo tiempo en Londres. Tres temporadas, yendo por la cuarta...

Amity se interrumpió al reconocer que hablaba su propia envidia. Se cubrió la boca con una mano enguantada para evitar que se le escaparan palabras de las que se arrepentiría.

Finlay la guió suavemente alrededor de la esquina del salón, donde los Mayweather y sus invitados se habían reunido alrededor del tronco de Navidad que aún ardía para jugar a las charadas. Podían hablar en privado pero aún ser visibles y, por lo tanto, apropiados.

—Las indiscreciones de tu prima son mucho más perdonables que lo que Lunt te hizo. ¿Estás bien?

Amity no lo estaba, y ahora que se encontraba sin amigos en una casa llena de gente que había conspirado en secreto para casarla sin consultarle sobre el asunto, necesitaba un amigo más que nunca. La vergüenza por su inicial malicia hacia su viejo amigo la invadió.

—Desearía que mi primer beso no hubiera sido tan indeseado —murmuró.

—¿Tu primer beso? —repitió Finn sorprendido.

El rostro de Amity ardió. Bien podría haber dicho: *somos demasiado pobres para que yo atraiga a caballeros pretendientes*. Qué vergonzoso era revelar las circunstancias de su familia.

—Sí —confirmó. Se habían alejado de la puerta, fuera de la vista del juego que tenía lugar.

—Entonces deberíamos asegurarnos de que tu segundo beso compense lo terrible del primero.

La mirada de Amity se encontró con la suya. Una oleada de calor recorrió su cuerpo.

—¿Con tu permiso?

Ella asintió una vez. Finlay le levantó el mentón y su boca se cerró sobre la de ella. Cálida. Suave. Perfecta.

Amity suspiró. La palma de Finn encontró su cintura. Su pulgar rozó sus costillas, recordándole las muchas veces que la había sujetado y hecho cosquillas hasta que ella se liberaba sin aliento. ¿Cuándo fue la última vez que se había sentido tan despreocupada? Hacía una eternidad... y ahora, aquí en sus brazos. Finn mordisqueó el centro carnoso de su labio inferior. Ella jadeó. Finn jugó con su boca hasta que ella se abrió, dando placer, esperando en cada intrusión a que ella indicara que daba la bienvenida a su abrazo. Ella se abrió a él en señal de bienvenida. Finn ancló su brazo alrededor de su cintura y jugueteó con su lengua. Su mano libre trazó la línea de su mandíbula, moviéndola para besarla a fondo. Amity gimió contra su mejilla mientras sus ásperas yemas de los dedos acariciaban la curva de su cuello. Ella apretó su cuerpo contra el de él, buscando más.

—Oh. Dios. Mío.

El hechizo se rompió. Finlay aflojó su agarre alrededor de su cintura. Suspiró y retiró de mala gana su mano de su mejilla. Amity sintió la pérdida de su contacto, no muy diferente al momento en que se enteró por primera vez de la muerte de su padre y su hermano: con frío shock y devastación. El beso de Finn había reorientado su lugar en el mundo, y Amity nunca volvería a ser la misma. Arrastró su mirada aturdida por el beso para encontrarse con la mirada furiosa de

Holly. Inmediatamente detrás de ella estaba la señora Mayweather, horrorizada.

—Eres una prostituta horrible —siseó Holly—. Bajo mi propio techo, mi propia *prima* seduce a mi prometido.

No importaba que Wells House hubiera pertenecido una vez a la familia de Amity. Ella conocía cada rincón de esta gran casa antigua. Las marcas familiares en el zócalo de la sala de música, donde había arañado la pared con su arco durante las lecciones de música. Los asientos de la ventana en la biblioteca, donde era posible perderse durante días en historias y novelas, cuando los libros no eran un lujo raramente asequible. También había sido su techo una vez.

—Holly —espetó la señora Mayweather. Amity se dio cuenta de que Finlay se había movido para hablar. ¿Para defenderla o para suplicarle a Holly? ¿Qué podría haber dicho para reparar el daño si la señora Mayweather no hubiera intervenido?—. Ya basta, niña. Un hombre tiene derecho a cambiar de opinión. Me atrevo a decir que has mostrado poco interés en el señor Weston hasta esta misma mañana. No es de extrañar que dirija sus afectos a otra parte. —La señora Mayweather entrecerró los ojos hacia Amity. Su corazón galopaba como un caballo asustado—. Te presentamos a tres buenos hombres que buscaban esposa, no porque esperáramos que te casaras con uno de ellos, sino porque pensamos que podrías necesitar un poco de ayuda para encontrar marido. *Nunca* podría haber anticipado que tú, de entre todas las personas, pudieras reclamar al prometido de mi propia hija.

Y eso la hizo sentir pequeña. Codiciosa. Amity cruzó las manos detrás de la espalda y examinó el patrón de la alfombra como si fuera lo más fascinante del mundo. Los demás en el salón estiraban el cuello para ver qué era todo ese alboroto.

—Yo... eh, creo que ha habido un malentendido —intervino Finlay—. La señorita Mayweather se encontraba bajo el muérdago. Me sentí obligado a honrar el espíritu de la temporada.

Amity miró hacia arriba. En efecto, ramas verdes con sus cintas rojas y bayas blancas se burlaban de ella desde arriba. Se habían movido fuera de la alineación directa con la vegetación, pero como excusas, no estaba mal. La expresión de la señora Mayweather se transformó. Holly, sin embargo...

Besar al futuro marido de su prima había encendido una pira bajo su amistad. La ira dolida en los ojos azules de Holly atravesó el corazón de Amity con arrepentimiento. No importaba que Finlay aún no le hubiera pedido matrimonio a Holly. Se lo había pedido a su padre, lo cual era posiblemente más serio. ¿Había alienado Amity a su familia para ganar el corazón de un hombre que prácticamente la había olvidado desde la muerte de su hermano?

Tal vez Amity solo había visto lo que quería ver.

—¿Es así? —respondió la señora Mayweather con voz pareja, sus ojos moviéndose entre sus rostros.

Amity no dudaba de que sus mejillas estaban tan escarlatas como las cintas que colgaban de ese maldito muérdago. Aun así, asintió con la cabeza en señal de acuerdo. —No significó nada, tía Jane. Por favor, entienda que no pretendía hacer daño.

—Eso no es lo que dijo anoche...

—Holly. Creo que nuestros invitados se han cansado del entretenimiento. ¿Podrías por favor tomar tu lugar en el pianoforte?

—Madre... —gimió Holly en protesta.

—Señor Weston, ¿sería tan amable de acompañar a mi hija? —La señora Mayweather tomó a Finlay del brazo. Amity esbozó una débil sonrisa mientras lo observaba inclinarse sobre el instrumento junto a Holly, para poder pasar mejor las páginas de su partitura.

El señor Gibbs le guiñó un ojo y movió los dedos en su dirección. Amity apartó sus sentimientos y logró devolverle la sonrisa. Sin querer quedarse atrás, el señor Lunt se movió hacia ella.

—Señorita Mayweather, ¿podría tentarla a bailar un reel? —preguntó.

Amity juzgó que las posibilidades de que intentara besarla de nuevo a la vista de todos eran prácticamente nulas. Además, le convenía actuar como si nada estuviera mal. Bailar con Lunt era la manera perfecta de demostrar que el beso con Finn había sido más o menos dentro de los límites de la propiedad.

Eso, más que nada, hacía que el recuerdo de su beso se sintiera sucio. No importaba que ella solo hubiera sido una mitad del escándalo. Amity cargaba con toda la culpa de su transgresión mutua. Podía quejarse contra el hecho todo lo que quisiera, o podía recordar su posición en la vida, aceptar las consecuencias y seguir adelante. Después de todo, tenía que considerar el futuro de sus hermanas.

—Con mucho gusto, señor Lunt. —Amity le ofreció la mano al hombre. Él se inclinó sobre ella, y tomaron sus lugares para un reel campestre. Unos minutos después, ella reía un poco demasiado fuerte mientras saltaba a través de los pasos medio recordados. La mirada azul oscura de Finlay se clavaba en su espalda. Ella le lanzó una mirada fugaz. La frustración estaba grabada en la planitud de su boca y el ceño fruncido. Él y Holly formaban una pareja encantadora en la superficie, pero no había calidez entre ellos. Amity y Holly habían acordado dejar que Finlay Weston eligiera a su novia preferida. Holly claramente pretendía obtener una propuesta de él, pero Amity había terminado con las manipulaciones románticas. Tenía un único y perfecto beso para llevarla a través de años de matrimonio con Gibbs o Lunt, o cualquier otro hombre.

Algún día, quizás aprendería a no desear más el toque de Finn. Esta noche, sin embargo, tenía pretendientes que alentar.

Siete

—¿PIENSAS pedirle la mano a mi hija o no? —exigió Mayweather mientras estaban cazando —otra vez— con Lunt y Gibbs tres días después. Finn había logrado evitar hacerle a Holly la pregunta más importante en su mente a pesar de la decidida campaña de Holly para encantarlo y que le propusiera matrimonio. Ahora que los parientes de la señora Mayweather se habían marchado, Foster Mayweather estaba perdiendo la paciencia con Finn.

—Yo estoy... —Finlay tosió. *No.* No planeaba proponerse a Holly en absoluto. No cuando la mera visión de Amity enviaba una confusa descarga de emociones a través de su cuerpo—. Llegando a eso.

El ceño de Mayweather se arrugó en cañones de irritación. Finlay arqueó una ceja en respuesta. Aún no había reunido el coraje para informar a su anfitrión de su decisión. Una vez que lo hiciera, sin duda le pedirían que se marchara, privándolo así de la compañía de Amity. No es que ella hubiera sido compañía alguna durante los últimos tres días. Amity había sido lo más parecido a un fantasma que poseía Wells House. Cuando Finlay entraba en el salón, ella hacía una reverencia y se retiraba. Esto le dejaba la desagradable sensación de que se había excedido al besarla. Su evasión marchitaba su orgullo y le hacía cuestionarse el anhelo que había leído en sus ojos verdes.

Holly, por otro lado, se pegaba a su lado como una lapa. Sin embargo, aún no creía en su repentino cambio de interés. Lo encontraba calculado y deshonesto.

—Asegúrate de que suceda pronto. —Mayweather levantó su arma y disparó. Un momento después, maldijo—. Malditas aves han aprendido a no descansar tranquilas cuando salgo con una escopeta y un perro. —Gruñó—. No puedo entenderlo. Hace dos semanas, en Londres, estabas lo suficientemente interesado en Holly como para pedirme permiso para casarte con ella. Te invité a mi casa para darte tiempo suficiente para hacer el trabajo. ¿Qué ha cambiado?

Amity. —Ha habido un malentendido con respecto a la profundidad de mis afectos por tu hija —comenzó Finlay. Reencontrarse con Amity, ya como mujer, había trastocado sus ideas sobre la necesidad del afecto en el matrimonio. Hasta hace una semana, había supuesto ingenuamente que todo lo que se necesitaba para hacer una unión exitosa era una compatibilidad general con otro ser humano que no le repugnara a uno por completo. Holly no le repugnaba. Sin embargo, lejos del glamour y el chismorreo de Londres, Finlay no encontraba la compañía de Holly tan atractiva como cuando intercambiaban bromas en abarrotadas pistas de baile. Ella coqueteaba con todos. ¿Cómo se las arreglaría Holly durante los largos inviernos aquí en el campo sin nadie con quien charlar? Lo volvería loco.

—¡Mayweather! —gritó Gibbs desde el otro lado del estanque—. ¡Ven rápido! ¡Le han disparado!

—Mantén ese pensamiento, Weston. —Mayweather se alejó pesadamente a través de la nieve recién caída hacia Gibbs. Finn lo siguió. La visión de gotas carmesí salpicadas sobre la nieve aceleró su pulso. El rastro conducía a Lunt, quien se agarraba la pierna y gemía a unos metros de la escena del accidente.

—Le han disparado —suspiró Finlay.

El rostro de Lunt se contorsionaba de dolor. Gibbs intentó ayudar al hombre más corpulento a ponerse de pie, pero no podía conseguir suficiente impulso. Mayweather tomó su otro brazo y se inclinó para levantarlo. Su rostro estaba pálido y sombrío.

—Deberíamos examinar la herida antes de moverlo —declaró Finlay. Mayweather se detuvo a medio arrastre para mirarlo con furia. Nubes calientes de aliento brotaban de su nariz y boca.

—¿Ahora eres médico, señor Weston? —exigió.

—No. Es sentido común. —Finlay se inclinó para examinar la pierna de Lunt. El hombre gritó cuando tocó un nudo pulposo—. Hay perdigones enterrados en su pierna. Necesitaremos utensilios y trapos limpios, y un examen más minucioso una vez que estemos dentro. —Se puso de pie y se sacudió la nieve de los muslos—. No parece que el hueso esté roto. ¿Puedes llegar hasta la casa?

Con cierta dificultad y una gran cantidad de maldiciones colectivas, se abrieron paso a través de la nieve colina arriba. Los niños se reunieron con los ojos muy abiertos alrededor de la cocina, donde depositaron la forma de rostro ceniciento de Lunt. Se despojaron de sus prendas exteriores. La sangre goteaba sobre el suelo de tablones de madera.

—Puaj —declaró uno de los niños.

La señora Mayweather jadeó. —¿Qué ha pasado?

—Tu marido me ha disparado —respondió el señor Lunt con brusquedad.

—Nunca fue mi intención —se defendió Mayweather—. Fue un accidente. Apuntaba a un pato.

—¡Soy bastante más grande que un maldito pato! —rugió Lunt, agonizando mientras el ama de llaves y la señora Mayweather le apoyaban la pierna en la silla contigua y comenzaban a cortar la tela de sus pantalones. Holly se puso a ayudar a las criadas a reunir sábanas limpias para vendar la herida.

En medio del alboroto, Finlay encontró la oportunidad de escabullirse. Era una herida grave, pero poco podía hacer por el momento, aparte de quedarse mirando boquiabierto al desafortunado hombre. Finlay necesitaba conocer los verdaderos sentimientos de Amity hacia él antes de quemar puentes con Mayweather. Aunque se despreciaba a sí mismo por ser menos que un caballero al desear echarse atrás del matrimonio acordado, la idea de Amity casada con cualquiera de sus pretendientes —con cualquier hombre que no fuera él— lo destrozaba.

Amity no estaba en la sala de música, ni tampoco en el salón. Finlay pasó de puntillas por la cocina para ver si los bramidos de Lunt la habían sacado de su escondite, pero no había sido así. Tampoco estaba leyendo con los niños...

La biblioteca. El rostro de Finlay se estiró en una sonrisa. En esta época del año, los sirvientes no encendían el fuego hasta bien entrada la noche, si los hombres elegían retirarse allí en lugar de al estudio de Mayweather para tomar licores después de la cena. A Amity siempre le había encantado pasar horas con la nariz metida en un libro. Finlay abrió suavemente la pesada puerta de roble para descubrir... el vacío.

—¿Amity? —preguntó, su voz haciendo eco en las largas filas de libros encuadernados en cuero con repujados dorados. La mayoría hacían juego, pues los Mayweather tenían el lujo de enviar los libros nuevos para que fueran encuadernados a medida. Un dedo de inquietud rozó el

cuello de Finlay mientras se preguntaba de nuevo cómo les habría ido a las mujeres Mayweather desde su desafortunada salida de Wells House. ¿Por qué no se le había ocurrido hacer más que enviar una carta ocasional a la familia alrededor de la época de la muerte de Ellis?

Porque había sido demasiado doloroso de soportar. Cuando Finn perdió a su padre, los perezosos veranos dieron paso al aprendizaje de la gestión de la finca familiar junto al administrador de su padre, bajo la mirada inquieta de su madre.

Un roce detrás de él sacó a Finlay de su auto-recriminación. Ah, sí. Los asientos de la ventana. La esquina de una colcha se deslizaba entre dos pesadas cortinas de terciopelo. Si eso no hubiera sido confirmación suficiente de la presencia de Amity, el hecho de que una sola ventana estuviera cubierta contra la débil luz invernal sí lo era.

El corazón de Finlay dio un vuelco mientras se acercaba a la ventana y golpeaba en el marco. —Amity. Sé que estás ahí.

Las cortinas se separaron. La punta de la nariz de Amity y sus brillantes ojos lo miraron desde abajo. —Oí gritos hace un rato. ¿Está todo bien?

—Uno de tus pretendientes recibió un disparo por accidente.

—Oh. —Sus ojos se agrandaron—. ¿Cuál de ellos?

—Lunt.

—Ah. Confío en que se recuperará —preguntó con no más preocupación de la apropiada para un conocido. Amity se había hecho una pequeña cama en el estrecho asiento de la ventana. Hacía aún más frío entre las cortinas y las ventanas. Sus orejas y nariz estaban rosadas por el frío. Se había envuelto las piernas con la manta y la había subido hasta la barbilla. Un libro yacía abierto, boca abajo, sobre sus rodillas.

—Suponiendo que el disparo fue limpio y la herida no se infecte, espero que en unos meses no tenga más que una cicatriz de recuerdo. —Finlay bajó la mirada y luego volvió a mirar a Amity. ¿Y si ella no correspondía sus sentimientos? Quizás había sido él quien se había aferrado a su vieja amiga en un caso erróneo de miedo antes de tomar la decisión más trascendental de su vida.

Pero entonces la mirada de Amity se encontró con la suya, y un calor recorrió su cuerpo. Leyó tristeza y preocupación detrás de la alegría forzada del resto de su expresión—. Amity —preguntó con voz ronca—, ¿qué te pasa?

Amity agachó la cabeza y contuvo un sollozo—. Echo de menos a mis hermanas —susurró después de un minuto. Recomponiéndose, Amity se sentó erguida y se apoyó contra la madera. La colcha cayó por su cuerpo revelando el ascenso de su pecho cubierto por un vestido amarillo pálido que se había descolorido hasta tomar el color de viejas manchas de té. Finlay tragó saliva.

—¿Planeas irte antes?

Amity se burló—. No, por supuesto que no. Cualquiera de mis hermanas adoraría estar aquí en mi lugar. Cualquiera de ellas apreciaría mejor las atenciones del Sr. Lunt y el Sr. Gibbs.

—¿Has decidido rechazarlos si te lo proponen?

—El Sr. Gibbs pidió mi mano esta mañana —respondió Amity con pesadumbre.

Un tornillo se apretó alrededor de las sienes de Finlay. Un sudor frío se formó en la parte baja de su espalda—. ¿Puedo preguntar cuál fue tu respuesta?

—No te corresponde hacerlo, y lo sabes, Finlay Weston. —Amity se cubrió los hombros con la colcha como un escudo de algodón—. Sin embargo, somos viejos amigos, ¿no es así? —preguntó con nostalgia—. No me importa confiar que no estaba preparada para aceptar la propuesta de ningún hombre con tan poco tiempo de conocerlo.

El alivio aflojó la presión aplastante alrededor de la cabeza de Finlay tan abruptamente que se

sintió mareado.

—¿Y tú, Sr. Weston? ¿Has hecho de mi prima la más feliz de las mujeres? —Amity jugueteó con un hilo suelto como si fuera el objeto más fascinante de todo el mundo, aunque sus mejillas adquirieron un tono más intenso de rosa. Un punto en el centro de su pecho se calentó.

—Me encuentro incapaz de pedir su mano, Amity.

Su barbilla se levantó de golpe. La desolación en sus ojos había sido reemplazada por una cautelosa esperanza—. ¿Por qué no?

—Porque descubro que mis afectos han sido completamente robados por su amarga rival. Tú, Amity.

—¿Yo? —chilló, irguiéndose—. Oh, esto es terrible.

—¿Terrible? —Confundido, Finlay no pudo ofrecer mejor respuesta que repetir lo que ella había dicho.

Amity apartó la manta de una patada y balanceó las piernas hacia el frío suelo. Para su consternación, Finn vislumbró la suave curva de su pantorrilla sobre unas medias remendadas que se habían descolgado lamentablemente alrededor de sus tobillos. Amity se agachó para tirar de ellas y ponerlas en su sitio, dándole otra vista de su ropa interior. Manchada. Remendada. Inadecuada para la exuberante curva de sus nalgas, amorosamente resaltada por el material desgastado por el uso y los lavados.

—Sí, es insoportable, Finn. Sabes que si nos descubren juntos aquí, yo quedaré arruinada. Yo. No tú. No puedo permitir que eso suceda.

Los Mayweather no solo habían perdido su hogar, se dio cuenta. Habían perdido sus ingresos y su estatus. La totalidad de su vida cotidiana había sido arrasada con un solo y terrible accidente. Todo lo que Amity tenía era su reputación y sus conexiones familiares. Era el colmo del egoísmo que él amenazara la poca seguridad que ella tenía. Si tan solo pudiera volver atrás en el tiempo y darle una patada en el trasero a su yo presuntuoso por decidirse por Holly después de unas semanas de conocerla, simplemente porque era hermosa y conveniente.

—No dejaré que eso suceda, Amity —declaró Finlay.

Amity se echó la colcha sobre los hombros como un voluminoso chal. Finlay agarró las esquinas y las usó para sujetarle los brazos mientras apretaba los bordes bajo su barbilla, que ahora estaba en un ángulo desafiante—. ¿Oh? ¿Cómo exactamente piensas evitarlo? —exigió Amity, pero su mirada se posó en su boca, y Finlay supo que estaba pensando en el beso. Su glorioso y maravilloso beso bajo el muérdago.

—Casándome contigo, Amity —susurró y la atrajo contra su pecho.

Ocho

AMITY SE RIO.

—Ni hablar.

—Amity —gimió Finn contra su boca—. Si no puedo convencerte con palabras, déjame demostrártelo con besos.

Estaba cansada de resistirse. Durante días, se había mantenido alejada de Finlay con la esperanza de que ella y Holly pudieran resolver sus diferencias. No había funcionado. Cada hora había profundizado la brecha entre ellas hasta que Amity temió que hubieran cruzado a la enemistad abierta. Merecía un poco de alegría estas fiestas. Más que solo en Navidad, Amity merecía la cálida felicidad que había ayudado a su madre a sobrevivir una pérdida devastadora.

No podía soportar ser una consideración secundaria en las ambiciones de su prima. Holly quería a Finlay, pero él ya no la quería a ella. Finn la había elegido a *ella*. A Amity. Ese conocimiento levantó un gran peso dentro de ella.

A solas, al menos por un breve momento, podía alcanzar el futuro que deseaba pero no se atrevía a agarrar. Amity se estiró de puntillas para cerrar la distancia entre ellos. Sus labios se encontraron en un ardiente abrazo. Las piernas de Amity se volvieron de goma. Si este iba a ser el único momento que tendrían juntos, decidió disfrutar cada instante. Se escabulló de los confines de su manta para rodearle el cuello con ambos brazos.

—Creí que podría ser noble —jadeó entre besos—. Pensé que podría entregarte a Holly. Pero no puedo. Quiero quedarte para mí.

—Shh. No invoques a tu prima —susurró Finn.

La boca de Amity se abrió cuando su mano se deslizó por sus costillas. El pulgar de Finn trazó la parte inferior de su pecho. La espalda de Amity se arqueó instintivamente, buscando más.

—Sí —siseó.

Finn le chupó el labio inferior, lo que envió una ola de placer por el cuerpo de Amity. El tiempo se desvaneció. El pasado se convirtió en presente. Amity se estremeció ante su toque. El futuro se oscureció. Quizás nunca había sido muy brillante. Amity no podía lamentar un futuro que le pedía atarse corporalmente a un hombre que no deseaba. Su alma se negaba a ceder: tendría placer o no tendría nada. Solo podía esperar que sus hermanas entendieran por qué había desperdiciado el regalo de su madre.

Quiere casarse contigo. ¿Pero no era eso lo que todos los hombres decían antes de aprovecharse de una mujer?

El hambre de Amity la hacía inclinarse hacia el toque de Finlay como un gato ronroneante. Finn le acarició el pecho. Su erecto miembro se presionaba contra su estómago a través de capas

de ropa. Él la deseaba a su vez. Ese conocimiento la emocionaba.

—Haz eso, más —jadeó. Finlay obedeció. Bajó ambas manos a su cintura y se inclinó hacia atrás para levantarla contra su pecho. El roce de la lana y el áspero deslizamiento del lino sobre la parte superior de sus pechos enviaron un calor líquido corriendo por sus venas. Amity intentó envolver sus piernas alrededor de su cintura, pero se vio frustrada por el corte estrecho de su vestido. La falda le atrapaba las piernas cerradas.

—Finn —gimió Amity a medias—, bájame.

—Bien —gruñó entre besos desesperados. La colocó en el borde del asiento de la ventana y retrocedió, jadeando, con el pelo revuelto, la corbata arrugada y la chaqueta torcida. Finlay la miró con el ceño fruncido, sus rasgos angulosos reflejando todas las emociones que Amity no sabía cómo expresar. Las meras palabras parecían insuficientes para la tarea.

Una comprensión desconocida se apoderó de Amity, un entendimiento de que ella parecía igual de desarreglada. Si solo iba a tener una oportunidad de sentir estas cosas en su vida, ¿por qué no con un hombre en quien confiaba para mantener su secreto después de que el acto de hacer el amor hubiera terminado?

Quizás Finn hablaba en serio con su oferta espuria de matrimonio, pero Amity no lo creía. Los caballeros no cortejaban a una mujer y luego decidían abruptamente casarse con otra, sin importar cuán larga fuera su amistad. Había conocido a Finlay Weston, el hombre, por menos de una semana.

—Si fueras mío —susurró el mayor deseo de su corazón—, te dejaría levantar mis faldas y tocar mi lugar más secreto.

—Amity —gimió Finn mientras cumplía con su deseo expresado—. Si fueras mía, quemaría tu ropa interior y te compraría la camisa de encaje más fina de Inglaterra. Te pediría que la usaras y nada más. Tus pechos —acarició uno mientras hablaba, y Amity se vio superada por el deseo — serían visibles bajo la fina malla. Podría saborear sus rosadas puntas cada vez que lo deseara.

—Tócame —suplicó. Su falda y camisa se habían amontonado alrededor de sus muslos, dejando sus piernas libres para abrirse.

—Si fueras mía, Amity —respondió Finn con voz ronca—, te llevaría a la cama antes del atardecer y no te dejaría dormir hasta bien pasada la medianoche. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Amity hundió los dedos en los resbaladizos mechones oscuros de pelo en la nuca de él. Con los ojos entrecerrados, Finn se inclinó para girar su lengua alrededor del tenso capullo que había asomado por encima de la barrera de su corpiño. Amity jadeó y lo instó a acercarse más.

—Sí. Si fueras mío, Finn, te mantendría en la cama mucho después del amanecer. Pasaría mi lengua por tu oreja, así. —Lo demostró con el ligero rasguño de una uña. Él se estremeció.

—Si fueras mía, Amity —susurró Finn contra sus pechos mientras sus manos trabajaban los cordones de su costado—, tus orejas dolerían por el peso de las gemas que colgaría de este delicado lóbulo.

—Sí. —Amity se estremeció cuando él chupó su suave carne, luego presionó una hilera de besos por el pulso en su garganta. Mientras siguiera besándola y chupándola así, podría estar de acuerdo con casi cualquier cosa. *Abandonaría a su familia y arruinaría su reputación, solo por favor sigue pasando tu lengua sobre mi pezón.* Sus pensamientos se desintegraron cuando Finn logró sacar las puntas de sus pechos por encima del apretado ajuste de su corpiño. Se endurecieron en apretados capullos en el instante en que quedaron expuestos al frío cortante.

—Sigue haciendo eso —respiró. Amity se recostó contra el cristal. La vergüenza por el pobre estado de su ropa interior casi la detuvo. Pero el feroz deseo en los ojos oscuros de Finn encendió su cuerpo con necesidad.

—Amity —gruñó él—. Me embriagás. Estoy desesperado por probarte.

—¿Probarme? —cuestionó sin aliento, aunque Amity tenía una idea de lo que quería decir.

—Aquí —aclaró, acariciando su sexo con dedos romos. Amity gimió de deseo.

—Sí. Más. Me gusta eso —balbuceó. La corbata de Finlay se arrugó en sus manos, lo suficientemente suelta como para revelar su nuez y un atisbo de su pecho—. Desearía que estuviéramos desnudos. Juntos.

—Aún soy un caballero, Amity —advirtió Finlay. Antes de que su cerebro fracturado pudiera comprender su significado, él cayó de rodillas ante ella—. No voy a ser caballeroso ahora.

—Por favor —suplicó Amity, sin saber exactamente lo que pretendía hacer pero ardiendo de necesidad. Los labios de Finlay se estiraron en una sonrisa burlona.

—Lo que desees, amor. —Se puso serio mientras hacía rodar el nódulo en el ápice de su centro entre sus dedos.

Amity jadeó y se arqueó, buscando más. Él se lo dio, explorando su húmedo pasaje con un dedo, luego con dos. Ella le agarró el pelo con fuerza mientras el placer tensaba su cuerpo. —Más, Finn. Necesito más.

—Pronto —susurró él, curvando las puntas de sus dedos hacia arriba. Ella estaba tan cerca de la fugaz alegría del clímax, que nunca había experimentado con otra persona. Solo su solitario yo, en momentos robados a solas en la habitación compartida en Kearny. Esto era más grandioso, más intenso, más poderoso.

Y eso fue antes de que Finlay se inclinara para lamer el botón de su excitación de la misma manera que lo había hecho con el lóbulo de su oreja. Amity dejó escapar un fuerte jadeo. —Sí. Así.

Él obedeció, explorando, saboreándola, pasando la punta de su lengua sobre ella hasta que un pulso de placer floreció en su interior. Amity se rindió a él. Alcanzó el orgasmo que la dejó exhausta, persiguiéndolo hasta que se desvaneció. Irrecuperable.

Hubo un roce de tela mientras Finlay arreglaba su ropa. Cuando Amity se recuperó lo suficiente para sentarse, encontró lágrimas húmedas en sus mejillas.

Finlay se había retirado, con el arrepentimiento grabado en sus facciones. —Si fueras mía, Amity —dijo con un suspiro—, nunca te dejaría ir.



Como precaución, Finlay salió de la biblioteca varios minutos antes que Amity. Sin embargo, no había necesidad de sigilo. Ninguna doncella había interrumpido la pasión que aún enviaba ondas a través del núcleo de Amity. Ningún lacayo los había visto entrar en la biblioteca, ni salir de ella. No habría ningún descubrimiento público que obligara a Finn a proponer matrimonio. Amity lo deseaba —intensamente—, pero no bajo coacción.

Él le tomó la mano para apretarle los dedos cuando ella se volvió para subir las escaleras hacia los aposentos de invitados. —¿Te veré en la cena? —preguntó Finn, sus ojos escrutando su rostro.

Amity le sonrió desde la escalera. —Me gusta comer, y no hay otro lugar donde pueda encontrar sustento. Así que, sí.

—Si fueras mía —susurró él—, nunca te haría vestirte para la cena.

Amity sintió que toda su cara se sonrojaba hasta los dedos de los pies. —Escandaloso.

—Haría que trajeran bandejas a nuestras habitaciones para que pudiéramos pasar más tiempo...

—¡Aquí están! —la voz falsamente alegre de Holly interrumpió—. Lo he estado buscando por todas partes, señor Weston.

La expresión de Finlay se cerró. La columna de Amity se tensó. Retiró su mano como si se hubiera quemado en la forja de un herrero. Apenas se atrevió a encontrarse con la mirada de su prima. En el breve momento que lo hizo, Amity leyó traición. La vergüenza la abrasó.

¿Alienarías el afecto de tu prima por un hombre que no puede decidirse a qué mujer declarará sus intenciones? Después de todo, las cartas de Holly y las descripciones de su vida en Londres habían sido una pequeña fuente de emoción en los años desde que el tío y la tía de Amity habían tomado posesión de Wells House. Holly era quien le había regalado un juego de escritura y cintas para sus hermanas, compradas con su dinero para alfileres.

Finlay había escrito un par de notas superficiales, hace años, y luego las había olvidado.

—Prima —dijo Holly fríamente.

Amity asintió. No deseaba pelear, pero ¿qué más había hecho desde que Finlay había llegado y Amity se había enamorado perdidamente del mejor amigo de su hermano? —Holly —dijo Amity mansamente—. Te deseo mucha felicidad en el año que viene. ¿Tocarás un dueto conmigo esta noche después de la cena?

Su prima le lanzó una mirada cautelosa. —Tal vez.

Amity no miró a Finlay. Quizás todo esto había sido un error. Tal vez su tiempo con él no había sido más que una fantasía de las Doce Noches.

Si Finlay la quería como esposa, tendría que empañar su impecable reputación como caballero y decirle a Holly que ya no tenía intención de proponerle matrimonio.

Si fueras mía... pero no lo era. Todavía no.

Nueve

LA SIDRA especiada se agrió desagradablemente en el estómago de Finlay.

El terreno entre él y Amity había cambiado esa tarde. Durante una gloriosa hora, había creído en sus intercambios de *si fueras mía*. Entonces apareció Holly y, en una fracción de segundo, Amity se había vuelto contra él. Le hizo preguntarse si la entendía en absoluto. La mujer en la que se había convertido, no la chica que había sido. Amity, la chica, había sido tan aventurera. ¿Cuándo había surgido su tímida reticencia? Ansiaba llenar los vacíos en su conocimiento de la vida de ella.

A medianoche, la señora Mayweather abrió de par en par las puertas delantera y trasera de Wells House. Las mujeres, lideradas por la señora Mayweather y Holly, persiguieron a los espíritus por las habitaciones de la planta baja para invitar a la buena suerte. Cerraron las puertas de golpe, riendo.

—¡Tradición ridícula! —resopló el señor Mayweather—. Un desperdicio de buena leña también. —Sus mejillas estaban rojas por el exceso de brandy y cerveza especiada. Lunt estaba cerca, apoyado en el sofá y picoteando una bandeja de galletas de jengibre. Los dos hombres parecían haber limado asperezas. Gruesas tiras blancas de lino envolvían la pierna de Lunt.

Solo Finlay parecía incapaz de ahuyentar la tristeza apagada que se había asentado sobre él después de su interludio vespertino con Amity en la biblioteca. Si ella fuera suya... Pero nunca lo sería a menos que hablara y arriesgara dañar su relación con su vecino más cercano.

Por una *mujer*.

Cada fibra sensata de su ser se rebelaba contra la sabiduría de arruinar una amistad tan importante. Un caballero no faltaba a su palabra, sin importar cuán desesperadamente deseara a una mujer.

Los ojos verdes de Amity se encontraron brevemente con los suyos. Si Holly poseía el talento de las teclas, Amity poseía una voz para cantar digna de los ángeles. —*We twa hae run about the braes / and pou'd the gowans fine; / But we've wander'd mony a weary fit / sin' auld lang syne.*

Los recuerdos se agolparon en su mente mientras el significado de las palabras en inglés llano evocaba espectros de su juventud. *Nosotros dos hemos corrido por las laderas...* Los brillantes ojos verdes y la nariz respingona de Amity se transformaron en su memoria. *Y recogido las margaritas finas...* Las cadenas de flores blancas se transformaron en azahares y un velo en la imaginación de Finlay.

Finlay se atragantó, tosió y se unió de nuevo a la canción. Nuevos recuerdos desplazaron a los viejos. Los ojos verdes entornados de Amity se oscurecieron de lujuria mientras él, de rodillas, provocaba su sexo con la lengua. Sus jadeos de placer mientras exploraba su cuerpo con

manos temblorosas. La lujuria lo invadió. Cerró los ojos contra la marea de sentimientos.

¿Debería el viejo conocido ser olvidado y nunca recordado? ¿Debería el viejo conocido ser olvidado y los viejos tiempos?

Había olvidado a Amity demasiado tiempo. Mientras las notas finales se desvanecían, la señora Mayweather puso su mano sobre su brazo.

—Estoy tan emocionada de presentarte como mi futuro yerno en nuestro baile de la Duodécima Noche en unos días —dijo cálidamente, en voz baja—. Confío en que no frustrarás las esperanzas de Holly.

Finlay tragó saliva. Para cuando se desenganchó del abrazo de su anfitriona, Amity se había acomodado en el sofá junto a Lunt. Acunaba su taza como un dragón guardando un tesoro mientras conversaban con las cabezas inclinadas cerca. Apretó los puños a los costados. Al otro lado de la habitación, Gibbs se enfurruñaba mientras jugaba a las cartas con la anciana tía de la señora Mayweather. Sin duda, Amity había estado evitando al hombre.

Bien. Eso le daba a Finlay un poco más de tiempo para hablar con Foster Mayweather sobre proponerle matrimonio a Amity en lugar de a Holly. Sería incómodo, pero si fuera necesario, podría retirarse a su casa vecina, Weston Manor. Incluso con el personal de vacaciones pagadas mientras los albañiles apuntalaban la mampostería desmoronada, Finlay podría pasar una Duodécima Noche lo suficientemente cálida sabiendo que podría esperar reclamar a Amity como su novia.

—Disculpen —dijo la señora Mayweather en voz alta y aplaudió para llamar la atención de la multitud—. Tengo un anuncio.

Amity y Lunt estaban sentados uno al lado del otro en el sofá. Ella tenía las manos entrelazadas en su regazo, la mirada clavada en el suelo, las mejillas teñidas de rosa. El presentimiento ralentizó el tiempo mientras Finlay asimilaba el discurso de la señora Mayweather.

—El señor Lunt y mi sobrina política, la señorita Amity Mayweather, han acordado casarse.

No. El tiempo se detuvo. Un frío horror recorrió el cuerpo de Finlay.

—Tanto para negarse a aceptar una propuesta de cualquier hombre en poco tiempo —murmuró Gibbs furiosamente desde el otro lado de la habitación. Su rostro se había vuelto de un rojo moteado por el alcohol y la indignación—. ¿O es solo a mí a quien no podías soportar? —Ofendido, Gibbs salió pisando fuerte de la habitación.

El silencio descendió por un momento tras su estela. Finalmente, Amity levantó los ojos para encontrarse con los suyos. Culpa. Arrepentimiento.

Finlay negó con la cabeza mientras la comprensión partía su corazón en dos. Había vacilado demasiado tiempo. Aun así, la ira surgió dentro de él. ¿Cómo se atrevía a entregarle su cuerpo y luego prometer su corazón a otro?

Bueno. Solo porque su amiga más antigua lo había rechazado en favor de un patán grosero no significaba que Finlay tuviera que soportar el resto de esta noche solo. Rompió la mirada con Amity. Se sentía como arrancarse el corazón palpitante con las manos desnudas, pero no podía mirar la posesividad presumida de Lunt ni un segundo más.

Con dos zancadas, estaba junto al piano. La brillante mirada azul de Holly se encontró con la suya, centelleando de deleite. —¿Puedo tener una palabra en privado?

—Cualquier cosa que tengas que decir puede ser dicha frente a mi familia. Además, nadie nos está prestando atención, excepto mi prima. —La voz de Holly se aplanó, y su boca se tensó en las comisuras con decepción.

Bien. Si Holly quería que le propusiera matrimonio frente a todos los presentes, lo haría. —

Holly Mayweather, ¿me harías el gran honor de convertirte en mi esposa?

Holly ladeó la cabeza. —Um... —Sus ojos se dirigieron a Amity, cuya vergüenza se había desvanecido y había dejado sus mejillas sin color. Parecía miserable—. Soy consciente del gran cumplido que me has hecho. Sin embargo, lamento tener que declinar.

—¿Perdón?

—No acepto tu oferta de matrimonio —respondió Holly con traviesa lástima—. Me temo que mi corazón está entregado en otra parte.

—Pero... pero ¿por qué? —balbuceó Finlay—. ¿Por qué me hiciste creer que mis avances eran bienvenidos?

—¿Tenemos otro feliz anuncio? —preguntó la señora Mayweather expectante mientras se deslizaba hacia ellos.

—Me temo que no. Su hija ha rechazado mi oferta —declaró Finlay con amargura. A estas alturas, toda la sala los observaba. Su humillación estaba completa.

—Holly Mayweather —advirtió su madre. Sus rizos temblaron en sus sienes—. ¿Qué estás haciendo?

—Papá me dijo que no pagaría mi cuarta temporada en Londres a menos que demostrara que podía encontrar un pretendiente. Ahora que he demostrado mi capacidad para atraer una propuesta cuando deseo recibirla, papá debe dejarme regresar —Holly sonrió dulcemente y se recostó en el borde del piano.

—Esto es por ese libertino de Lord Stockton, ¿no es así? —declaró la señora Mayweather con un siseo tenso como el de un ganso enojado, tratando de mantener su voz baja y fallando.

Finlay gruñó.

—No puedes hablar en serio, Holly.

—Le ruego me disculpe —le respondió la dama que lo había rechazado tan públicamente. Su barbilla se elevó una pulgada completa. Por un terrible momento, Finlay la odió.

—Si crees que Stockton alguna vez buscará tu mano como esposa, señorita Mayweather —dijo con toda la diversión que pudo reunir—, estás completamente engañada.

La mirada de Holly se estrechó hasta convertirse en rendijas.

—¿Hiere tu orgullo que aspire a algo más alto que tu posición, aunque sea envidiable, señor Weston?

Él se rio. El brillante e inconfundible descaro de esta mujer.

—En absoluto. Me has ahorrado las largas consecuencias de lo que habría sido una unión desafortunada, si me hubieras aceptado —Finlay hizo una reverencia—. Encuentro que la tradición de ahuyentar a los malos espíritus ha dejado algunos atrás. Me llevaré los demonios restantes conmigo —Se dio la vuelta. Todos en la sala estaban cautivados por la escena que se desarrollaba junto al piano lacado. Todos excepto Amity—. Llama a mi ayuda de cámara —ordenó a un lacayo, quien se apresuró a obedecer—. Parto en un cuarto de hora.

El silencio cubrió la sala. Finlay no podía mirar a ninguna de las mujeres que lo habían traicionado tanto. Se dirigió pisando fuerte hacia la puerta, tan alterado como cuando había llegado. El Año Nuevo de 1817 pasaría a la historia como el peor de todos en sus libros personales.

—Espera, Finlay, yo... —Amity corrió tras él.

Sin embargo, Finlay no tenía más apetito de escándalo.

—Señorita Mayweather, le deseo mucha felicidad en su próxima boda.

Amity lo miró como si le hubiera dado una bofetada en la mejilla.

Mientras Finlay salía en un arrebato de orgullo masculino herido, Amity se tambaleaba por algo más que unos sorbos de sidra y una habitación demasiado cálida y abarrotada. Durante una hora logró mantener la compostura. Lunt la tocaba constantemente. Cuando Amity apartaba su mano de su agarre, el hombre deslizaba su brazo alrededor de sus hombros. Ella se alejaba y encontraba su pierna ilesa presionada contra su costado.

Amity no había tenido la intención de aceptarlo. Después de su interludio en la biblioteca, había esperado que Finlay hiciera algún tipo de gesto caballeroso, incluso si no era una propuesta de matrimonio. Pero esta noche, apenas había reconocido su presencia. Lunt la había tomado por sorpresa con su "¿Considerarías hacerme el honor de convertirte en mi esposa?"

—Sí —había respondido ella, escuchando a medias, su mente centrada en la palabra "considerar". *Consideración* significaba tiempo para reflexionar sobre la idea, en su opinión. Ciertamente, significaba más tiempo que una sola noche, pero una vez que su entusiasmado pretendiente había susurrado la noticia a la tía de Amity, el malentendido se había cristalizado en un hecho antes de que ella tuviera tiempo de considerar la propuesta de Lunt. Su amor no se limitaba a un solo hombre; tenía hermanas que considerar. Si Finlay no iba a proponerle matrimonio, y la alternativa era aceptar a Gibbs, entonces la propuesta de Lunt era lo mejor que podía esperar. Una mujer en circunstancias reducidas debería estar agradecida por cualquier oferta de matrimonio que recibiera.

Pero nunca podría llegar a ser feliz. Era todo lo que podía hacer para no retroceder físicamente ante el toque de Lunt.

Sin embargo, el hombre cuyo toque derretía su núcleo la había mirado con ojos azules convertidos en carámbanos. Su corazón se había congelado ante la acusación que había encontrado en el ceño fruncido de Finlay. ¿Qué había hecho? Lo responsable. Lo *correcto*, incluso si nada se sentía bien en absoluto. Él, de todas las personas, debería entender el significado del honor y el autosacrificio.

Sin embargo, aquí estaba ella con su vestido hecho de la sábana arruinada de su madre adornado con encaje de un vestido de bautizo de bebé. Amity había sabido que la tarde pasada en los brazos de Finlay nunca se repetiría. *Si fueras mía...*

Pero no lo era.

Finlay se había apartado de ella y se había vuelto hacia Holly. Con sus cabezas juntas sobre el piano, había quedado claro que estaban teniendo una conversación muy seria. A la mayoría de los invitados no les había importado, al menos, no hasta que la tía de Amity había armado un escándalo por el rechazo de Holly.

Amity acorraló a su prima justo fuera del salón.

—¿Por qué hiciste eso?

Holly le lanzó una mirada fría de reojo antes de enderezar su chal.

—Sabes por qué. Amo a Stockton.

—Podrías haber dicho algo antes —la reprendió Amity.

—Lo hice, Amity. Te habría contado sobre la estipulación de mi padre de que recibiera una propuesta antes de que se me permitiera regresar a la ciudad para otra temporada, si hubiera pensado que perseguirías al señor Weston.

—¿Qué? —La boca de Amity se abrió de golpe.

—Tú, prima, te has vuelto tímida y mansa en los años desde que nos vimos por última vez — Holly se deslizó por el pasillo de una manera muy propia de una condesa. Su cabeza se sacudió

para indicar que Amity debía seguirla—. Después de nuestra charla en mi habitación, estaba segura de que ibas a hacerle saber a Finlay que lo querías en lugar de esperar pasivamente a que viniera a ti. A los hombres les gustan las mujeres con un poco de lucha en ellas. Nadie desea pasar su vida con un trapo sin vida.

—No soy un trapo sin vida —protestó Amity acaloradamente—. Si puedo ser sincera, Holly, Londres te ha transformado en una coqueta calculadora y caprichosa, *querida* prima.

—Al menos yo sé cómo interactuar con caballeros —replicó Holly indignada—. Es como si el entretener las atenciones de un caballero fuera un concepto extraño para ti. Te sugiero que tomes algunas lecciones de mí antes de que indiscutiblemente te quedes para vestir santos.

—Lecciones —se burló Amity—. De ti.

Llegaron a la puerta del dormitorio de Holly.

—Como quieras, Amity. A Finlay no le costará nada encontrar un reemplazo para mí. Un reemplazo para ti no será tan sencillo.

—No puedes esperar que corra a Weston Manor y le pida a Finn que se case conmigo. ¿Qué hay de Lunt?

—Espero que digas algo antes de que publique las amonestaciones —comentó Holly mientras jugueteaba con su llave. La cerradura se abrió con un clic. Bostezó. Un reloj en el pasillo dio la una de la madrugada—. El señor Lunt no me parece el tipo de hombre que se tome el rechazo a la ligera.

—Finlay tampoco lo es —declaró Amity.

Holly se encogió de hombros.

—Si deseas que el señor Weston sea tu preocupación, te recomiendo que se lo digas, y que informes a Lunt sobre tu cambio de afectos. Si me disculpas —Holly hizo una pequeña reverencia—. Encuentro que esta noche me ha agotado enormemente.

Diez

ESCAPAR de su compromiso accidental con Lunt resultó más difícil que sacar una bota del fango de un pantano.

—¿Piensas hablar alguna vez? —preguntó Holly la noche en que los parientes de su madre regresaron para el baile de la Duodécima Noche. Las pobres cosechas de este año significaban que pocas familias organizaban los habituales grandes bailes. Incluso el señor y la señora de Willoughby Hall, la residencia más elegante de Hertfordshire, habían declinado celebrar un baile este año. Con la llegada de más invitados, Amity había perdido nuevamente su habitación privada. De vuelta en el dormitorio de Holly, las primas se provocaban y se pinchaban mutuamente. Era mucho menos agradable que la efusiva felicidad que había marcado su reunión inicial, pero para Amity, la nueva honestidad era refrescante.

—¿Sobre Lunt? —Amity pasó un cepillo por su cabello lacio y tieso.

—Para empezar —respondió Holly con acidez mientras examinaba el contenido de su armario—. Esto te quedaría bien.

—Ya te dije que voy a usar el azul y dorado.

—Ese vestido está terriblemente pasado de moda y muy descolorido. Somos de altura similar. Por favor, toma prestado uno de los míos, Amity. ¿No? Bueno, supongo que no importa si Finlay Weston no va a asistir. Este es demasiado fino para alguien como Lunt. Tu azul y dorado le va bien —Holly había dejado de ocultar su exasperación.

—¿Ha respondido Finlay a la carta de tu madre? —preguntó Amity, jugueteando con su camisón. La señora Mayweather había obligado a Holly a escribir una disculpa por haberlo rechazado tan groseramente. El lacayo había regresado con una nota apresuradamente enviada en la que Finlay expresaba que no guardaba rencor hacia la señorita Mayweather y le deseaba mucho éxito en la conquista del corazón de Stockton. La señora Mayweather, percibiendo una esperanza, había enviado inmediatamente una segunda carta para asegurarle a Finlay que aún era bienvenido a asistir a la fiesta de la Duodécima Noche de los Mayweather, si podía encontrar en su corazón el perdón por la ofensa. Su congelado lacayo había regresado una hora después con la noticia de que el señor Weston había partido de la mansión con gran prisa hacía solo unas horas. A pesar de las consultas diarias sobre su regreso, los trabajadores no tenían más información, solo la peculiar noticia de que varios miembros del personal de la casa habían sido llamados a la propiedad antes de lo esperado. Se había pedido a los albañiles y yeseros que apresuraran las reparaciones en el interior en preparación para la llegada de invitados antes de la Duodécima Noche.

Holly negó con la cabeza.

—No. Todos están muy perplejos —Se tocó el labio inferior con la punta del dedo—. No se

esperaba que Weston House estuviera lista hasta la primavera. Es extraño que desaparezca tan abruptamente. Decir que espera invitados... ¿qué podría significar? ¿Estará planeando organizar un baile rival?

Amity resopló.

—¿Es eso lo que piensa tu madre?

—Es precisamente el tipo de cosa que creería —Holly asintió sabiamente—. A mis padres les gusta fingir que mis impulsos dramáticos son únicos, pero mi madre le dirá a cualquiera que escuche cómo me parezco a ella. Sin duda ha invitado a medio condado en un intento de evitar que él tenga invitados.

—Como si pudiéramos acomodar a otra familia aquí en Wells House —se burló Amity—. Está llena hasta el techo. Incluso la cochera ha sido convertida en alojamiento para las familias Mayweather.

—Es una lástima que tantos de los recién llegados sean parientes de los Mayweather —comentó Holly con un destello de picardía en los ojos—. De lo contrario, podrías tener más facilidad para encontrar un reemplazo para Lunt.

Amity le arrojó un cojín bordado a la cabeza de su prima y casi derribó la lámpara. Su corazón dolía de confusión. Extrañaba la presencia constante de Finlay. Si supiera adónde había ido, podría apropiarse de un caballo y un lacayo para ir tras él. Pero simplemente había desaparecido, dejándola preguntándose si alguna vez se había preocupado por ella más allá de un beso bajo el muérdago y una hora de felicidad en una fría biblioteca.



—Debemos cambiar los caballos, mi señor —Los dientes del conductor castañeteaban mientras hablaba. Maldito fuera el frío insoportable que hacía que el viaje durara el doble de lo habitual. Gruesos e implacables montones de nieve se apilaban a los lados del camino, reabastecidos cada hora con nuevas nevadas de gruesos copos.

—Entra —ordenó Finlay—. Yo tomaré tu lugar —El frío le mordió las mejillas en el instante en que salió del relativo calor de su carruaje más pequeño y ligero. Los caballos avanzaban abatidos, con los flancos temblando. Finlay los detuvo para sacar mantas adicionales del maletero y arroparlos bien. Continuaron. No había nada más que pudieran hacer. Detenerse en esta tormenta significaba morir congelado, y Finlay tenía demasiado por qué vivir. Tenía que volver con Amity antes de que fuera demasiado tarde.



—Señor Lunt —interrumpió Amity, de nuevo.

—Me gustaría casarme dentro de un mes, tan pronto como las amonestaciones hayan tenido tiempo de publicarse. ¿Será suficiente tiempo para que te prepares? —preguntó su supuesto prometido, lo cual era un poco mejor que hace media hora cuando simplemente la había informado sobre sus planes de hacerla su esposa. Las negociaciones matrimoniales habían sido simples. Ella no deseaba casarse con él. No había acuerdo que alcanzar, no hasta que su madre tuviera la oportunidad de hablar con el pretendiente de Amity.

—Señor Lunt, no puedo proceder con ninguna planificación sin la participación directa de mi madre —Amity tenía la fuerte sensación de que su madre accedería a cualquier cosa que el señor

Lunt deseara si eso significaba algún alivio de su abrumadora pobreza.

Las cejas espesas de Lunt se juntaron como orugas peludas.

—Pero he llegado a un acuerdo con tu tío.

La ira atravesó a Amity.

—Mi tío no habla por mí. Mi madre lo hace.

—Amity, amor.

Oh, esto otra vez no. Odiaba la forma en que Lunt había empezado a usar el término cariñoso en los últimos cuatro días. Lo usaba estratégicamente para hacerle más difícil romper con él. Como si no le resultara ya lo suficientemente difícil.

A unos metros de distancia, Holly fingía no escuchar a escondidas mientras sonreía y asentía a las tías y primas Mayweather que habían llegado esa mañana. No podían dejar de quejarse por haber sido retrasadas por la fuerte nevada. La señora Mayweather había accedido a hospedar a los recién llegados hasta bastante después de la Duodécima Noche como compensación. El tío de Amity había empezado a preocuparse abiertamente por el gasto de alojar a tantos visitantes durante tanto tiempo, en un año en que sus ingresos se habían visto devastados por el manto de frío que cubría Inglaterra.

—Señor Lunt, le ruego que se abstenga de llamarme con ese término —dijo Amity con un tono un poco más cortante del que había pretendido.

—Vamos a casarnos —señaló Lunt—. Él te entregará cien libras al casarnos y otras cincuenta libras anuales durante los cinco años siguientes.

—¿Acaso he de ser vendida tan barata? —Amity inhaló profundamente, presionando sus pechos contra el corpiño del vestido de día que le había prestado Holly—. Si he de firmar mi vida a un hombre, será a uno por quien tenga sentimientos. No a uno que usó una lesión para jugar con mis simpatías y presionarme a hacer un anuncio público antes de asegurar mis afectos. ¿Cómo podría sentir algo más que resentimiento hacia usted en estas circunstancias, señor Lunt?

Un silencio atónito cayó sobre la habitación. La expresión de la señora Mayweather se tornó seria, luego exasperada. Holly, la única, le sonrió radiante.

—No puedo tener un segundo matrimonio rechazado en mi propio salón en el espacio de una semana, Amity Mayweather. —Su tía avanzó hacia ella. Las numerosas ramificaciones del clan Mayweather se dispersaron en todas direcciones, solo para llenar el camino detrás de ella, estirando sus cuellos con curiosidad—. El mundo pensará que Wells House es donde el amor va a morir.

—Mamá —intervino Holly, levantándose para pararse junto a Amity—. Quizás deberías haber considerado nuestros deseos antes de presionarnos a casarnos donde nuestros corazones no estaban entregados, si deseabas proteger tu reputación como casamentera.

Amity reunió su coraje, aunque una ansiedad viscosa volvía su piel pegajosa. —Les agradezco a ti y a mi tío que no interfieran donde no se les ha pedido ayuda. ¿No debía consultarse a mi madre en mi decisión de casarme?

—Tu madre es demasiado blanda de corazón para confiarle tu futuro, Amity. ¿No puedes ver eso? —declaró el señor Mayweather—. Le ofrecimos traerla a Londres, donde podría encontrar un nuevo esposo adecuado. Pero no, Laura Mayweather estaba demasiado enamorada de mi hermano para siquiera considerar volver a casarse.

El desprecio en su voz hizo que Amity viera rojo. —¿Es esto lo que hacen con todos? ¿Arreglar sus vidas sin tener en cuenta sus sentimientos o consentimiento?

—Sí —intervino Holly. Sus padres la fulminaron con la mirada.

—Tú, de todas las personas, necesitas más dirección que la mayoría —resopló la señora

Mayweather—. Como si Lord Stockton fuera a pedirte matrimonio alguna vez.

—No puedo expresarte cuánto aprecio tu confianza en mis perspectivas, madre. Además, es mejor que casarse con un hombre que está enamorado de mi *prima* —replicó Holly. Las lágrimas brillaban en sus ojos, pero a juzgar por la obstinada inclinación de su barbilla, su prima se condenaría antes de dejarlas caer.

—Al menos el señor Weston posee una fortuna y la cabeza fría para administrarla adecuadamente —gritó el señor Mayweather.

En ese momento, decidió perdonar las manipulaciones de su prima. A Holly se le había instruido en el arte social del engaño desde la cuna, y sin la intervención de su prima, Amity quizás nunca habría luchado por el amor de Finlay. —Esa no es razón para negociarme —señaló Amity con toda la calma que pudo reunir. Enfrentarse a Lunt no le había resultado natural, pero lo había hecho, y el orgullo floreció en su pecho.

—¿Negociarte? —intervino el señor Lunt, apoyándose torpemente en la muleta que estaba usando hasta que su pierna sanara lo suficiente para caminar—. Vaya negocio. Nunca he sido tan insultado como para ser rechazado por una joven sin fortuna, con un rostro mediocre y sin perspectivas de futuro que valga la pena mencionar. El señor Weston puede *quedarse* contigo, Amity —dijo Lunt con amargura mientras se dirigía hacia la puerta lo más rápido que podía maniobrar entre la multitud de parientes Mayweather—. Eso es, si es que alguna vez regresa.

Once

Así, el baile de la Duodécima Noche de los Mayweather comenzó con un toque de inquietud, al menos para Amity y Holly, quienes se acurrucaron cerca de la chimenea, como parias, mientras otras jóvenes tocaban el pianoforte. Nadie las invitó a bailar.

—Nunca quise causar tal escándalo —susurró Amity, horrorizada por el papel que había desempeñado en el desastre de la velada.

—El escándalo no eres tú. Tampoco soy yo. Son mis padres —respondió Holly sombríamente—. Solo somos actores secundarios en este drama familiar. —Se había vestido con seda color crema pálido bordada con rosa y adornada con pequeñas perlas. Perlas más grandes decoraban los rizos a la moda que colgaban hasta sus hombros como gruesas salchichas. Su expresión era de buen ánimo determinado, pero cuando habló, su rostro decayó y se formaron pequeñas medias lunas en las comisuras de su boca. Aferraba el ridículo que Amity le había hecho en una mano como si se preparara para golpear con él a la primera persona que mencionara el matrimonio.

Todos, excepto Holly y Amity, parecían estar pasándolo bien. El extravagante Pastel de Reyes se erguía majestuosamente en el centro de una pequeña mesa redonda colocada en la sala vacía justo al lado del salón. En lugar de destruir la hermosa creación demasiado pronto, el señor y la señora Mayweather habían repartido pequeñas tarjetas con roles impresos en ellas. Para gran diversión de todos, el mayordomo había sacado la tarjeta del Rey y debía ser tratado en consecuencia a través de interminables juegos de charadas.

Ni a Holly ni a Amity se les había ofrecido una tarjeta.

¿Dónde está Finlay?

Los pensamientos sobre el matrimonio habían volado directamente de la cabeza de Amity una vez que Lunt había pronunciado las palabras impensables de que Finlay Weston se había ido. El escándalo que se estaba gestando había comenzado a girar en torno a la idea de que él había quedado devastado por el rechazo de Holly a su cortejo y se había retirado a esconderse. Holly, tan práctica como independiente, puso los ojos en blanco ante esto.

Pero Amity no podía detener la sensación de inquietud. Sería muy propio de Finlay Weston desaparecer en alguna gran misión y morir en un banco de nieve, solo, sin que ella estuviera allí para salvarlo, todo porque había perdido el valor en el momento equivocado. En retrospectiva, la propuesta de Lunt había sido tan repulsiva como su beso bajo el muérdago. Inoportuna. No deseada. Prepotente.

Había jugado con sus simpatías para empujarla a un matrimonio y, peor aún, Amity lo había permitido. Sus ojos se dirigían a la puerta con mayor frecuencia a medida que avanzaba la noche.

—No vendrá —susurró Holly comprensivamente—. Entre yo y mis padres, dudo que el

señor Weston vuelva a poner un pie en Wells House.

Amity bebió un sorbo de su wassail, que se había enfriado y sabía a manzanas viejas. —No puedo culparlo. Puede que yo tampoco vuelva nunca a Wells House. Ni siquiera por ti.

—Debemos permanecer aquí apartando las manos de los niños hasta que se sirva el Pastel de Reyes —observó Holly sombríamente, con una sonrisa pegada en su rostro—. Después de eso, te ayudaré a empacar. ¿No considerarías llevarme contigo?

—¿Te gusta criar gallinas? —preguntó Amity con escepticismo. Con sus rizos rebotando, Holly negó con la cabeza en un mudo no—. Tampoco te llevará de vuelta a Londres y a tu Lord Stockton.

—Al menos tú tendrás un final para este doloroso lío, a diferencia de mí. Estoy segura de que él se preocupa por mí. Solo necesito verlo...

Una ráfaga de aire frío hizo chisporrotear el fuego rugiente.

—La señora Mayweather, la señorita Charity Mayweather, la señorita Mary Anne Mayweather, la señorita Leticia Mayweather —anunció un sirviente.

La sangre se drenó del rostro de Amity. —Madre —susurró. ¿Qué demonios había poseído a su familia para venir hasta aquí con un tiempo tan horrible?

—Y el señor Finlay Weston —continuó el sirviente.

Amity se congeló a mitad de camino hacia su familia. La habitación se quedó en silencio. Su corazón saltó a su garganta. Cayó en su oscura mirada. —Finn —susurró.

—¿Llego demasiado tarde, Amity? —preguntó él, avergonzado—. He venido para llevarte a Weston Manor, si lo deseas, después de que tu madre haya presentado sus respetos a tu tío y tu tía.

—Sí, Finlay, quiero ir contigo. —Sus pies volaron, y de repente Amity estaba en sus brazos, presionada contra su pecho tan fuerte que el frío metal de los botones de su chaqueta le quemaba la piel desnuda. Su boca estaba fría, pero cuando se separó para admitir su beso totalmente inapropiado y excesivamente entusiasta, ella encontró calidez. Amity se sintió ligera de alegría incluso después de que sus pies tocaran el suelo de nuevo.

—Ya veo. —Su madre le sonrió desde detrás de él—. Has tenido una visita navideña muy exitosa, en efecto.

~

Después de una fría reunión entre la mujer Mayweather que una vez gobernó Wells House y los ocupantes actuales, las hermanas se acomodaron de nuevo en el trineo para un último viaje nocturno a través de los campos nevados hacia Weston Manor.

Holly, que había enviado a su doncella para ayudar a Amity a recoger sus pocas pertenencias, saludó con nostalgia desde debajo del pórtico, su chal carmesí visible mucho después de que ella y Finlay se alejaran sobre el paisaje invernal en un segundo trineo con su baúl en el asiento delantero junto al conductor. Las estrellas brillaban en lo alto como millones de ojos conocedores. Las campanas en los arneses de los caballos tintineaban alegremente en la oscura noche. Pero lo mejor de todo era que Amity estaba acurrucada junto a Finlay. La satisfacción se extendió por sus miembros. Amity bostezó.

—¿Es ahí donde fuiste todo este tiempo? ¿A Kearny? —preguntó en una bocanada de vapor, aunque ya sabía la respuesta. ¿De qué otra manera habrían llegado su madre y sus hermanas hasta aquí?

—Me di cuenta, Amity, de que he sido un mal amigo desde que Ellis... falleció. —Apretó su

hombro y se puso serio—. Pensé que era más de lo que podía soportar ver a alguien relacionado con tu hermano, especialmente a ti. Pero en cambio, sucedió lo contrario.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Amity, desconcertada.

—Al principio no podía entender por qué me desagradabas tanto. Luego pensé: "¿por qué debería Amity preocuparse por mí?" —Tragó saliva—. Me di cuenta de que había desaparecido de tu vida cuando más me necesitabas. No tenía idea de lo que te había pasado, aparte de la decisión de tu madre de mudar a la familia a un pueblo donde...

—Puedes decirlo. Kearny es todo encanto y ninguna oportunidad.

Finlay apretó su mano. —Se me ocurrió que la pensión de viudedad de tu madre podría haber sido insuficiente para mantener a una familia de cinco mujeres, pero nadie se había molestado en preguntar por vuestro bienestar.

—No entiendo por qué esto te afecta ahora. —Amity no quería rumiar sobre el pasado. Sin embargo, necesitaban superar esto. Un futuro tan brillante como las estrellas les hacía señas.

—Mis propios sentimientos sobre regresar a mi hogar de la infancia eran complicados. Pero mis sentimientos por ti, Amity Mayweather, no lo son —Finn le levantó el mentón con una mano enguantada. Amity había creído que no podía haber un beso más perfecto que el que él le había dado bajo el muérdago. Estaba equivocada. Este beso superaba aquel por mucho. Cuando hicieron una pausa para respirar, él susurró—: En el momento en que caí sobre ti en un fuerte de nieve, supe que eras el faro cuya luz había estado extrañando durante años. Llenas un vacío doloroso que apenas puedo describir. En el momento en que te comprometiste con otro hombre, quise tomar venganza.

El agarre de Finlay se tensó ligeramente. Amity se aferró a su antebrazo y susurró:

—Nunca fue mi intención. Sentía lástima por Lunt, y por mí misma. Mi intento de ser noble al hacerme a un lado mientras cortejabas a Holly causó más angustia esta Navidad que cualquiera de los fríos intentos de mis tíos por hacer de casamenteros. Debes saber esto, Finlay Weston: lucharé con uñas y dientes contra cualquiera que intente interponerse entre nosotros de nuevo. Me siento honrada de que hayas vuelto por mí.

Esta vez fue Amity quien lo besó, deslizando su mano enguantada por el frente de su abrigo de lana. Continuaron así durante la media hora de viaje a Weston Manor. Cuando llegaron, ya era bastante pasada la medianoche y el estado de su ropa era deplorable. Aparte de una mirada de soslayo, la madre de Amity no dijo nada.

—Mary Anne se quedó dormida —dijo Leticia en el instante en que los trineos se detuvieron frente al gran edificio cubierto de nieve.

La señora Mayweather escudriñó su rostro.

—¿Puedes cargarla?

—Sí —Finlay levantó a Mary Anne como si la desgarbada chica miope no pesara nada. Los seis entraron en la casa esperando encontrarla vacía, solo para descubrir...

Un fuego bailando en la chimenea del salón. El aroma del yeso curándose, mezclado con la cera de abeja de las velas a lo largo del pasillo, impregnaba el aire.

—Las habitaciones de las damas están listas y esperando —dijo un hombre con peluca que se inclinaba, a quien Amity supuso que era el mayordomo—. Si me permiten mostrarles el camino.

Finlay llevó la forma inelegantemente dormida de Mary Anne tras su sirviente, teniendo gran cuidado de no golpear su cabeza o pies contra la pared. Amity intercambió una sonrisa con su madre.

—Solo hay dos habitaciones de invitados preparadas, señor —explicó el mayordomo disculpándose, abriendo una puerta de roble recién teñida que giró sobre bisagras silenciosas.

Dentro había una gran cama con dosel cubierta de brocado marfil con flecos dorados. Amity podía oler el papel tapiz recién colgado. Mary Anne apenas se movió cuando Finlay la depositó suavemente sobre la cama.

—Podemos arreglárnoslas desde aquí, señor Weston —dijo su madre en voz baja. A su lado, Charity bostezó—. Gracias por alegrar nuestras fiestas.

—Es un placer reencontrarme con la familia. Si puedo traer un poco de alegría a mis antiguos vecinos en esta época sombría del año, estoy agradecido por ello —Finlay hizo una reverencia.

—No sé cómo va a caber Amity en la cama con nosotras —se quejó Charity—. Tus ronquidos ya son lo suficientemente malos, Letty.

—Yo no ronco —replicó Leticia, quien absolutamente roncaba de la manera más poco femenina posible.

Amity trató de reprimir una sonrisa, pero esta tomó su boca como rehén de todos modos.

—Puedo dormir en el...

—En mi dormitorio —intervino Finlay—. Yo descansaré en la chaise longue de la antecámara. La hice traer del almacén para este propósito —Hizo una reverencia a la señora Mayweather—. Amity tendrá la llave. Su virtud está a salvo.

Años de fatiga debido al trabajo duro se desvanecieron del rostro de su madre mientras sonreía con complicidad a Finlay Weston.

—Si ella quiere que lo esté.

—Madre —la reprendió Amity, con las mejillas ardiendo—. Finlay y yo tenemos mucho de qué hablar, al igual que nosotras. Te veré por la mañana —Besó la mejilla de su madre y olió el reconfortante aroma de agua de rosas. La garganta de Amity se cerró.

—Todos hemos tenido una larga Duodécima Noche —dijo Finlay suavemente. Con delicadeza la atrajo hacia sí.

—Gracias, Finn —susurró Amity. Lo siguió por el pasillo, más allá del vestíbulo.

—No es nada que no debiera haber hecho mucho antes —respondió Finlay, manteniendo sus manos cruzadas detrás de la espalda—. Amity, sé que este no es el momento adecuado para preguntarte, pero mis sentimientos no pueden ser contenidos. ¿Me harías el honor de consentir en ser mi esposa?

—Finn —susurró Amity en la oscuridad. Su mano enguantada buscó y encontró la de él mientras deambulaban lentamente por las escaleras hacia el segundo piso y por un pasillo lleno de herramientas de los obreros. Escaleras. Cubos. Objetos sombríos que no podía identificar—. Sabes que la respuesta es sí. Mil veces, sí.

—Pregunto porque sé cuánto resentiste la interferencia de tu tía. No deseo repetir el mismo error. He pedido permiso a tu madre. Creo en hacer las cosas de la manera adecuada...

Amity lo interrumpió con un beso. Su pie conectó con un cubo, que se inclinó y rodó, pero Finlay la atrapó en sus brazos para levantarla contra su pecho.

—Eres molestamente apropiado en los momentos más inconvenientes, Finlay Weston.

Él hizo una mueca.

—En efecto. Si hubiera sido un poco menos dedicado a hacer lo honorable con respecto a tu prima, podríamos haber llegado a un acuerdo antes. Sin embargo, he aprendido mi lección, y tengo la intención de ser completamente inapropiado contigo tan a menudo como sea posible.

Amity se rio, y el sonido resonó por el pasillo vacío mientras Finlay forcejeaba con la puerta de sus aposentos. Ella cayó sobre la colcha carmesí, jugando con las flores bordadas en su corpiño.

Él se dejó caer en la cama junto a ella, a lo ancho de la misma.

—En cierto sentido, los Mayweather han logrado uno de sus objetivos. Sus doce noches de anfitriones seguramente serán el tema de conversación de muchas Navidades en Hertfordshire por venir —Finlay trazó la curva de su cintura a través de demasiadas capas de lana y lino—. ¿Quieres que me retire a la antecámara, Amity?

—No, Finn. Deseo que te quedes aquí conmigo.

Él le acarició el cabello y le acunó la mejilla.

—Me he tomado la libertad de obtener una licencia especial. Por si deseamos hacer uso de ella.

—Has estado ocupado, señor Weston —susurró Amity contra su mejilla.

Él se volvió para besarla, con la boca abierta. Pasó un largo momento mientras exploraban los contornos de sus cuerpos, cerca el uno del otro en la fría habitación. Amity le desató la corbata y desabrochó los botones de su chaleco. Encontró músculos duros bajo una piel inimaginablemente suave, contrastando con un remolino de vello áspero. Encantada, movió su mano hacia el sur.

—Amity —gimió él mientras ella acariciaba la dura protuberancia de su excitación.

—Finn —susurró ella contra su cálida masa—. Hazme tuya. Para siempre.

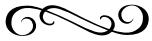
Y lo hizo.

~

Continúa con la aventura navideña de Holly cuando leas , una novela corta picante de opuestos que se atraen, gruñón/alegre, matrimonio por conveniencia.

Doce Noches de Perdición

Uno



NAVIDAD, 1817

—El caballero sosteniendo la chimenea, Holly, es tu futuro esposo.

La madre de la señorita Holly Mayweather señaló al hombre de rasgos toscos y aspecto taciturno cuya palma abierta descansaba sobre una esquina de la frente de la enorme gárgola de piedra tallada que sostenía la repisa de la chimenea. Había llegado hacía apenas un cuarto de hora, imperdonablemente tarde para una fiesta en casa. Un leve aroma a nieve húmeda emanaba de su chaqueta. Los guantes colgaban de su mano libre como si hubiera olvidado entregárselos al ayuda de cámara. La visión de él sacó a Holly del malestar que la afligía desde el abrupto anuncio de su compromiso hacía dos semanas.

—¿Esa gárgola? —bromeó Holly. Su madre la fulminó con la mirada.

—No la estatua. El hombre.

—Confieso que no puedo discernir diferencia alguna —replicó Holly, con ojos exageradamente suplicantes. Ni siquiera sus padres serían tan crueles como para cargarla con semejante espécimen taciturno de marido.

¿O sí?

En los cuatro años desde su presentación en sociedad, había logrado evadir el matrimonio con un éxito envidiable. Los salones de Londres estaban inundados de hombres vacíos como el que agarraba el rostro de esa gárgola como si fuera el último hombre en pie entre ella y la perdición. Un delicado escalofrío la sacudió. Los gustos de Holly se inclinaban por los vestidos finos, la conversación ingeniosa y el baile hasta altas horas de la noche, no por mimar a soldados heridos que nunca hablaban de otra cosa que no fueran los horrores que habían presenciado en la guerra. Holly no estaba hecha para interminables conversaciones lúgubres diseñadas para hacerla sentir ingrata y tonta por gustarle las cosas agradables y la gente placentera. Ella estaba hecha para la alegría y el júbilo, una anfitriona magnífica, una excelente bailarina y una vida de comodidad y gozo.

Desde que había tomado Londres por asalto, había puesto sus miras en un mejor partido que un soldado sombrío. Específicamente, Lord Pickford, un hombre muy por encima de su posición social que, hasta hace muy poco, parecía igualmente enamorado de ella.

—A diferencia de la estatua, Holly, el señor Reynard Sharp se estableció primero como espía y luego como estratega principal de Wellington en la guerra contra Napoleón —le informó la señora Mayweather con reverencia—. Sin el señor Sharp, muchos más de nuestros valientes jóvenes habrían muerto en batalla.

Holly era perfectamente consciente de las credenciales del hombre. Desde su desgracia hacía tres semanas, su madre se había asegurado de recordarle a diario lo afortunada que era de tener

una oferta de matrimonio, sin haberlo visto antes, de un hombre favorecido para recibir un título de caballero del mismo Príncipe Regente. Sin embargo, sus perspectivas no hacían nada para compensar su incomodidad ante cómo la oscura mirada de Sharp la taladraba. Levantó la barbilla, arqueó una ceja y lanzó al señor Sharp la mirada fría y desdeñosa que había perfeccionado a lo largo de sus cuatro temporadas. Sharp bajó la mirada hacia sus relucientes botas Hessian. Qué se había vuelto instantáneamente fascinante en un par de botas bien mantenidas, Holly no podía ni imaginarlo.

Qué espléndidas conversaciones podrían esperar, reflexionó con amargura. *¿Tomas azúcar?* podría preguntarle durante su primer té de la tarde. El hombre podría gruñir su asentimiento o su desaprobación. Imposible de interpretar. Ella depositaría un terrón en su taza de té y él fingiría disfrutarlo mientras hacía una mueca por el dulzor. El único tema de posible interés, sus hazañas bélicas, nunca se discutiría para no despertar recuerdos infelices en él. O, peor aún, podría no callarse nunca hablando de ellas. Después de todo, ninguna mujer quería un marido que se pasara el día hablando de las glorias de su juventud.

—¿Y si no congeniamos? —preguntó Holly, no es que fuera a influir en su madre de una forma u otra. A la señora Mayweather no le importaba cómo se sintiera su hija respecto al enlace.

La generosa boca de su madre se frunció en una delgada línea de desaprobación. —¿Y si sí?

Touché.

—Solo quiero decir, mamá, que el señor Sharp parece ser un hombre inusualmente sombrío. ¿Cómo en el mundo lo seleccionaste para mí? —Holly eligió bien su pulla y preparó el anzuelo.

Sus padres se habían casado en un matrimonio arreglado después de haber sido presentados como jóvenes durante la primera temporada de su madre. Su unión había resultado ser tanto fructífera como amorosa. Naturalmente, eran firmes adherentes a la tradición de los matrimonios concertados que les había traído tanta alegría compartida. Ninguno de sus padres había estado complacido con el enfoque de Holly de coquetear por todo Londres.

¿Por qué no puedes ser más como tu prima Amity? se lamentaban, no con poca frecuencia. *Ella es dulce y dócil.*

Hasta que no lo fue. Para alivio de Holly, la Navidad pasada, Amity se había robado al hombre que sus padres habían seleccionado previamente como esposo de Amity justo delante de las narices de todos. Ese casi desastre había hecho que Holly estuviera aún más decidida a conseguir una propuesta de Lord Pickford. Le encantaba la idea de que la llamaran *lady*.

—Catalogué cada una de las singulares cualidades personales de Lord Pickford y busqué lo directamente opuesto —dijo su madre con severidad.

Una fría vergüenza invadió a Holly. Eso explicaba mucho sobre este miserable enlace. Desafortunadamente para ella, Lord Pickford tenía un secreto que Holly, a pesar de todo su cuidadosamente cultivado refinamiento urbano, nunca había imaginado. Un secreto que había estallado a la vista y lo había enviado huyendo al continente con su amante *masculino*.

Holly se había quedado conmocionada hasta la médula al enterarse de que los hombres podían entregarse al amor físico de esa manera, aunque con la sabiduría de la retrospectiva, explicaba mucho sobre su reticencia a proponerle matrimonio.

Durante dos años, Pickford había insinuado que le conferiría el derecho a ser titulada *lady* a cambio de un *matrimonio de conveniencia*. Una verdadera sofisticada habría entendido el trato que ofrecía. La vergüenza de Holly por no haber entendido sus términos correctamente le revolvía el estómago, incluso ahora. No había sido más que una tonta útil.

Al final, solo una tonta.

La apuesta segura de Holly se había convertido en su ruina. La boca y los ojos de la señora

Mayweather habían adquirido un gesto permanentemente estrecho y apretado cada vez que miraba a Holly, y había jurado que para la Noche de Reyes, Holly sería el problema de alguien más.

Bueno, esto era solo Nochebuena. Su madre aún no había ganado. Todavía tenía tiempo para convencer al soldado de que no era más que lo que parecía ser: una coqueta insustancial sin un solo hueso serio en su cuerpo.

El hombre que actualmente ignoraba a Holly desde no más de diez pies de distancia no parecía el tipo de esposo inclinado a ser indulgente con su esposa. Ni Holly era propensa a convertirse en una esposa dócil.

Este matrimonio iba a ser un desastre. Debía ser detenido. Por cualquier medio necesario. Una vez que regresara a Londres para la temporada de primavera, encontraría su propio sustituto y se casaría con él de inmediato. Tenía todo un séquito de hombres que le habían hecho varias promesas si tan solo les hiciera el honor de convertirse en su esposa. Todo lo que tenía que hacer era elegir uno.

Holly se mordió el labio inferior. El señor Sharp era aceptablemente apuesto de una manera taciturna y tosca, pero en todos los demás aspectos, era un gran paso atrás comparado con Pickford. Ni siquiera un posible título de caballero podía compensar la forma en que desviaba la mirada cada vez que ella lo miraba.

—Supongo que deberías presentarnos —suspiró.

Dos

La belleza física de la señorita Holly Mayweather estaba más allá de lo que un héroe de guerra de nacimiento ilegítimo como Rey Sharp tenía derecho a esperar en una esposa. Finlay Weston, el único amigo que había hecho desde su llegada a Herefordshire, le había dado a entender que era "bastante bonita", una descripción que no había preparado en absoluto a Reynard para la asombrosa hermosura de su futura novia.

Rizos rubios que habían escapado de su peinado bailaban tentadoramente alrededor de su cuello de cisne. Ojos azules como cielos de verano sobre campos de batalla ensangrentados lo miraban con sospecha. Ninguna mujer tenía los labios tan rosados sin la sutil aplicación de pintura. El artificio le recordaba a Reynard —no es que lo necesitara— que la señorita Holly Mayweather solo había consentido en convertirse en su esposa por falta de otra opción. Su prolongado afecto y expectativa de compromiso con Lord Pickford había dejado a toda la alta sociedad londinense preguntándose cuánto sabía ella sobre las inclinaciones del hombre hacia otros hombres. Sus afirmaciones de ignorancia no habían convencido a nadie.

La señorita Mayweather podría no estar completamente arruinada, pero a los veintitrés años, estaba casi quedándose para vestir santos y había demostrado un juicio de carácter alarmantemente pobre.

Siendo un hombre de mente estratégica, Reynard había visto su oportunidad de conseguir una esposa de mayor calidad de lo que podría haber esperado en otras circunstancias. Como quien aprovecha una conexión interna para hacer una oferta temprana por un caballo particularmente deseable, había pedido a Weston que intercediera ante el padre de la señorita Mayweather. Una ráfaga de cartas con su padre había sellado el acuerdo en principio. La dote, la fecha y los contratos legales habían sido redactados y acordados.

Horas después de entregar los papeles firmados, Reynard había recibido una invitación a la fiesta anual de vacaciones de Lord y Lady Stapleton. Recibir tal honor señalaba su bienvenida al numeroso clan Mayweather, ya que Lord y Lady Stapleton eran padrinos de Holly, sus dos hermanas y tres hermanos. Todo había sucedido con una velocidad asombrosa. Así que aquí estaba, vistiendo el chaleco rojo bordado que su nuevo ayuda de cámara había declarado festivo, pero que Reynard consideraba llamativo y ridículo.

Se había presentado esta noche con su licencia especial en mano, listo para proceder.

Pero de repente, no estaba seguro.

Conocer a una joven dama de buena cuna debería ser mucho menos complicado que predecir los próximos movimientos de Napoleón en un tablero, pero la emoción que cruzó por las delicadas facciones de la señorita Mayweather lo sacudió.

Desesperación.

Su estómago se tensó como si uno de los espías de Napoleón le hubiera plantado un puño en el abdomen. ¿Cómo se atrevía a estar triste ante la perspectiva de casarse con él? No había hecho nada para ganarse su desaprobación.

Claramente, la belleza mimada no quería darle una oportunidad.

Desvió bruscamente su atención hacia el fuego que danzaba en la chimenea. Las llamas se burlaban de su arrogancia al pensar que podría atrapar a una mujer hermosa para que se convirtiera en su esposa. La aceptación estaba muy lejos de la disposición.

Distraídamente, cambió su peso de la pierna lesionada al lado más fuerte. Había sanado bien. No había perdido el uso de su extremidad, como tantos otros. Pero para una mujer que supuestamente disfrutaba bailando, su dolencia de repente se sentía como un defecto insuperable.

De pronto, se dio cuenta de la humedad que se acumulaba en la parte posterior de su cuello y se alejó abruptamente del fuego. Había estado demasiado cerca de las llamas rugientes, eso era todo. Era natural que un hombre sintiera cierto grado de ansiedad antes de cambiar su vida tan profundamente.

El mero pensamiento de atarse a una mujer que tenía todas las razones para traicionarlo hizo que el sabor de la náusea subiera por su garganta. La señorita Mayweather no lo deseaba, lo que planteaba la pregunta: ¿cuánto tiempo honraría Holly sus votos matrimoniales?

No es que él fuera el tipo de hombre que negaría a un niño simplemente porque no fuera suyo. Él no era su padre. Rey sabía lo que era crecer sin un padre y tener que abrirse camino en el mundo por sí mismo.

Sacudió la cabeza. Su amigo, el señor Finlay Weston, había prometido que la señorita Mayweather era una chica razonable. Mujer, más bien.

Desde la corona de rizos brillantes sobre su frente perfecta hasta la punta de sus botas, no había ni un indicio de niñez en ella. Especialmente no en la forma en que sus senos llenaban el escote bajo de su corpiño.

La señorita Mayweather reaccionó a su examen, admitidamente intrusivo, frunciendo el ceño con desaprobación sobre el puente de su nariz. Apresuradamente, él se enderezó. Reynard tosió para cubrir su incomodidad al haber sido sorprendido mirando los senos de su futura novia. Luego, inmediatamente se preocupó de que el intento de encubrimiento lo hubiera hecho parecer enfermo.

Rey no estaba acostumbrado a conversar con mujeres refinadas. Con ninguna mujer, en realidad. Estaban las prostitutas que seguían al ejército y las chicas de los pueblos que a veces se enamoraban de alguno de los hombres estacionados cerca. Rey no, sin embargo. Había sufrido muchos meses de noches solitarias mientras servía a la Corona. No es que hubiera sido un santo, por el amor de Dios...

—¿Señor Sharp?

Se sobresaltó. —¿Señorita Mayweather?

Ella asintió una vez, rápida y decidida. Los rizos rubios rebotaron juguetones a pesar de su expresión seria. —Vamos a casarnos mañana por la mañana mediante licencia especial. Pensé que sería mejor conocernos un poco antes de entrar en una relación tan permanente.

La brillante determinación de Holly Mayweather instantáneamente hizo que Reynard quisiera impresionarla igualmente.

—Solo si usted lo desea —dijo rápidamente. ¿Él? ¿Casado con esta audaz belleza? Imposible. La preocupación le arañó la nuca como patas de oruga. Tragó saliva.

—¿Acaso tengo otras opciones? —preguntó ella. Sus cejas se arquearon en dos arcos de sorpresa. Ojos tan claros como un manantial límpido en un día de verano lo miraron con

sospecha y... dolor.

—No lo sé —respondió Rey honestamente—. ¿Las tiene?

Su mandíbula se tensó. Pequeñas manchas rosadas florecieron sobre las manzanas de sus mejillas. —Si las tuviera, no estaría aquí, ¿verdad? ¿Casándome con un completo desconocido?

La boca de Rey se selló, afortunadamente, para evitar que pronunciara más estupideces. En sus veintinueve años de vida, nunca se había sentido tan idiota. Holly Mayweather le freía el cerebro como aquel rayo que una vez alcanzó a un capitán del ejército, dejándolo como una sombra confusa de su antiguo ser. La timidez lo dejaba sin palabras justo cuando más necesitaba decir algo —cualquier cosa— ingenioso.

Ella suspiró.

—Intentemos dar una buena impresión, ¿de acuerdo? Por mis padres. Tengo una faja roja que puedo usar para combinar con tu chaleco mañana —dos dientes blancos y parejos se clavaron en la parte más carnosa de su labio inferior—. No parece que estemos destinados a una vida de felicidad.

La evaluación de la señorita Mayweather lo golpeó con una fuerza inimaginable. Su mundo se inclinó. La habitación dio vueltas. Rey se sintió distante y agudamente presente a la vez. La sangre palpitaba en sus sienes. Enfrentarse a los mejores espías de Napoleón no le causaba tanto terror como esta resignación desesperanzada.

—No, no lo parece. Aunque espero que podamos aprender a tolerarnos lo suficiente con el tiempo —dijo con aspereza. Al escucharse, Rey habría querido sacudirse a sí mismo. Toda su confianza en la guerra, desvanecida por una simple *mujer*. Un sudor frío le humedeció la nuca y la parte baja de la espalda, pero Rey reunió las reservas de su dignidad.

¿Qué era la felicidad, después de todo?

—Señorita Mayweather, confío en que podremos encontrar suficientes puntos en común para establecer una satisfacción mutua en los años venideros.

Lo que no podía decir en voz alta —ciertamente no al alcance del oído de nadie más— era cómo pensaba en las muchas formas en que se aseguraría de que Holly quedara completamente satisfecha, si tan solo le diera la oportunidad. No llevaba ni un cuarto de hora en su presencia, y Rey ya sabía que daría su vida por una sola sonrisa genuina de esta mujer.

Rey no podía pensar en una forma más peligrosa de comenzar un matrimonio que dejar que una belleza segura de sí misma y sofisticada tomara su corazón como rehén. Había pasado más de una década trazando estrategias para ascender en los rangos militares. Podría superar en astucia a una debutante altiva. Una vez que estableciera que él era el amo, ella se asentaría en su papel de esposa y, eventualmente, madre. Todo lo que Rey necesitaba hacer era descubrir sus miedos y deseos más profundos, y luego explotarlos sin piedad para obtener lo que más deseaba. Su fidelidad, tanto en la cama como fuera de ella.

Tres

—Reynard Sharp, ¿toma usted a Holly Mayweather como su legítima esposa?

La papada del vicario se bamboleó como una anguila en gelatina sobre la banda blanca y negra de su sotana. La visión provocó una nueva oleada de náuseas. A instancias de su madre, Holly había logrado dar unos bocados en el desayuno. No deseaba reencontrarse con ellos en un viaje de vuelta. Se propuso no vomitar en su propia boda, por muy desesperadamente que no quisiera casarse con el hombre de rostro pétreo que tenía a su lado.

Él la aplastaría. No solo en la cama, con su físico musculoso, sino en espíritu. Desde que reunió el valor para presentarse sin la ayuda de nadie ayer por la tarde, Holly se arrepentía de cada giro del destino que la había llevado a este momento. Pero si hubiera una elección que pudiera deshacer, habría sido hablar con su futuro marido. Holly había pasado una noche en vela convenciéndose de que hacer voto de silencio era la única manera de salvar su propio pellejo. Bien podría unirse a un convento.

La mera idea fue suficiente para hacerla reír sombríamente.

—No, señor. Me temo que no tomo a la señorita Mayweather como mi legítima esposa.

Las orejas de Holly ardieron mientras el profundo retumbar de la voz de su no-esposo la golpeaba como una explosión de cañón. La frase más larga que le había oído pronunciar en su breve conocimiento, ¿y la *rechazaba*?

Un jadeo de las pocas personas reunidas detrás de ellos resonó en las hermosas arcadas de piedra. Frío. Serio. La capilla privada de los Stapleton era un símbolo perfecto de su matrimonio. No había espacio para el calor o el afecto o, Dios no lo quiera, el amor.

—¿Perdón? —dijo Holly en un jadeo de indignación. Si alguien iba a rechazar este matrimonio, iba a ser *ella*. ¿Cómo se *atrevía* a adelantársele?

—Debo aclarar, señor —dijo Reynard Sharp al vicario. No a ella. Por supuesto. ¿Por qué debería dirigirse directamente a la mujer que esencialmente estaba abandonando en el altar la mañana de Navidad?—. Quiero decir que deseo posponer la ceremonia hasta que la señorita Mayweather y yo hayamos tenido la oportunidad de conocernos mejor.

—Como si el tiempo fuera a ayudar en algo. —El temperamento de Holly se impuso a su sentido común. Primero el abandono total de Lord Pickford, ¿y ahora la vacilación de último minuto de Reynard Sharp? ¿Qué había hecho para merecer tal humillación? ¿Bailar unos cuantos bailes? ¿Buscar la felicidad? ¿Qué valía la vida sin felicidad?

El hombre a su lado le lanzó una mirada de soslayo tan cortante como una cuchilla. Lágrimas de dolor le escocieron los párpados. El orgullo de Holly impidió que hicieran algo peor que humedecer sus pestañas.

—Me gustaría una semana para cortejar a mi novia. —Un atisbo de sonrisa tocó las

comisuras de su boca. Por una fracción de segundo, Holly pudo imaginar alegría, incluso risa, arrugando las comisuras de sus ojos. El pensamiento sorprendente atravesó la niebla de sus sentimientos.

Quería cortejarla.

Apropiadamente.

No soltar tópicos sobre su mano ofrecida para hacerla reír, como había hecho Lord Pickford.

Holly tragó saliva ante el nudo de emociones en su garganta. Había sido tan ingenua al creerlo un amigo. Confiando en que si mostraba suficiente encanto, ingenio y paciencia, él finalmente la amaría. Si hubiera prestado tanta atención a la manera en que las jóvenes entraban y salían de su órbita como lo había hecho a la esplendidez de los chalecos de Pickford, Holly podría haber entendido antes que el grupo de amigos masculinos permanentes de Pickford no eran una molestia. Eran sus verdaderos amores. Ella había sido su involuntaria fachada. Le angustiaba inmensamente cada vez que pensaba en ello, que ni uno solo de sus supuestos amigos en Londres hubiera pensado en advertirle.

Quizás debería darle una oportunidad a Reynard Sharp.

—Ya sabes lo que dicen, cásate deprisa y arrepiéntete despacio —dijo Holly con viveza. ¿Cómo era posible que su cara se congelara y ardiera al mismo tiempo? Su boca estaba atascada en una mueca estirada mitad sonrisa, mitad mueca que esperaba no se viera tan temible como se sentía. El vicario le lanzó una mirada de reproche. Holly deseó que se abriera un agujero en el frío suelo de piedra y se la tragara. Pero no hubo tal alivio.

—*Holly* —siseó su madre en reproche.

—La señorita Mayweather tiene razón. —La franqueza del señor Sharp tomó a Holly por sorpresa—. El matrimonio es un juramento solemne que no debe tomarse a la ligera. Unos días para conocernos no estarían mal.

—Exactamente —acordó Holly rápidamente. Una oleada de alivio amenazó la integridad de su postura y sus rodillas. Desmayarse era una posibilidad real. El vicario, poco impresionado con su mutua vacilación, frunció el ceño—. Con la licencia especial, simplemente podemos ajustar la fecha.

—No es así como funciona —balbuceó el vicario.

—¿Quién va a saber que se cambió la fecha? Podemos llamar a esto un ensayo —intervino la señora Mayweather, y por una vez, Holly agradeció el apoyo de su madre.

—¿Por qué no proceder con la ceremonia y solicitar una anulación si la unión resulta insoportable? —dijo el señor Mayweather. Ella se estremeció. ¿Era una hija tan terrible que su propio padre deseaba deshacerse de ella por cualquier medio disponible?

El vicario suspiró profundamente. —Creo, señora, que el enfoque mesurado del señor Sharp es lo mejor para todos.

—Muy cierto, señor. Unos días más no pueden hacer ninguna diferencia en la reputación destrozada de Holly. Si unos días es todo lo que se necesita para asegurar un matrimonio más feliz, permitiremos al señor Sharp la libertad de cortejar a su esposa. —Lord Stapleton habló, y quedó decidido. La boca de la señora Mayweather se convirtió en una línea dura y recta, pero inclinó la cabeza en señal de aquiescencia.

—Una semana —declaró el padre de Holly—. Siete días. Aprovéchenlos bien. No olviden el baile de máscaras de pasado mañana. Mañana, los invitados para la fiesta en la casa comienzan a llegar.

La familia comenzó a dispersarse. Sola, Holly alzó la mirada para encontrarse con la del señor Sharp por primera vez. —Prométame esto. Si alguno de los dos decide que no nos

conviene, podemos echarnos atrás sin consecuencias.

—Lo haré, si usted me promete esto a cambio. Déme una oportunidad real de ganarme su afecto.

Sorprendida por su vulnerabilidad, Holly tragó saliva. Es cierto que había llegado a esta unión esperando lo peor. Anoche, el señor Sharp había tomado sus temores y los había amplificado. Eran personas muy diferentes. Sin embargo, había un hilo de... algo. No sabía cómo llamarlo. No exactamente esperanza, pero la posibilidad de ella. Un hilo de tela de araña cuando necesitaba un salvavidas. De todos modos, lo alcanzó. —La tiene.

Él se relajó un poco. —Mi palabra es mi honor, señorita Mayweather. Si, al final de siete días, no desea casarse conmigo, no la obligaré a seguir adelante con la ceremonia.

Las palabras se le atascaron en la garganta, así que Holly se limitó a inclinar la barbilla en un brusco gesto de reconocimiento.

El señor Sharp le tomó la mano. Inclinó la cabeza para besar el dorso, como podría haber hecho Pickford. Holly la retiró bruscamente, poniéndose rígida. El señor Sharp se cerró de la manera en que se había relajado unos momentos antes. Con un sutil cambio de postura.

Le gustara o no, podía leer sus emociones. Hacían eco de las suyas propias. Holly no sabía qué hacer con la corriente eléctrica que vibraba por su brazo tras su breve contacto. Era demasiado.

Demasiada desaprobación.

Demasiada desesperación.

Demasiado... todo.

Holly no tenía reservas. Deseaba el consuelo de su prima Amity, la única persona que había sido su verdadera amiga. Llegaría pronto, con su esposo, Finlay Weston, el hombre con quien los padres de Holly habían intentado que se casara hace un año en Navidad. Hasta entonces, lo único que Holly quería era estar sola.

Con una última mirada al hombre que había inclinado todo su mundo, Holly giró sobre sus talones y se dirigió tras sus padres. El repentino interés de Reynard Sharp en ganarse su corazón, cuando ya tenía su mano, era un bálsamo para su alma marcada por la vergüenza.

~

El Boxing Day era un evento que Reynard solo había experimentado desde el lado de los que reciben.

Se distribuían bienes desechados y, en hogares más adinerados como el de los Stapleton, trozos de lana de calidad para ropa nueva entre el personal doméstico. Era un evento alegre celebrado con un festín y un día libre. Al crecer, Reynard siempre se alegraba cuando su madre volvía a casa por la tarde con sus regalos.

Después de que él naciera, ella había encontrado un puesto como criada jefe con una familia local. No eran ni de lejos tan ricos como la última familia para la que había trabajado antes, pero su madre se sintió aliviada de encontrar empleo tan cerca de casa. De niño, él había vivido con sus abuelos en su pequeña granja. Su madre lo visitaba cada semana hasta que convenció a su padre para que finalmente lo enviara a la escuela a la edad de diez años. Eso había durado cinco solitarios años. A los dieciséis, estaba de vuelta en la pequeña propiedad, y a los diecisiete, hizo su última petición a su padre natural. Cuatrocientas libras para comprar su comisión como alférez en el ejército, una suma inimaginable para un pobre chico de granja.

Con el entendimiento de que nunca más volveré a oír pronunciar su nombre ni encontraré su

ilegible garabato en mi bandeja de plata, su petición es concedida, señor Sharp. Lo mismo va para la mujer que lo engendró. Tres peniques a una puta habrían sido una inversión mucho mejor que este constante sangrado de dinero para un chico que no fue más que un error.

Nunca había olvidado la expresión en el rostro de su madre cuando le mostró la nota. —Lo amaba —había susurrado, apenas audible, con una vacuidad lejana y afligida en sus ojos. En ese momento había despreciado a su progenitor. Si la señorita Sharp lo hubiera entregado de bebé a un orfanato, podría haber conservado su buen nombre y quizás haberse casado. Su madre podría haber tenido otros hijos a quienes amar en lugar de dedicarse a él una tarde a la semana durante su tiempo libre. Pero la señorita Sharp no había dudado en quedarse con él. Había elegido el camino difícil pero amoroso.

La amarga lección que Rey había aprendido era que el dinero y la bondad no estaban relacionados. Cuanto más se poseía de lo primero, menos se mostraba de lo segundo.

Juró sacar el máximo provecho del último regalo de su padre. A los veinte años, había ascendido al rango de Capitán. Durante sus diez años de servicio, su madre usaba una parte de su asignación anual de lino para hacerle ropa nueva, tal como lo había hecho mientras crecía. Él había ahorrado sus sueldos para comprar la siguiente comisión más alta y cortejado a oficiales de mayor rango para patrocinar su ascenso. Pronto, una vez que supiera con certeza que la caballería y su correspondiente sustento serían suyos, le daría la buena noticia. Hasta entonces, era mejor mantenerlo en secreto. No había nada bueno en hacerse ilusiones. Rey ni siquiera le había dicho que se iba a casar, tan poco optimismo tenía respecto a la unión.

—Supongo que el año que viene serás tú quien reparta las cajas.

La dulce voz de la señorita Mayweather lo agarró por la oreja. Reynard se puso tenso. No la había oído acercarse por detrás. ¿Cuánto tiempo había estado cerca mientras él reflexionaba sobre su pasado? —¿Qué te hace decir eso?

—Tengo entendido que vas a recibir un título de caballero —dijo ella con ligereza.

—¿Oh? ¿Y eso te inclina más a aceptarme como esposo?

Holly le lanzó una mirada de reproche, claramente ofendida. —No sé a qué te refieres.

—He oído que no te casarías con ningún hombre a menos que viniera con un título. —Excelente movimiento, repetir chismes sobre la señorita Mayweather en su cara. Reynard quería fundirse con el suelo.

—¿Es eso lo que dice la gente de mí? —reflexionó ella con un poco de tristeza—. Supongo que hay algo de verdad en ello. Nadie te dice estas cosas a la cara. Encuentro tu honestidad bastante refrescante, señor Sharp.

Bastante refrescante. Condenado con débiles elogios era una frase que se había inventado para este momento. La lengua de la señorita Mayweather era tan afilada como un estoque. La esgrimía con rápidos tajos que lo dejaban sangrando antes de que supiera qué lo había cortado. Debía decir algo, pero Rey no pudo reunir nada coherente, así que solo inclinó la barbilla.

La señorita Mayweather hizo una reverencia. Perfectamente apropiada. Deliciosamente impertinente. Se produjo un alboroto en el suntuoso cuadro de Lord y Lady Stapleton repartiendo cajas. Contuvo una sonrisa cuando una criada, superada por la emoción, abrazó al distinguido Lord Stapleton por el cuello. Cuando volvió a mirar a Holly, encontró también una sonrisa divertida en su bonito rostro. Podía imaginárselos repartiendo regalos a sirvientes trabajadores en un ritual como este. Planeaba ser generoso, lo que probablemente significaba que Holly se opondría, dado que había nacido en esta clase tacaña. Su optimista espejismo de alegría futura se evaporó.

—¿Dónde están tus padres? —preguntó, después de un largo momento de silencio.

—Presumiblemente realizando este mismo ritual con nuestros arrendatarios. Se fueron ayer por la tarde y regresarán por la mañana.

—No fuiste con ellos —observó Reynard.

—Pensé que sería mejor que me quedara aquí. Para que me cortejaras, por supuesto. Asumo que aún tienes la intención de hacerlo. —La señorita Mayweather no lo miró. Su atención permaneció enfocada en la feliz exhibición de desembalaje que tenía lugar en el centro del salón. Dos manchas rosadas decoraban sus pálidas mejillas.

—Por supuesto —dijo él rápidamente, recordando que no tenía idea de cómo cortejar adecuadamente a una mujer. El ejército había dejado poco tiempo para entretener a damas de buena cuna. Pedirle que bailara estaba, obviamente, fuera de cuestión. Pedirle permiso para visitarla era innecesario considerando que ambos residían temporalmente bajo el amplio techo de los Stapleton—. ¿Has tenido oportunidad de visitar la biblioteca?

Anteriormente, Reynard había echado un vistazo a la bien surtida biblioteca con filas de volúmenes encuadernados en marroquí, ordenados pulcramente en estantes de madera oscura. Esto, para él, era un lujo. Un santuario interior de historia, inteligencia y refinamiento al que —si su padre hubiera hecho lo correcto por su madre— Rey podría haber tenido acceso mucho antes en su vida. Al encontrarlo en la puerta, el amable Lord Stapleton le había dado una palmada en el hombro y lo había invitado a explorar la colección a su antojo. Ni un niño invitado a saquear una confitería podría haber estado más encantado.

Por lo tanto, fue para su gran vergüenza que la nariz de Holly se arrugó ligeramente justo debajo de las esquinas internas de sus ojos. Un gesto elegante que susurraba profunda desaprobación, de la manera en que una dama podría indicar que había detectado el olor distintivo de una flatulencia y sospechaba que tú eras la fuente. Pero casi tan pronto como su decepción había arañado su ego, Holly le sonrió con una amplia sonrisa y labios entreabiertos, entre los cuales vislumbró sus dientes blancos y parejos.

—Me encantaría ver la biblioteca —declaró. Rey casi podía creer que lo decía en serio—. Vamos.

—¿Ahora? —preguntó él con asombro.

Holly Mayweather casualmente entrelazó su brazo con el codo de él.

—No hay mejor momento que el presente —dijo, alejándolo de la entrega de regalos. Su toque hizo que se le formara un nudo en la garganta. Con frío impacto, Reynard sintió el incómodo crecimiento de un segundo bulto en sus pantalones. Seguramente esta no era la manera de cortejar a una dama refinada.

—¿Te gustó trabajar para Wellington? —preguntó Holly mientras deambulaban, brazo con brazo, por pasillos vacíos y serpenteantes.

¿Qué quería decir exactamente?

—¿Te refieres a si disfruté la experiencia?

Holly se rió. No los sonidos artificiales que las damas refinadas a menudo emitían, sino una verdadera risita, encantadora y despreocupada.

—¿No es eso lo que "gustar" suele implicar?

—Haces preguntas difíciles, señorita Mayweather.

—Holly. Mi nombre de pila es Holly. Te invito a usarlo. —Apretó su antebrazo y le guiñó un ojo. Los pulmones de Reynard se sintieron inadecuados para la tarea de respirar. ¿Estaba ella... coqueteando con él?

—Rey —jadeó, tosiendo ligeramente para cubrir su incomodidad. Había soportado su cuota de atracciones adolescentes hacia el sexo opuesto, pero nunca había estado tan embelesado como

para olvidar su propio nombre—. Mis amigos me llaman Rey.

—Es un placer conocerte, Rey —declaró Holly con ligereza. Le lanzó otra sonrisa de reojo, como si compartieran un secreto. Cuando no estaba siendo cáusticamente sarcástica, podía hacerte sentir como el centro de su mundo. Se preguntó cómo la mitad de Londres había evitado enamorarse de ella. Quizás los hombres lo habían hecho, pero ella los había rechazado en favor de caballeros con título.

—Igualmente. —Cayeron en un paso cómodo, él acortando el suyo para igualar los pasos ligeros de ella—. Para responder a tu pregunta, disfruté mucho trabajar con el hombre.

Consideró esto una respuesta satisfactoria. Holly, sin embargo, seguía curiosa.

—¿Qué te gustó de trabajar con él? —insistió.

—Era la cabeza más fría que he visto jamás bajo fuego, por una cosa. —Reynard hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Supongo que tendría que serlo, considerando la cantidad de muerte que había visto y ordenado en sus muchos años en el ejército.

Aun así, esto no fue suficiente.

—¿Cómo lo conociste? —preguntó Holly.

—¿Siempre haces tantas preguntas?

—Solo estoy haciendo conversación. Tratando de entenderte. Adelante, pregúntame algo. Lo que sea.

Ah. Su determinada alegría era un acto. Otro artificio, y él había caído en él.

—¿Por qué Lord Pickford no se casó contigo?

Holly tropezó. Sus dedos, que habían estado ligeramente metidos en su codo, se clavaron en su músculo con sorprendente —y dolorosa— fuerza. Reynard se maldijo a sí mismo y la enderezó. Continuaron caminando como si nada hubiera pasado. Pasó un largo momento de silencio.

—Porque estaba enamorado de hombres —dijo ella suavemente. Su mano se deslizó lejos de su brazo. Unos centímetros de distancia se abrieron entre ellos.

—¿Te sorprendió descubrirlo? —Reynard había escuchado los hechos relevantes del escándalo, por supuesto. Era consciente de tales inclinaciones por su tiempo en el ejército. No importaba cuán duro fuera el castigo, algunos hombres simplemente estaban hechos para amar a otros hombres. Hacía mucho tiempo que había aceptado eso como la voluntad de Dios y no merecedor del desdén humano.

—Sí y no —dijo ella con un pliegue pensativo en su frente. La Holly pensativa le atraía aún más que la Holly coqueta. La suya era una cara hecha para la alegría y la diversión. La seriedad no le sentaba bien.

No podían ser más diametralmente opuestos.

Sin embargo, quizás había esperanza de felicidad si podían encontrarse a medio camino entre la frivolidad y la seriedad. Cuando llegaron a la biblioteca no había nadie dentro. Tenían la habitación para ellos solos.

—Ahora que podemos hablar libremente... —Holly cuadró los hombros. No miró los volúmenes que alineaban las paredes de la silenciosa habitación—. Sabía, vagamente, que a veces los hombres prefieren la compañía de otros hombres a la de las mujeres. No pensé... —Holly presionó su puño contra su boca.

Oh, no. Eso no. Cualquier cosa menos lágrimas.

Para gran alivio de Rey, ella no lloró. Con un gran suspiro, dijo:

—A Pickford le gustaba mi compañía, y a mí la suya. Por lo tanto, nunca se me ocurrió que la compañía también podría ser un eufemismo para... —Un profundo rubor se extendió por sus

mejillas—. Relaciones físicas. No es que yo sepa nada de ellas, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Rey mecánicamente—. Nunca lo habría conjeturado. —Se sentía completamente indefenso ante la angustia de Holly y su propia vergüenza. No estaba preparado para su franqueza. Quizás había sido demasiado rápido en descartarla como frívola.

—Lo que quiero decir es que sé lo que son. No soy ignorante. No te... decepcionaré. —Holly se aclaró la garganta—. En nuestra noche de bodas, quiero decir. Prometo ser sumisa. Obediente.

Su abdomen se contrajo de horror. Como si quisiera alguna de esas cosas de ella. No, Reynard deseaba su curiosidad y su personalidad brillante, como había sido con él esa tarde. Su aceptación de los amantes de Pickford lo había tomado por sorpresa. Holly Mayweather era mucho más que vestidos bonitos. Aunque las palabras le fallaron, se atrevió a acortar la distancia entre ellos y acunar su mejilla en su palma. Un hombre podría ahogarse en las profundidades azules de su mirada.

Se negó a hacer eso. Holly Mayweather podría haber hecho el hábito de envolver a los hombres alrededor de su delicado meñique, pero no lo lograría con él. Reynard la domaría, la doblegaría como a una potranca sin entrenar. Nunca con crueldad. Era un militar y no estaba por encima de tales tácticas, pero como Wellington le había enseñado, eran más efectivas cuando se usaban con moderación. Resolvió nunca quebrantar el espíritu brillante de Holly, y tampoco bailar ante él como una polilla ante una vela.

—No quiero sumisión —dijo con aspereza. Su labio inferior era seda bajo la yema de su pulgar. Los ojos de Holly se oscurecieron. La punta de su lengua lo tocó. Un escalofrío eléctrico le hizo contraer el abdomen. Un sabor bastaría. Por ahora—. En nuestra noche de bodas, Holly, quiero toda tu pasión sincera. No aceptaré nada menos que honestidad cruda de ti.

Ella apartó la cabeza bruscamente. Sacudido por la profundidad de sus propios sentimientos, Reynard retrocedió. Su mano tembló mientras se la pasaba por el pelo.

—Afortunadamente para usted, señor Sharp, la honestidad cruda es mi único talento —dijo Holly después de un momento. Había un temblor en su voz que desmentía sus palabras confiadas. Debajo de ellas, él escuchó notas de incertidumbre y expectación vertiginosa. Sus emociones reflejaban las suyas propias. Aun así, si ella no se hubiera medio girado para mirarlo por encima del hombro en el gesto más escandalosamente coqueto que jamás había visto, Reynard nunca habría hecho lo que hizo a continuación.

La siguió a grandes zancadas, la atrajo a sus brazos y... la besó.

Cuatro

NO ERA un beso cortés en la mejilla. Tampoco era un roce furtivo de labios cerrados contra otros castamente sellados. No, esto era una reivindicación, y Holly lo saboreaba.

El brazo de Rey encontró la curva de su cintura. La apretó con fuerza contra su firme pecho. Las manos de ella encontraron la fina lana de sus solapas y se deslizaron hacia arriba... y más arriba, hasta que se enredaron alrededor de su cuello. La textura crujiente de su cabello la estremeció hasta los dedos de los pies. Y el primer sabor de su beso la deshizo. Rey inclinó su boca sobre la de ella y sumergió su lengua, probando. Tomando. Ella se abrió a él. Sus dedos se curvaron contra la nuca de él mientras intentaba acercarlo más. Estaba de puntillas, estirándose para alcanzarlo, deseando más. Holly había estado esperando este momento toda su vida. El único beso del amor verdadero. Qué suerte para ella que fuera con su futuro esposo.

Estaban tan absortos en su abrazo que ninguno de los dos se percató de la suave apertura de las puertas de la biblioteca hasta que un haz de luz cortó sus rostros.

—Aquí está la biblioteca, que pueden usar a su gusto... Oh. —Lord Pickford estaba en la entrada, flanqueado por invitados recién llegados que Holly no reconocía. El cuerpo de Rey se tensó y retiró sus brazos de la cintura de ella. Un escalofrío le recorrió las venas. Holly tuvo que recordarse que no había escándalo en que una pareja comprometida disfrutara de un beso; un compromiso público era tan bueno como un vínculo. Si hubieran llevado a cabo la ceremonia ayer, ya estarían casados. Pero no lo estaban, así que técnicamente esto era impropio.

Qué tontería. Ninguna mujer había quedado encinta por un beso; Holly al menos sabía eso. Aunque, si tal cosa fuera posible, Holly definitivamente estaría embarazada ahora.

No importaba. En una semana estarían casados. Para su inmensa satisfacción, Rey parecía profundamente perturbado. Su cabello estaba despeinado y su corbatín torcido, y si no se equivocaba por la mirada furtiva que echó en dirección a sus pantalones, había indicios de excitación masculina. Lord Pickford ciertamente nunca había reaccionado así a un beso.

—¿Debo dejarlos para que continúen su, eh, conversación en privado? —Su padrino guiñó un ojo e intentó cerrar la puerta. Detrás de él, los nuevos invitados sonrieron con picardía. Holly les lanzó un guiño descarado.

—No, Lord Stapleton, hemos terminado. —Holly no le dio a Rey la oportunidad de contradecirla. Podría pasar los próximos días negociando un poco más de autonomía: más dinero para gastos personales, cierto tiempo para pasar en su ciudad favorita... y más besos. Muchos, muchos besos—. ¿Ya ha llegado mi prima? ¿El señor y la señora Weston?

—Sí, hace un cuarto de hora. Estarán arriba. Ve, sé lo cercanas que son. —Lord Stapleton le dio una palmadita en la mejilla. Holly salió apresuradamente de la habitación, muy satisfecha consigo misma y con cómo había ido el cortejo de su esposo hasta ahora.

~

Rey vio a Holly salir apresuradamente de la biblioteca sintiendo como si todo su mundo se hubiera inclinado sobre su eje. Su pulso se aceleró cuando ella le lanzó un beso por encima del hombro, pero en el instante en que desapareció de su vista, la duda se asentó de nuevo como una bandada de gallinas asustadas posándose torpemente en su cabeza. ¿Dónde había aprendido a besar como una cortesana? ¿Cómo podía estar tan embelesado con una mujer que apenas conocía? ¡Ni siquiera le gustaban los libros! ¿Alguna vez había existido una mujer tan poco impresionada por la literatura como Holly Mayweather?

Reynard se removió incómodo mientras su decepcionada virilidad aceptaba que no habría unión esta noche. Mientras tanto, su cerebro daba vueltas con razones para no dejar que Holly tomara la delantera. Era como si no pudiera apagar la parte de él que había sido entrenada y afinada para detectar la debilidad de un enemigo y explotarla. Excepto que Holly no era una enemiga. Era suave y complaciente con toda la emoción de una doncella curiosa. Lo dejaba luchando con una extraña mezcla de calor y frío agitándose en sus entrañas. Por un lado, era natural que una mujer de veintitrés años tuviera deseo por su esposo. Era bienvenido y para nada inapropiado. Entonces, ¿por qué lo hacía sentir como si no pudiera confiar en ella?

El problema, decidió, después de escanear los estantes y hojear distraídamente las páginas de un tomo sobre Sócrates, era que quería sentirse en control. El entusiasmo de Holly lo hacía sentir más como si se aferrara al cuello de un corcel galopante hacia la batalla. Podría ser capaz de hacerlo, pero en las ocasiones en que había tenido necesidad de hacerlo, nunca había disfrutado la experiencia.

Un suspiro escapó de él. Tal vez su unión no fuera totalmente desesperada si se limitaban a besarse. Más probablemente, estaba pensando demasiado en el asunto. Después de todo, el matrimonio para un hombre significaba simplemente que se comprometía a honrar a una mujer en cuerpo y alma por el resto de su vida natural. ¿Realmente había estado tan cerca de lanzarse ciegamente a una unión sin ninguna oportunidad de evaluarla primero? Un pedigrí de primera clase no era un predictor de compatibilidad...

—Aquí estás. Lord Stapleton dijo que te encontraría aquí.

Reynard salió bruscamente de sus pensamientos, donde se había perdido en el enredo de inseguridades una vez más. —Weston. Tu rostro es de lo más bienvenido. —Hizo una ligera reverencia. La cabeza oscura de Finlay Weston se inclinó fraccionalmente en respuesta. Una sonrisa conocedora se apoderó de sus facciones.

—Entonces, ¿ya eres un hombre casado? —Reynard tosió. El libro se cerró de golpe. Se sobresaltó ante el sonido que evocaba recuerdos desvanecidos de disparos—. Supongo que eso significa que aún no has hecho de mi prima política una mujer honesta, ¿verdad? —preguntó Weston con simpatía.

—No —respondió Reynard—. Podría usar una segunda opinión, Weston. Si no te importa una charla de hombre a hombre.

—Cuando quieras —respondió Weston alegremente. Se acercó al decantador de brandy expuesto prominentemente en una mesa lateral y sirvió dos dedos para cada uno. Se relajaron en el suave cuero oscuro—. Holly Mayweather es todo un puñado. —No tuvo éxito en ocultar una sonrisa conocedora.

No pienses en sus pechos. Dos montículos regordetes se formaron en su imaginación. Era más que un puñado en la cama y fuera de ella. —Es muy hermosa —murmuró Reynard.

—Sin duda lo es.

—¿Por qué no te casaste con ella?

Weston hizo girar su bebida pensativamente. —La belleza es solo parte de la ecuación, Rey. Amity me hizo sentir como si hubiera llegado a casa. Dondequiera que vaya en el mundo, quiero estar con ella. Supongo que sueno como un recién casado embobado al decirlo, pero como te dije antes, elegir a Amity no tuvo nada que ver con que no me gustara Holly. Es una novia muy deseable. Es solo que...

Hizo una pausa.

—Continúa —lo instó Rey.

—Holly no parecía lista para asentarse en el matrimonio. No puedo imaginar mantener a una mujer vivaz, inteligente y muy sociable encerrada en el campo. Dudo que un atisbo de escándalo haya apagado su espíritu. Si así fuera, sería una pérdida para el mundo.

—Sus padres consideran a su hija una coqueta cabeza hueca —era una cosa cruel de decir, pero en este santuario silencioso Rey tenía la libertad de hablar con la verdad—. ¿Lo es?

—No, aunque Holly interpreta muy bien ese papel —Weston tomó un sorbo de su brandy—. Si fuera tan estúpida como insinúan, y habiendo estado en tu posición hace un año, sé exactamente cómo sus padres la tratan, Holly no habría tenido tanto éxito en burlar sus numerosos intentos de casarla. No, ella es muy rápida para comprender las motivaciones de las personas, probablemente porque ha tenido mucha práctica burlando a sus padres en casa.

Reynard meditó sobre eso por un momento mientras terminaba su brandy. Los Mayweather eran inflexibles en lo que querían, es decir, que Holly se casara. Sin embargo, a pesar de esto, se habían negado a endulzar su ya generosa dote de cinco mil libras. Reynard no había presionado el asunto porque era nuevo en este juego de negociaciones matrimoniales y no tenía un padre que lo guiara a través de la delicada tarea de preguntar. Ahora se preguntaba si había dejado dinero sobre la mesa. Quizás no debería ser tan crítico con las personas adineradas y su falta de bondad en relación con la cantidad de dinero en sus arcas. Además, no habría dote en absoluto si el matrimonio no se llevaba a cabo. Podrían demandar por incumplimiento de promesa si se negaba a seguir adelante con la boda nuevamente. Esa artimaña no funcionaría una segunda vez.

—Será interesante ver su disfraz en el baile de máscaras de mañana —reflexionó Weston en el silencio.

—Sobre eso. ¿Qué se supone que debe usar un caballero? —Sospechaba que la ironía de disfrazarse de caballero se perdería en la mayoría de los invitados de Stapleton. Para su sorpresa, Finn le concedió la libertad de hacer exactamente eso.

—Un dominó será suficiente.

Reynard se quedó en blanco. —¿Dónde se supone que voy a conseguir uno?

Su amigo se rio. —¿No pensaste en traer uno?

—Tenía asuntos más urgentes en mente.

—Cierto. Ven, estoy seguro de que podemos pedir uno prestado o pedirle a mi ayuda de cámara que improvise con una corbata de seda. Stapleton probablemente tenga algunos extras —Dejaron sus copas en la biblioteca para que las criadas las recogieran—. No puedo esperar para ver de qué se disfrazará Amity. Holly se supone que la sorprenderá. Espero que sea algo lo suficientemente atrevido como para darme un ataque al corazón.

~

—¡Holly! ¡Estoy encantada de verte de nuevo! —chilló Amity Weston, la prima y amiga más cercana de Holly.

—No tanto como yo —Holly se lanzó a los brazos abiertos de su prima. La parte superior de su cabeza llegaba a la oreja de Amity. Había pasado menos de un mes desde que se habían visto, pero se sorprendió por la facilidad con la que sus brazos rodeaban la esbelta cintura de Amity. La rama de los Mayweather de Holly había heredado la fortuna familiar después de que el padre de Amity, el tío de Holly, hubiera fallecido. Sus madres no se llevaban bien, así que la madre de Amity y sus hermanas se habían mudado a una pequeña cabaña en un pueblo rural lejos del lujo con el que las chicas habían crecido. La privación había dejado una marca indeleble en su prima.

—¿Debo llamarte Sra. Sharp ahora? —bromeó Amity. La sostuvo por las manos. El cuerpo de Holly se tensó y el rostro de su prima decayó—. ¿Qué pasa? ¿No estás casada?

—Todavía no —murmuró. Para su gran horror, las lágrimas le escocían el interior de los párpados. Holly parpadeó y forzó una sonrisa—. Pero pronto. Él quería que nos conociéramos un poco mejor.

—Oh —dijo Amity, claramente desconcertada—. Ya veo.

—Nos casaremos dentro de una semana —dijo alegremente, como si su corazón no estuviera acelerándose con cada palabra—. ¿Por qué no te instalas para que podamos hablar más en privado?

Media hora después, estaban refugiadas en la habitación de Holly. Había tenido que desalojar a su hermana menor, que accedió de mala gana a ir en busca del resto de los primos Mayweather.

—¿Cómo lo estás llevando, realmente? —preguntó Amity en el instante en que se cerró la puerta—. Estaba tan preocupada por ti después del gran escándalo de Pickford.

Holly resopló. —Estoy tan bien como se puede esperar. Te juro que no tenía idea de que prefería a los hombres.

Amity la miró con solemnes ojos azules iguales a los suyos, un rasgo familiar. —Incluso a mí me resulta difícil creer que no lo supieras.

—Pues no lo sabía. Me quedé tan sorprendida como cualquiera.

—Ni siquiera sabía que los hombres podían amar a otros hombres de esa manera hasta que Finlay me señaló cómo sus admiradores se agolpaban a su lado. Por supuesto, pensé que tú lo sabías. Siempre has sido diez veces más sofisticada en estos asuntos que yo.

Ella y Amity habían pasado tres meses, desde finales de septiembre hasta principios de diciembre, juntas en Londres. Finn le había dado a su nueva esposa una temporada apropiada, y Holly se había deleitado en mostrarle la ciudad a sus amigos. Los bailes, el teatro, los conciertos y todos los chismes asociados habían cobrado nueva vida al verlos a través de los ojos de su prima. Sin embargo, persistía una tensión latente entre Holly y su ex prometido. Los instintos sociales de Holly eran demasiado agudos para no percibir la sutil manera en que Finn la menospreciaba al desestimar las conexiones que ella buscaba establecer entre los recién casados y sus amigos aristocráticos.

Holly intentaba no tomarlo como un rechazo. Aun así, hubo momentos en los que sintió una leve punzada. Se había recordado a sí misma que ella era la intrusa en su matrimonio. Holly se había recordado que había poco en juego. Ellos no deseaban congraciarse con la clase aristocrática, y eso estaba bien.

Entonces, el desastre había golpeado. Amity y Finn ya habían regresado a su finca en Herefordshire cuando se divulgó la noticia del pecadillo de Pickford. Holly se había quedado sola para enfrentar la ira de sus padres.

—Ojalá hubieras estado allí —dijo Holly con nostalgia, recostándose contra las almohadas —. Podría haber necesitado una amiga.

—Hicimos lo que pudimos —dijo Amity de manera tranquilizadora. Se acostó de lado y

apoyó la cabeza en una mano—. Finn conoció brevemente al Sr. Sharp en Londres, y lo invitamos a quedarse con nosotros durante las fiestas. Solo tiene a su madre, que vive en circunstancias reducidas, demasiado lejos para visitarla fácilmente.

Por supuesto, su prima tenía debilidad por un hombre como Reynard Sharp. Su madre también había caído en circunstancias reducidas. —¿Estás segura de que su madre provenía de circunstancias que se pudieran reducir?

Los ojos de Amity se estrecharon. —¿Qué quieres decir?

—Mi padre me dijo que era una sirvienta en la casa del padre del Sr. Sharp —Se lamió los labios, sin que le gustara la dureza en los ojos de su prima—. No me importa eso. Después de todo, acepté el matrimonio.

—Pero tú querías un conde —replicó Amity con tono inexpresivo.

—Por supuesto. Si tuvieras la opción, ¿no harías lo mismo?

—No necesariamente. Evaluaría a los hombres como individuos, no por su distinción social relativa —Amity se irguió—. No me dejo influenciar por los títulos.

—Pero el dinero ciertamente te atrajo —espetó Holly. Le dolía ser juzgada duramente por su persona favorita en el mundo—. De lo contrario, podrías haberte casado con Lunt. O con Tillet. Pero no, solo el hombre más rico en la fiesta de mis padres era suficiente para la pobre Amity Mayweather.

El pálido rostro de Amity se tornó de un tono fantasmal.

—¿Cómo te atreves a insinuar que elegí a Finn por algo que no fueran sus cualidades personales?

—Oh, no te ofendas tanto —Holly puso los ojos en blanco con frustración—. Todo lo que digo es que sus cualidades personales incluían una fortuna sustancial. Cualquiera podía ver que tenían sentimientos el uno por el otro. Pero, ¿habría sido la atracción igual de fuerte si hubiera sido un simple párroco con cien libras al año?

Amity bajó la mirada, pero no dijo nada.

—Todas elegimos a nuestros maridos teniendo en cuenta su posición. A mí me gustaba mucho Lord Pickford. Creía estar enamorada de él, y él de mí. Mis padres habrían estado extasiados de tener a un conde por yerno —Holly inhaló profundamente—. No puedo hacerlos felices a todos. Puedo casarme por amor, o puedo casarme por dinero, o por estatus. Parece imposible tener las tres cosas.

—No lo es —dijo Amity rápidamente—. Tienes razón, Holly, yo me casé por las tres razones, aunque el amor fue lo primordial. No debería juzgarte por dar más peso al estatus. Ninguna de las dos somos libres de elegir sin tales consideraciones.

Apaciguada, Holly volvió a su lugar en la cama.

—Creí que amaba a Lord Pickford. Duele saber que él nunca sintió lo mismo.

—Ojalá hubiera sido honesto contigo —Amity había acomodado su cuerpo largo y delgado en la silla de respaldo duro junto a la chimenea—. Después de algunas conversaciones con Rey, pensé que sería una buena pareja para ti. Fueron Finn y yo quienes sugirieron que se acercara a tu padre. Le aseguramos que eras todo lo que podría desear en una novia.

—¿Qué significaba eso exactamente? —Después de la manera en que su amiga la había descrito a la cara, Holly quería saber exactamente cómo había sido presentada a su futuro esposo.

—Leal, agraciada, inteligente, cariñosa... ¿estás buscando cumplidos? —bromeó Amity, pero había una tensión en la comisura de sus ojos que hizo que el intento cayera en saco roto.

—Soy leal y cariñosa *contigo*, prima. No con todo el mundo. Aunque no lo creas, soy selectiva en cuanto a quién elijo para otorgar mis afectos —sonrió para suavizar sus palabras. En

este momento, necesitaba el calor constante de su amiga, pero todo lo que estaba recibiendo era otra dosis de escepticismo. Holly se negaba a creer que merecía este grado de condena universal —. Y para ser franca, no estoy preparada para entregar mi corazón al señor Sharp.

Amity levantó una mano, con la palma hacia fuera, para impedir que hablara.

—Me doy cuenta de que no es como los hombres que normalmente prefieres —refiriéndose a Pickford, naturalmente—, pero por favor, dale una oportunidad. Rey es un buen hombre. Trabajador, inteligente, amable. Su temperamento constante podría complementar tu...

—¿Alto espíritu? —sugirió Holly cuando Amity dudó.

—Exuberancia —dijo Amity con cuidado—. Sois iguales intelectualmente, si tan solo eligieras actividades más serias que el baile y el cotilleo. Confío en que no te ofenderás si digo que te pareces mucho a tu madre en la forma en que sigues los chismes. Especialmente cuando se trata de quién se casa con quién.

—Pues, de hecho, estoy ofendida —No mucho, pero un poco—. La elección de marido de una mujer determina la forma de nuestra vida durante años. ¿No es sabio considerar todos los posibles resultados antes de tomar una decisión?

—Sí, ¡pero abordas los asuntos como si todo fuera un juego! —exclamó Amity—. ¿Es mucho pedir que tengas un poco más de cuidado al elegir pareja?

Por una vez, la lengua ágil de Holly le falló. Varias respuestas se agolparon en su mente.

—¿Qué te hace pensar que no me importa? ¡No creo que esto sea un juego!

—No te estoy criticando, Holly, pero te vi coquetear en todos los salones de baile de Londres durante tres meses.

—No en todos los salones, tengo más discernimiento que eso —espetó Holly. Su compañera puso los ojos en blanco y soltó un suspiro.

—Por favor, no peleemos. En el momento en que lo conocí, Holly, supe que el señor Sharp sería bueno para ti. Por favor, dale una oportunidad. Es amable, aunque un poco reservado, y será devoto de cualquier mujer lo suficientemente afortunada como para convertirse en su esposa.

Dejó caer su mirada sobre la colcha donde jugueteaba con un trozo de lino.

—Por ti, Amity, intentaré que me guste. Tu buena opinión lo eleva mucho en mi estimación. Además, ya he aceptado casarme con él.

Aliviada, Amity se deslizó fuera de la cama.

—Solo quiero que ambos sean felices, eso es todo. Ahora, ¿me mostrarás los disfraces que mandaste hacer para nosotras para el baile de máscaras de mañana por la noche?

Cinco

La noche siguiente…

—Muchísimas gracias por intercambiar disfraces conmigo —Amity Weston, la prima y mejor amiga de Holly, le apretó la mano enguantada—. Sé que piensas que soy tonta, pero no podría ponerme un disfraz tan atrevido. Ni siquiera para un baile de máscaras. No tengo tu osadía.

—Amity. Me robaste al hombre con el que se suponía que iba a casarme justo debajo de mis narices —bromeó Holly. O al menos, se suponía que era una broma. Últimamente, parecía que cada cosa que decía salía mal. Holly tomó a su amiga de las manos—. Estoy bromeando. ¿Te imaginas siquiera casada con Finlay Weston?

—Soy muy feliz con Finn como esposo —respondió Amity, claramente herida.

—Lo sé, porque él es perfecto para ti. Lo que solo demuestra lo pésimos jueces de carácter que son mis padres —se esforzó por esbozar una sonrisa decidida. Su prima le devolvió una versión incierta, aunque esperanzada, de la sonrisa de Holly.

—Cierto. Si fuera por ellos, ahora mi nombre sería la señora Amity Lunt. O posiblemente la señora Amity Tillett.

—Peor —declaró Holly, apretando las manos de su amiga con tanta fuerza que se dio cuenta, con sorpresa, de que estaba desesperada por mantener una conexión física con la única persona en la sala que amaba a Holly incondicionalmente—. Podrías haber sido la señora Ames —El señor Ames había sido el pretendiente potencial de Amity en la fiesta navideña de sus padres el año pasado, hasta que mostró un temperamento que Holly no querría ver dirigido hacia ninguna mujer. Se estremeció ante la idea de que las perspectivas de cualquier dama pudieran ser tan sombrías como para elegirlo a él.

Amity le dedicó una sonrisa débil.

—¿Estás segura de que no te importa? Era natural que nos enamoráramos, dada su amistad con mi hermano. Nunca habría robado a tu pretendiente por ninguna otra razón.

Holly le dio otro apretón, más suave esta vez.

—No puedes robar lo que no me pertenece. Te irá espléndidamente esta noche. Ahora, vamos a buscar a tu esposo y dejemos que baile con su Afrodita.

Si tan solo no se hubiera opuesto tanto a casarse hace un año, Holly podría haber sido la que estuviera orgullosa como la señora Weston. Antes de su matrimonio, nadie con discernimiento habría llamado hermosa a Amity. Sin embargo, su matrimonio con Finlay Weston había traído un brillo a sus mejillas y suavizado las líneas tensas de preocupación que habían estropeado sus bonitos ojos y su hermosa boca. Vestida con un vestido blanco vaporoso con dos broches dorados en cada hombro, un cinturón dorado que acentuaba su esbelta cintura y joyas doradas

que brillaban en sus muñecas y orejas, Amity era una visión digna de los mejores salones de baile.

Holly suspiró, mitad envidiosa, mitad satisfecha. Por un lado, estaba encantada de ver feliz a su persona favorita en el mundo. Por otro lado, no podía evitar preguntarse con nostalgia qué habría pasado si hubiera frenado su orgullo la Navidad pasada y se hubiera casado con el hombre que sus padres habían elegido inicialmente para ella.

Él nunca te habría hecho feliz, susurró su corazón.

Ciertamente no de la manera en que él y Amity eran felices, pero, por otro lado, Lord Pickford tampoco la había hecho más feliz. De hecho, le había hecho un daño material. ¿Era realmente demasiado pedir que le informara que no tenía intención de ofrecerle matrimonio? ¿O darle una pista de que si lo hubiera hecho, habría sido en términos que ella nunca podría aceptar? La verdadera traición era que no había confiado lo suficiente en ella con su secreto. Lord Pickford la había usado como una hoja de parra para su propia respetabilidad. Entendía por qué, y le gustaba pensar que habría seguido el juego si él simplemente hubiera sido sincero con ella, pero no podía perdonarse a sí misma por haber hecho el tonto. Él sabía lo que ella deseaba, y había jugado con la perspectiva de una propuesta ante ella como un gatito con un hilo.

Sin embargo, la vergüenza no era un sentimiento que Holly estuviera dispuesta a soportar por mucho tiempo. La apartó y dejó que Amity la guiara entre la multitud en busca de su esposo. Encontraron a Finn en un pequeño balcón con vista al salón de baile. A su lado se alzaba Rey Sharp. Ambos hombres llevaban antifaces que cubrían la mitad de sus rostros desde la nariz hasta las cejas. Incluso con su sencillo traje de noche, el cuerpo de Holly reaccionó instantáneamente. El calor le subió por las mejillas y el pecho, su muy *expuesto* pecho. El disfraz que había parecido tan ingenioso semanas atrás en Londres, cuando le había pedido a su modista que la convirtiera en Afrodita y a su prima en Minerva, ahora se sentía completamente equivocado.

Holly intentó tirar de su falda para cubrir sus rodillas. No era de extrañar que Amity se hubiera sentido incómoda. El vestido corto era atrevido según los estándares de la ciudad. Amity era unos centímetros más alta; en ella, habría sido francamente escandaloso. Holly suspiró ante su propia falta de consideración. Esta nueva conciencia de sus defectos se sentía tan incómoda como cuando sus medias se aflojaban y arrugaban dentro de su zapato mientras bailaba. Sin forma de arreglarlo; imposible de ignorar.

La mirada de Finlay Weston pasó por ella, indiferente, hasta que se fijó en la figura de su esposa y se iluminó como el amanecer sobre los tejados de Londres. Holly había visto su buena cantidad de amaneceres después de una noche de fiesta. El suave resplandor en su mirada los eclipsaba a todos.

En contraste, la expresión de Rey se oscureció al ver su cuerpo casi desnudo. Podría ser un baile de máscaras, pero no había forma de disfrazar su desaprobación. La conciencia tiraba de ella sin importar cuán diligentemente intentara ignorar la manera en que la atención de Sharp caía sobre su cuerpo y se detenía en su pecho.

El baile de esta noche le daba a Holly una exquisita oportunidad de conocer a su futuro esposo a un nivel más íntimo. Se casarían para la Noche de Reyes aunque le costara a Holly cada gramo de su dignidad. Lord Pickford no iba a arruinar su futuro. Se negaba a renunciar a la esperanza de encontrar alguna medida de felicidad entre ellos, especialmente después del beso que habían compartido ayer.

Su mirada se fijó en el escote de su corpiño donde dos montículos regordetes de sus pechos sobresalían sobre el corsé plateado. Se suponía que parecía una armadura, pero Holly no se

sentía ni un poco protegida de la mirada hambrienta de Rey. Cuando sus ojos se encontraron, Holly arqueó una ceja desafiante.

Sé lo que estás mirando, pensó en silencio. Curiosamente, le gustaba, hasta que Rey apartó bruscamente la mirada. Todo su cuerpo se tensó. Por el espacio de un respiro, Holly se había sentido deseable. Deseada. Pero la reacción de su prometido la dejó sintiéndose avergonzada. Tal vez podría enseñar a este hombre a disfrutar de la sociedad, pero lo más probable era que la mantuviera encerrada en el campo sin nada en forma de estímulo excepto producir bebés; hasta ahora, él había mostrado un interés saludable en todo lo relacionado con la procreación, pero Holly quería más de la vida que dedicarse exclusivamente a la maternidad.

—A Rey le gustaría bailar, si se lo pidieras, Holly —Finlay inclinó la cabeza hacia su amigo.

—No me gustaría —los ojos de Rey se tensaron en las comisuras.

—¿Por qué? —exigió ella. Se le hizo un nudo de ansiedad en el estómago. Desde su llegada, ni una sola cosa que había dicho había salido bien. ¿Había una chispa de interés de su futuro esposo, o se estaba engañando a sí misma?

Un músculo en la mandíbula de Rey Sharp se movió. —No sé cómo hacerlo.

—¿No sabes bailar? —repitió Holly exasperada—. De nuevo, te pregunto, ¿por qué? Tienes dos piernas que funcionan.

Esta vez, fue la comisura de su boca la que se tensó en una... ¿sonrisa? ¿O una mueca? Holly no podía estar segura.

—No es como si espiar para Wellington dejara mucho tiempo para aprender a bailar el vals —intervino Finlay.

—Pero los bailes en corro y las cuadrillas se enseñan comúnmente. Cualquiera que haya asistido a una feria de niño debería conocer lo básico. —No era como si discutir fuera a resolver algo, pero Holly no podía contenerse. Necesitaba saber si era a su persona a la que Rey se oponía, o a otra cosa. Si era a su persona, ¿por qué le había ofrecido matrimonio?

Porque eres una mejor novia de lo que un soldado con fortuna y reconocimiento de la corona podría adquirir de otro modo.

Holly era la jarra de peltre abollada en la tienda del herrero local. Utilizable, no poco atractiva desde cierto ángulo, pero una ganga por estar defectuosa. Inhaló bruscamente. Una suave presión de la mano de Amity en su hombro ayudó a Holly a respirar.

—Bailaré con usted, mi señora —dijo Rey en voz baja—, cuando sepa que no la avergonzaré. —Hizo una reverencia de manera superficial.

Nunca podrías avergonzarme. Las palabras flotaron en la mente de Holly como si estuvieran inscritas con una pluma invisible. *No tanto como yo ya me he avergonzado a mí misma.* Una calidez como la esperanza la invadió. Holly quería ser digna de este hombre. Quería atrapar la chispa de atracción entre ellos y ver adónde conducía. Porque nunca en sus veintitrés años había conocido a un hombre que le interesara más que Reynard Sharp.

~

¿Qué pensar del disfraz de la señorita Mayweather?

Rey habría apostado a que se vestiría como Afrodita, no como Minerva. Probablemente estaba mezclando mitología romana y griega, pero no se había educado en escuelas elegantes y su comprensión de la historia difícilmente era de memoria. A pesar de esto, Rey reconoció el gran broche brillante en forma de búho que sujetaba un hombro de su atrevido disfraz. La lanza en su hombro izquierdo lo confirmaba. Mechones de tela blanca transparente se abombaban

sobre la parte superior de su corpiño de marfil y plata. Más ondas se derramaban por la parte inferior en una nube esponjosa sobre la parte superior de sus muslos.

Qué lástima, porque debajo del dobladillo de su falda escandalosamente corta había dos hermosas pantorrillas envueltas en medias de seda y zapatos con cordones estilo gladiador. La corbata de Rey intentó ahogarlo ante la vista. Podía imaginar fácilmente esos tobillos esbeltos envueltos alrededor de su cintura mientras sus afilados talones se clavaban en la parte baja de su espalda mientras él embestía...

Aquí no, hombre. Aquí no.

—Por favor —dijo ella, batiendo sus pestañas hacia él. Una diadema de cristal con un búho plateado adornaba su frente.

—Aún no. —Un hombre debía tener su orgullo, y Holly estaba haciendo trizas el suyo. Se inclinó para murmurar en su oído—: Me atrevo a decir que su vestido pone en peligro mi capacidad de actuar.

Las mejillas de Holly se sonrojaron. Aparentemente, la forma más fácil de parar a su prometida era la pura honestidad. Una leve sonrisa intentó deslizarse por su rostro. Si no hubiera tanto en juego, y solo fueran ellos dos sin esta infernal fiesta en el castillo con innumerables extraños, podrían llevarse bien. Sin embargo, aquí estaban, y Holly sin duda disfrutaba de una audiencia.

—Quizás necesites practicar primero con una dama menos tentadora. —Señaló a una pastora con un ridículo vestido azul que ninguna pastora real usaría jamás, y una peluca altísima. Un cordero vivo atado con una correa adornada con cascabeles y cintas balaba confundido—. Tal vez la señorita Bo Peep sea más de tu gusto.

—¿Está bromeando, señora? —De no haber sido él el blanco de su broma, habría sido genuinamente divertido.

—Hablo completamente en serio.

Fue Finlay quien lo empujó al límite. —Vamos —sonrió con suficiencia—. Diviértete un poco.

—Me ofrecería a sostener su cordero, excepto que Finn y yo estamos a punto de dar una vuelta —dijo Amity disculpándose.

—Estoy seguro de que si Holly puede manejar a unos cuantos pretendientes, también puede manejar a un animal de granja confundido por unos momentos. Después de todo, no hay mucha diferencia entre un cerdo y un cordero.

Los labios carnosos y rosados de Holly se separaron en shock. Su insulto había dado en el centro del orgullo de la señorita Mayweather, un golpe directo. Entonces, ¿por qué no sentía más satisfacción al encontrar su debilidad y explotarla? Rey había sido entrenado para hacer precisamente eso. Sin embargo, mientras se acercaba a la desafortunada Bo Peep, Rey tragó saliva y miró hacia atrás a su futura esposa.

—¿Le gustaría bailar? —preguntó, esperando que dijera que no. Peep miró al animal que se esforzaba por escapar de su lado.

—Tendré que encontrar algo que hacer con ella —dijo Bo Peep tentativamente.

Era un idiota. Un idiota completamente embelesado y absolutamente absurdo. Miró hacia atrás a sus amigos, preguntándose por qué había desafiado a Holly de esta manera. ¿Para demostrar algo? No podría haber elegido una forma más asnal de demostrar que ella no influía en sus acciones si lo hubiera intentado. Demonios, había terminado demostrando lo contrario.

Un momento... ¿adónde se había ido? Rey había perdido de vista a su Minerva. Ya no estaba en el balcón donde la había dejado. Para consternación de Bo Peep, escaneó la habitación en

busca de la mujer que había abandonado momentos antes. La ironía no se le escapaba. La irritación atravesó su abdomen al ver a un Lothario con plumas de avestruz elevándose desde su gorra ahora inclinándose sobre la mano de Holly. Con una sonrisa decidida, la futura esposa de Rey aceptó y se deslizó hacia la pista de baile. Una posesividad que nunca antes había experimentado apretó su agarre en la mano de su pareja de baile. Valientemente, ella fingió seguirle el juego mientras él actuaba besando su brazo y mirando fijamente el espectacular pecho que por derecho solo le pertenecía a él. Bueno, y a su dueña, por supuesto.

—¡Ay! —Se quejó ella, y le lanzó una mirada estrecha.

—Mis disculpas —murmuró Rey, sintiéndose torpe. Una figura femenina vagamente familiar ensombrecida por una gran corona que se asemejaba al sol estaba cerca—. Disculpe, señora, ¿vigilará al cordero?

Tenía que salir allí y salvar a Holly de Lothario.

—Podemos esperar al siguiente baile, mi tarjeta no está llena —protestó Bo Peep.

—Por favor, señora. —Prácticamente empujó a la pastora a la fila. Mantuvo su atención en la dama a su lado durante unos tensos treinta segundos antes de que su mirada volviera a Holly. No sentiría envidia, se negaba a ceder ante la sensación de inadecuación que se arrastraba por su cuerpo...

Su pie aterrizó en un pequeño bulto suave. La pareja de Rey hizo una mueca. —Lo siento —murmuró.

—¿Sobreviviré a esta contradanza con todos mis dedos intactos, señor Sharp? —dijo Bo Peep con reproche.

Claramente, no podía hacerle promesas. —¿Le gustaría parar? —ofreció, avergonzado por su propio comportamiento.

—¿En medio de un baile? —resopló Bo Peep—. No se hace. Ni siquiera en un baile de máscaras.

Pero la atención de Rey ya había vuelto a Holly y su Lotario. Ella echó la cabeza hacia atrás y rió como si estuviera pasando el mejor momento de su vida. Era otra mella más en su armadura. Pronto, estaría suplicándole a Holly que fuera su esposa, ¿y adónde lo llevaría eso? A transmitir su título de caballero, duramente ganado, y su legado a un hijo bastardo. Todo porque no podía resistirse a una mujer que no lo quería.

O... ¿sí lo quería? Los brazos de Holly estaban rígidos en los codos, como si estuviera tratando de mantener a su pareja a raya. Mirando por segunda vez, su sonrisa estaba fija en una mueca de determinación. Cuando sus ojos se encontraron con los de él por una fracción de segundo, el miedo y la ira destellaron en sus ojos azules.

Su mujer estaba en problemas. Rey soltó su agarre de Bo Peep y saltó fuera del camino de la pareja que se acercaba. Por instinto, Rey pivotó sobre la punta de un pie, hizo tropezar a Lotario por detrás, y lo hizo girar hasta los brazos de una pastora atónita. Antes de que pudiera tomar aliento suficiente para procesar la magnitud de lo que acababa de hacer, Rey hizo una reverencia a Holly. —¿Me concede el honor?

Manchas rojas florecieron sobre las mejillas de Holly. Minerva, sonrojándose, por él. La pareja detrás de ellos en el círculo de la contradanza se detuvo. Parecía como si toda la sala esperara conteniendo la respiración. Pero probablemente eran solo él y sus inseguridades.

—Sí —dijo Holly con una voz apenas por encima de un susurro. Luego estaba en sus brazos y estaban en movimiento, sus cuerpos moviéndose como uno solo. En todos sus años como soldado, Rey nunca se había sentido tanto un héroe como en ese momento.

Seis

REY SHARP no era un mal bailarín después de todo. El alivio atravesó la tensa bola de frustración en su interior. Holly había lidiado —de manera efectiva, muchas gracias— con todo tipo de hombres manilargos. El Lothario no había representado una verdadera amenaza. Unas copas de más, un poco de entusiasmo excesivo por el personaje que había interpretado, y ella le había seguido el juego al principio. Luego, él se había propasado e ignorado sus cada vez más obvias señales de angustia. Holly estaba a un paso de abofetearlo cuando su prometido intervino.

—¿Esto te sucede a menudo? —preguntó Rey.

—No —Holly hizo una pausa—. Me pregunto si mis recientes problemas con Lord Pickford me hicieron parecer... bueno. Un blanco fácil. —Él se tensó al oír el nombre de su antiguo pretendiente. Ella tragó saliva, avergonzada por la mujer tonta en la que se había convertido, por su disfraz de Minerva y su anhelo por un hombre que ni siquiera parecía agradarle.

—Cualquier hombre que vea el baile con una mujer como una oportunidad para tomarse libertades con sus manos es indigno de llamarse caballero —dijo él en un tono tan duro como el chasquido de un látigo.

Los ojos de Holly se abrieron de par en par. —¿Estás siendo protector conmigo?

Sus ojos ardieron detrás de la máscara de seda negra. —Sí. Siempre cuido lo que es mío. Rey, país, castillo... o esposa.

Holly tropezó. —Tu Bo Peep parecía bastante molesta contigo —comentó después de recuperar el equilibrio, en un intento por desviar la atención.

—No fui un buen compañero. Me encontré distraído por tu apuro.

—¿Mi apuro? Te aseguro que tenía la situación bajo control. Como observaste, él no era un caballero, pero soy bastante capaz de cuidarme sola —dijo indignada.

¿Era esa una sonrisa burlona curvando las comisuras de su boca?

Antes de que pudiera decidirlo, Rey la hizo girar con un poco más de fuerza de la necesaria. ¿Todo el mundo la estaba mirando, o era solo la inseguridad que la perseguía desde su catastrófico error de juicio con Lord Pickford lo que lo hacía parecer así? De cualquier manera, su brusquedad, aunque técnicamente más respetable en alcance, era tan poco bienvenida como la de Lothario. Fue todo lo que pudo hacer para no arrancar sus brazos de su agarre y dejarlo allí en la pista de baile. Se lo merecería. Pero entonces no tendría la sensación de su cuerpo grande y duro meciéndose contra el suyo. Qué confuso era querer su toque pero no de la manera en que lo tenía actualmente. Su mandíbula se había tensado. Ella quería que se ablandara para ella. Bien podría abrazar una roca y pedir un beso.

Había tantas preguntas que deseaba hacer. Sin embargo, en este momento, las palabras le fallaron, así que no dijo nada.

En su lugar, Holly se permitió memorizar la forma en que la palma enguantada de su futuro esposo ardía contra la curva de su cintura. Sus pies se movían fácilmente bajo su guía. Girar, colocar su palma en la de él. Girar hacia el otro lado, hacer una reverencia a la pareja vecina. Invertir la dirección. Repetir. Nunca en su vida Holly se había sentido tan desconcertada en compañía de un hombre. ¿Cómo iba a encantarlo cuando estaba hecho de granito?

Su corazón se hundió. Estaban condenados, de verdad, si ni siquiera podían mantener una conversación. ¿Dónde estaba el hombre que había cancelado su boda? Esa versión de Rey Sharp había sido una mezcla de compasión y fuerza. Era un hombre al que podía admirar, incluso...

Amar.

Habiendo sido privada de la aprobación de su madre durante toda su vida, Holly ansiaba la aprobación como una planta en sequía. Cualesquiera que fueran sus defectos —y Lord Pickford era sin duda vanidoso, egoísta y obtuso— el pretendiente que había elegido para sí misma la había amado por quien era. No en un sentido romántico o físico, sino sin intentar cambiarla. Deseaba que le escribiera. Que le hiciera saber que estaba bien, que aún le importaba. No porque Holly albergara ilusiones de unirse en matrimonio, sino porque habían sido verdaderos amigos. Él la había hecho sentir adorada, aunque en realidad no la hubiera amado.

—Pobre Bo Peep —respondió Holly—. Deberías ir a salvarla, como lo hiciste conmigo. No es que lo necesitara, entiéndeme.

La expresión de Rey se endureció de nuevo cuando la sonrisa burlona desapareció. —Por supuesto que no. Si fui presuntuoso al intervenir, por favor entiende que soy sensible a los abusos de posición. Mi madre era una criada en una casa fina. Mi padre era... —cortó el final de su frase—. No me agradan los hombres que se aprovechan de su posición.

La canción terminó con esa peculiar admisión.

Ella había estado absorta en sus propios problemas sin considerar por qué su esposo había reaccionado con tanta fuerza. —Me alegré de tu intervención —gritó, pero era demasiado tarde. Holly había dudado un momento de más. La canción había terminado, y Rey la dejó sola. Pero ella no era una mujer que se quedara allí, desamparada. La boca de Holly se aplanó en una línea determinada. —No puedes dejarme así, Reynard Sharp —murmuró y lo siguió—. No acepto órdenes como uno de tus soldados.

Y que el diablo se lleve al hombre, nunca lo haría.

—¿Qué quisiste decir allá atrás? —exigió Holly a la amplia espalda de Reynard. Su corazón se había reubicado en la base de su garganta donde latía de manera molesta. Él se tensó. Ella tuvo tiempo de sobra para admirar la amplitud de sus hombros y la forma en que su cabello oscuro y corto se rizaba ligeramente en ondas sobre las bandas que sostenían su máscara. Las orejas de Rey sobresalían ligeramente en las puntas. Estaban teñidas de un rosa brillante.

—¿Qué quieres decir con qué quise decir? —Finalmente, se dio la vuelta. Ojos marrones tan frescos como la tierra recién removida en un jardín de verano se encontraron con los suyos.

—Sobre tu madre. —El martilleo de su corazón en su garganta se calmó. Holly estaba lejos de sentirse como su yo normal, así que dio la bienvenida a la semilla de confianza que ahora brotaba.

Los ojos de Rey se estrecharon en la esquina interior. Qué truco tan extrañamente efectivo. Transmitía un absoluto desdén con sutil y devastadora precisión. Holly tragó saliva. Sin dejarse intimidar, dijo: —Dijiste que era una criada.

Él no dio respuesta aunque su mirada se estrechó aún más. Ella lo intentó de nuevo. —Si crees que eso me importa, no es así. Mi madre es la única a quien le importa la crianza y el linaje.

Esto no era estrictamente cierto. Sus padres habían estado perfectamente dispuestos a casarla con Finlay Weston el año pasado. Holly había estado convencida de que podía aspirar a más. Lord Pickford ya se había convertido en su confidente cercano y amigo. Había estado segura de que era solo cuestión de tiempo antes de que el amor floreciera entre ellos. Holly se había equivocado, pero no se arrepentía de no haberse casado con Finn. ¿Cómo podría hacerlo cuando su prima favorita y mejor amiga estaba tan delirante de amor por él?

—Entonces, ¿por qué te empeñaste tanto en casarte con un conde? —preguntó Rey con engañosa suavidad.

Holly tragó saliva. —Porque pensé que así mi madre dejaría de intentar controlar...

—¡Aquí estáis! —Una mujer con un alto peinado rubio coronado con puntas doradas se acercó repentinamente, sobresaltándolos a ambos.

—Madre —gritó Holly. La ceja dorada del Sol se frunció.

—No debes reconocerme, Minerva. Esto es un baile de máscaras —siseó su madre en voz baja. Volviéndose hacia Rey, sonrió radiante—. Ahora, querido hombre misterioso, he venido a... ¿A qué he venido?

—A hacer algo.

—Estoy a su servicio, señora —Rey hizo una reverencia rígida.

—Oh, no soy ninguna señora —rió tontamente la señora Mayweather.

—Disculpe mi error —respondió Rey con suave reserva. Era como si un engranaje hubiera encajado en su lugar. Su expresión se suavizó. Las duras líneas que enmarcaban su boca se desvanecieron. Sus ojos se ensancharon tan imperceptiblemente como se habían cerrado un momento antes—. Me cegó su belleza. El sol está por encima de consideraciones tan frívolas como el rango.

Esto hizo que la boca de la señora Mayweather se frunciera con disgusto, pues ¿qué buen inglés no se preocupaba por el rango? El orden de la sociedad era, aunque permeable para los pocos afortunados, todo lo que daba al país estructura, columna vertebral y fibra moral. Todos buscaban mejorar su posición. —¿No es usted militar, señor?

La boca de Rey se torció en las comisuras en una mueca de tolerancia. —Una excelente suposición.

Holly suspiró. Qué estúpida ficción, esta pretensión de no conocerse. Su madre sabía perfectamente que Rey había sido soldado, aunque sabía muy poco sobre lo que hacía ahora. Sus padres habían sido liberales en su desagrado por su caída, pero en el proceso de constante humillación habían descuidado compartir muchos datos sobre su pretendiente. —Señora Aurora, si no le importa, está interrumpiendo.

Su madre habló con tensión, tan fría como un invierno ártico. —No dejaré que estropees este compromiso, Minerva.

Adiós a la pretensión de no conocer las identidades de los demás.

—No tengo ni idea de a qué se refiere —intervino Rey—. Minerva y yo solo estábamos hablando de...

—Las ovejas de Bo Peep —soltó Holly. Vio a Amity haciendo una torpe transferencia del desconcertado animal de vuelta a su dueño.

Su madre parpadeó. —Qué ingenioso traer un cordero de verdad a un baile.

—¿Habla en serio? ¿No querrá decir, qué absurdo? —interrumpió Rey. Holly le lanzó una sonrisa agonizante. Su madre, desconcertada por las palabras francas de Rey, balbuceó.

—¡Eso es exactamente lo que dije! —La señora Mayweather le dio un golpecito en el bíceps con su abanico—. Hay *tanto* ruido aquí.

Holly se mordió el labio inferior avergonzada. Amaba a su madre. Odiaba la forma en que su madre fingía tan duramente ser cosas que no era. La forma en que Holly había fingido ser alguien que no era para atraer la atención de Lord Pickford. Holly suspiró. Nunca se iba a perdonar por haber seguido inconscientemente los pasos de su madre.

—Señora Aurora —dijo Holly en voz alta—. Creo que su luna la está buscando. —Hizo un gesto con su abanico hacia su padre, que lucía un dominó blanco decorado con algunas piedras de imitación estratégicamente colocadas y un traje blanco con una chaqueta azul medianoche y un chaleco con lentejuelas plateadas. Debería apreciar mejor el ingenio de un disfraz de sol y luna, pero Holly estaba demasiado sintonizada con la presencia de su prometido.

La perspectiva de Rey Sharp disfrazándose de luna para su sol era inconcebible.

Él la miró con cautela mientras la señora Mayweather se pavoneaba hacia su marido, dejando tras de sí un rastro de perfume. —No deseo hablar de mi familia en medio de un baile.

Holly bajó la mirada, avergonzada. —¿Cuándo podemos hablar en privado?

—Seremos compañeros en la búsqueda del tesoro —respondió Rey con una nota de resignación que la hizo estremecerse.

—Si vamos a casarnos dentro de cinco días, necesito más que unas pocas horas de conversación. Quiero... —Holly vaciló—. Quiero saber que no nos odiaremos mutuamente dentro de un año. No me casaré contigo sin un atisbo de verdadero afecto entre nosotros.

No se atrevía a pedir amor. Eso era demasiado esperar. Además, unos pocos días no eran suficientes para que nadie se enamorara. Pero, ¿llegar a un entendimiento? ¿Hacerse una idea de las expectativas de una persona sobre el matrimonio? Seguramente, unos pocos días serían suficientes.

La línea horizontal perfecta de los hombros de Rey se suavizó. Inhaló bruscamente. Luego se inclinó y le tomó la barbilla con la mano. Sus ojos ardían con un fuego oscuro detrás del marco negro de su antifaz. Su beso fue duro como el granito. Holly jadeó contra su boca. Rey se movió, buscando entrar con el roce de su lengua entre sus labios. Ella se abrió como una mujer sedienta que encuentra agua en el desierto. Su beso inundó todo su cuerpo como la lluvia que cae sobre un lecho de río seco. Gimió, deseando más.

Abruptamente, él se apartó. El pecho de Rey subía y bajaba. Su mirada de deseo contenido se cruzó con la de ella.

—Ven a mi habitación esta noche —escupió—, te mostraré afecto.

Holly se quedó boquiabierta mientras Rey se alejaba.

—¿Quién eres? —susurró tras él. Su abdomen se había ablandado, pero sintió su desafío como un golpe.

—¿Estás bien?

Holly se sobresaltó. Amity y Finn la miraban preocupados. La boca de Weston, visible bajo su máscara, estaba fruncida en una línea apretada.

—Estoy bien. De verdad. —Sacudió los hombros y se irguió. El rostro de Holly se calentó—. Tuvimos un momento de...

—¿Pasión? —sugirió Amity—. Te besó en medio del baile. —Miró alrededor.

—No puedo creer que hiciera algo así. Creía conocer al hombre. Disculpa, Holly, ¿quieres que hable con él? —preguntó Finn con el ceño fruncido.

—No, no es necesario. Solo necesitamos pasar tiempo juntos. Me gusta mucho. —Era otra media verdad dicha con brillo para sostener una ficción en la que Holly quería desesperadamente creer. Que podrían unirse, si no en el amor, al menos en paz. Si pudiera averiguar cómo aprovechar las pasiones del hombre, podrían tener una oportunidad de ser felices.

Rey entró en su dormitorio con la respiración contenida. El fuego crepitaba en la chimenea. Aparte de eso, la habitación estaba sin vida.

Holly no había venido. ¿Realmente había esperado que lo hiciera? No lo suficiente como para evitar que aceptara la invitación de uno de los recién llegados a la taberna Arms en el pueblo, a solo tres kilómetros por caminos despejados de invierno. Había sido un alivio estar entre sus francos compañeros de nuevo, aunque incluso allí había notado una diferencia. Sus bolsillos tintineaban alegremente con monedas, y la camarera había atendido ansiosamente a sus compañeros. La robusta muchacha había tolerado alegremente que los cinco le lanzaran bromas ligeramente subidas de tono. Le había dado una palmada en la mano a uno cuando intentó darle un apretón furtivo al pecho, sonrió y trajo una ronda por cuenta de la casa. Todos se habían ido satisfechos.

Excepto Rey. Había permanecido en silencio todo el camino de vuelta, preguntándose si Holly habría intentado aceptar su oferta descabellada de satisfacer su curiosidad. No había creído que una mujer criada con delicadeza tendría el valor. Pero si alguna mujer fuera a hacerlo, sería Holly.

Dio un par de pasos tambaleantes hacia su cama. El reloj en el pasillo dio las dos de la madrugada. Los invitados enmascarados aún se filtraban a los dormitorios en parejas o solos. Los Stapleton eran demasiado respetables para permitir que se desarrollaran verdaderos escándalos bajo su techo. Rey se dejó caer en la cama y se quitó la bota de una patada. Esta golpeó contra la puerta con un ruido sordo.

Respetable. Eso era lo que era ahora. Era bueno que Holly no estuviera aquí. La habría devorado con la más mínima oportunidad. Así de *respetable* era.

No. Habría estado gravemente tentado, pero se habría contenido. Ahora era un caballero, o casi. Los caballeros no devoraban a las mujeres, ni siquiera cuando se presentaban en el dormitorio de uno expresamente para tal propósito.

Aunque, quizás nunca le concederían el título de caballero. Prinny, después de todo, era propenso a olvidar. Sería muy propio del príncipe dilatar y retrasar hasta que la urgencia de conceder un favor hubiera pasado.

Es en tu beneficio asegurar una esposa de buena cuna y mejor fortuna, le había aconsejado Wellington al partir del servicio militar. Gracias a la devoción de Holly por un hombre indigno de lamerle las botas, Rey tenía la oportunidad de hacer precisamente eso. El problema era que él tampoco era digno de probar su calzado, mucho menos su boca. Rey se dejó caer sobre la colcha, se frotó los ojos con los puños y gimió. El sabor de Holly persistía en su piel a pesar de las jarras de cerveza que deberían haberlo reemplazado hacía horas. No había logrado dejar de pensar en ella ni por un segundo.

Rey se estaba enamorando de su futura esposa. Que el Señor se apiadara de él, porque por lo que Rey podía ver, Holly aún estaba enamorada del hombre que la había despreciado. Pickford, quien era todo lo que él no era. Rico. Con título. Acostumbrado a las minuciosas políticas de los salones de baile que tan fácilmente hacían tropezar a intrusos incautos como él. Tal vez Holly habría sido más feliz con un hombre que la ignorara en la cama pero que aprovechara sus fortalezas en público, que con un hombre que quisiera adorarla por la noche pero no supiera cómo hacerla feliz fuera del dormitorio.

Con ese pensamiento infeliz, Rey se rindió al sueño.

Siete

LA MAÑANA después de la emoción del baile de máscaras, solo las alondras naturales estaban fuera de la cama temprano, y Holly era una noctámbula nata. Se despertó con la luz del sol brillando a través de su ventana sobre una bandeja de panes dulces, salmón ahumado frío, mantequilla, conservas y huevos cocidos. Hambrienta, pidió té y se dispuso a prepararse para el día con la ayuda de su doncella. Cuando llegó al salón, Lord y Lady Stapleton estaban repartiendo las reglas de la búsqueda del tesoro.

Holly divisó a Reynard y se acercó para colocarse a su lado.

—Qué amable de tu parte aparecer —murmuró él—. Temía tener que hacer la lista solo.

Holly se sonrojó.

—Ya estoy aquí. Buenos días, querido... —Se interrumpió. Con dos besos entre ellos, no debería haber ninguna incomodidad, pero se sentía más tímida que nunca. Peor aún, Reynard se estremeció ante el apelativo *querido*. No debería sentirse como un rechazo. Ella *había* sido demasiado atrevida. ¿Se había imaginado el afecto entre ellos ayer? ¿O el beso en la biblioteca? A juzgar por la forma en que fruncía el ceño, efectivamente lo había hecho. Cada vez que pensaba que habían dado un paso adelante juntos, él se retiraba de nuevo a su caparazón de desdén.

—Estamos buscando una perla en una ramita de muérdago —examinó la lista escrita a mano con caligrafía fluida.

La mirada de Holly se elevó hacia las ramas de muérdago que adornaban cada puerta y repisa de la casa.

—Podríamos estar en eso toda la mañana —de hecho, otros jugadores ya estaban de pie en sillas buscando entre las pequeñas bayas blancas una perla de imitación—. ¿Qué sigue en la lista?

—Se supone que debemos hacerlo en orden, ¿no? —protestó Reynard, aunque dejó que ella le arrebatara el papel de las manos.

—Tonterías. Es una búsqueda del tesoro. Tachamos cada objeto tan pronto como lo encontremos —Holly entrecerró los ojos para leer las letras—. Veamos, necesitamos una llave de bronce, un dedal de plata, una persona pelirroja, alguien que haya estado en Escocia, un...

—¡La encontré! ¡Todos, aquí está la Holly! —Amity aplaudió y dio una vuelta, con los ojos brillantes y bailando con picardía. Cerca de ella estaba Finlay, quien se rio.

—Cierto —se rio Holly. Cada año en Navidad, podía esperar al menos una broma sobre su nombre—. Tacha esa.

—¿Quieres decir que puedes simplemente andar por ahí encontrando cosas al azar? —preguntó Reynard como si estuviera asombrado.

—Por supuesto. ¿Nunca has jugado antes? —Holly se mordió la lengua—. Lo siento. Supongo que si nunca has hecho una búsqueda antes, las reglas no son inmediatamente obvias.

—¿Ni siquiera de niño? —preguntó Amity a Reynard con sorpresa.

—Dejen al hombre en paz, señoritas —intervino Finn—. La vida militar se trata de disciplina. ¿Es de extrañar que nuestro amigo esté perplejo por un juego sin restricciones? —Besó la sien de su esposa.

—Como si tú supieras algo sobre la vida militar —bromeó Amity.

Holly sintió celos. ¿Por qué no podía ser fácil para ella y Rey, como lo era para Amity y Finlay?

—Puedo hacer esto —declaró Reynard, arrebatando la lista y tachando firmemente con lápiz las palabras "Rama de acebo".

—Creo que Holly necesita hacer una reverencia, para que sea oficial —dijo Amity. Holly hizo un floreo con la muñeca y se inclinó por la cintura. Cuando se enderezó, la mirada de su prometido la atravesaba como dagas. Por el amor de Dios, ¿no podía decir o hacer nada bien?

—¡Listo! —exclamó finalmente. Tachó la palabra con alegría también—. Es una lástima que no hayas bajado antes, Holly. Lady Stapleton podría habernos asignado como pareja.

—Podríamos trabajar como un grupo de cuatro —ofreció Amity. Madera raspó en el fondo. Sus competidores habían abandonado su examen del follaje y se habían dirigido a otras partes de la gran casa.

—No, gracias —dijo Holly con brusquedad. Si iba a conocer a su voluble futuro esposo, necesitaban tiempo juntos. Tiempo para hablar y, con suerte, para más besos. La idea de que nunca hubiera tenido la oportunidad de participar en una búsqueda del tesoro de niño hizo que parte de su corazón se retorciera. Qué existencia tan sombría debió haber sido—. Los venceremos limpiamente, Sr. y Sra. Weston, o no me llamo Holly Mayweather.

Levantó la barbilla y se alejó con fingida ira. Finlay y Amity rieron, se tomaron de las manos y se dirigieron hacia las cocinas en busca de un recadero pelirrojo. Holly lo supo porque se volvió en la puerta para mirar por encima del hombro y lo presenció.

Reynard permaneció clavado en su lugar. Ella suspiró.

—Bueno, vamos entonces.

—¿Por qué no aceptaste su oferta de trabajar juntos? —preguntó Reynard.

—Porque la única persona con la que quiero trabajar eres tú, Rey —Holly giró sobre sus talones y se alejó antes de poder vislumbrar su reacción. Su corazón latía rápidamente como si hubiera bailado una giga, cuando todo lo que había hecho era hablar la verdad de su deseo. Sus pasos más pesados pronto la alcanzaron—. Mi doncella probablemente tiene un dedal de plata. Una llave de bronce es difícil, sin embargo. No tengo idea de qué están hechas las llaves, ¿tú sí?

—Holly.

El sonido de su nombre en sus labios la hizo detenerse en seco.

—¿Sí?

—No debería haberte contado eso sobre mi madre anoche.

—¿Por qué no? —exigió ella—. ¿Pensaste que nunca lo descubriría?

La frustración frunció sus cejas.

—No, no es eso.

—Mis padres insinuaron que tu familia no era de la típica nobleza —continuó ella, suavemente, después de mirar alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie que pudiera escucharlos—. No me importa.

—Holly. Te dejé pensar que mi crianza fue menos que ideal. Lo fue, en el sentido de que mi

madre estaba ausente trabajando la mayor parte del tiempo y mi padre no tenía interés en mí, pero mis abuelos eran personas cariñosas y devotas. No me faltó nada. He jugado búsquedas del tesoro antes, aunque no desde que era un muchacho. No recordaba que podías buscar las cosas fuera de orden. Eso es todo.

—Oh —chilló ella. Rey se había acercado mientras hablaba. Estaban solos en el salón. Él no la tocó. Habría sido mejor si lo hubiera hecho, pero en su lugar, se cernía sobre ella. Holly cerró los ojos imaginando las manos de él en su cintura, esta vez sin ropa. Un calor le oprimió el abdomen.

—No viniste a mi habitación anoche.

—Lo intenté, después de que mi hermana se durmiera —susurró ella—, pero te habías ido con los muchachos a la taberna del pueblo.

—¿En serio? —Cerró los ojos—. Fui un tonto. Ojalá te hubiera esperado.

Holly soltó un suspiro que había contenido inconscientemente y le sonrió con picardía.

—Yo también. Esto es una fiesta en casa. Sin duda encontraremos otra oportunidad. Suelen ser notorias por sus reglas relajadas, incluso en familias respetables como los Stapleton. —Sus mejillas ardían—. Ahora, vamos a buscar una liga azul.

—Sí. Claro. Por supuesto. —Reynard ya estaba en marcha. Ella tuvo que trotar para alcanzarlo—. Pero, ¿dónde?

—¿Estás huyendo de mí? —exigió ella, jadeando para mantener el paso.

—De ninguna manera. Aunque debo señalar que la retirada es una forma perfectamente honorable de sobrevivir a una batalla y ganar la guerra.

—No estamos en guerra, Rey. Deja de fingir que lo estamos. —Esto lo hizo detenerse en seco.

—Cierto. Somos socios en esta loca aventura. —Miró con fastidio la lista de objetos por encontrar—. ¿No llevas puestas ligas azules, por casualidad?

Holly levantó un puñado de su falda y sacó una pierna, sonriendo. Rey se cubrió la cara con la palma de la mano.

—Esto no ayuda.

—Como ves, ligas sencillas —confirmó ella—. Nada bonito. Sin embargo, conozco cierto retrato atrevido de una antigua Lady Stapleton en el que las ligas azules son un elemento destacado.

—No puedo creer que hayas hecho eso en medio de la casa de los Stapleton —gruñó Rey.

Holly chasqueó la lengua.

—¿Qué dije sobre las reglas relajadas? Ahora, vamos, ¿dónde está tu espíritu competitivo? ¡Ganemos esto!



La cabeza aturdida por la cerveza no le facilitaba a Rey seguir los rápidos cambios de opinión de Holly. Ella lo guió más allá de la sala de música, donde otras dos parejas buscaban entre los instrumentos.

Entre risitas, le tomó la mano y lo llevó por otra esquina.

—No puedo imaginar qué pensaban encontrar dentro de una trompa —resopló.

Él tampoco.

—¿Dormir hasta tarde todas las mañanas es tu forma de lidiar con trasnochar cada noche? —preguntó.

—Hay que dormir en algún momento —sonrió ella con picardía, provocando que los pensamientos de Rey tomaran un giro lascivo. Lo único que quería hacer hasta tarde era separar los dulces y pálidos muslos de Holly. Su travieso destello de ligas había despertado impuros deseos masculinos. Distraído, apenas notó el desfile de lúgubres retratos que adornaban el pasillo de los Stapleton hasta que Holly lo arrastró a un nicho—. Aquí está. ¿Las ves?

—¿Qué es esto? —preguntó él, horrorizado ante el absoluto ridículo del retrato. En el centro había una mujer claramente desnuda, artísticamente cubierta con un vaporoso vestido blanco, un cinturón azul y una cinta a juego atada alrededor del muslo.

—Esta deliciosa creación muestra al anterior Lord y Lady Stapleton vestidos como Oberón y Titania de *El sueño de una noche de verano*.

Se inclinó para examinar la placa fijada al marco.

—"La boda de Oberón y Titania" —leyó Rey—. ¿Qué demonios es esta monstruosidad?

—Hace un par de generaciones, Lord Stapleton se enamoró de una actriz. Titania era su papel más famoso. Encargó esto después de que su primera Lady Stapleton falleciera y se casara con su actriz. —Holly no pudo ocultar la diversión en su voz—. Es atroz, ¿verdad?

—El peor cuadro que he visto jamás.

—Mis padrinos probablemente lo han olvidado por completo —rio Holly—. No puedo esperar a ver sus caras cuando les digamos dónde encontramos la liga azul. Anótalo, y sé específico.

Rey sacó el lápiz y la lista de la búsqueda del tesoro de su bolsillo y obedeció.

—¿Has leído la obra? —preguntó distraídamente mientras garabateaba.

—Es una de mis favoritas. Especialmente la línea "Aunque sea pequeña, es fiera". Solía correr gritándosela a mis hermanos cuando me molestaban. Me la sabía de memoria a los diez años.

—¿La obra entera?

—Cada línea, de memoria —confirmó, saltando impacientemente.

—Pensé que no te gustaban los libros. —Terminada su tarea, Rey guardó el lápiz y la lista y se volvió hacia su misteriosa y exasperante esposa.

—¿Por qué no? —preguntó ella, desconcertada.

—Cuando estuvimos en la biblioteca, no parecías impresionada por todos los libros. Es la mejor colección que he visto jamás. —Incluso para sus propios oídos, la respuesta de Rey sonaba presuntuosa.

—Ya la había visto antes —dijo Holly con reproche. Sus enérgicos saltos cesaron—. Además, en ese momento estaba más interesada en ti que en releer un libro, por muy querido que fuera.

—¿Te... gusta la historia? —Rey no podía asimilar la idea de que Holly tuviera sus propios intereses. Para su creciente consternación, ella asintió.

—Oh, sí. Shakespeare es mi autor favorito. Me encantan especialmente sus sonetos. Nunca he escuchado palabras tan poéticas como las suyas en todo el idioma inglés. *No admito impedimentos al enlace de almas fieles; no es amor el amor que cambia cuando un cambio encuentra, o que se adapta con el distanciamiento a distanciarse.* Ni en francés, pensándolo bien. Generalmente me inclino por la poesía francesa. ¿Te gusta leer?

Le gustaban los libros. Leía francés. ¿Cómo había descuidado aprender estos hechos rudimentarios sobre ella? Rey negó con la cabeza.

—¿No? Qué lástima. Bueno, encontraremos otros entretenimientos para disfrutar juntos. Música, tal vez. ¡Vamos, aún nos queda la mitad de la lista por encontrar. Sigamos buscando!

Antes de que pudiera encontrar las palabras para explicarse, Rey se vio arrastrado por su pequeña, poderosa y siempre sorprendente prometida. No ganaron la búsqueda del tesoro. Frustrados por la llave de bronce, él y Holly se reunieron con sus amigos y no se sorprendieron al descubrir que el premio había ido a parar a otra pareja. La decepción de Holly por perder se vio atenuada cuando anunció dónde habían encontrado la liga azul. Toda la sala estalló en carcajadas. Incluso Rey sonrió ante la leve vergüenza de los Stapleton cuando les recordaron el mal gusto de su antepasado.

—Me gusta leer, ¿sabes? —soltó cuando el resto de la fiesta se había dispersado—. ¿Por qué crees que pregunté si habías visto la biblioteca? —Se dio cuenta de que ella no había sido del todo honesta con él.

—¿Porque es privada y conveniente para besarse? —sonrió ella con picardía—. Lo cual espero que hagas más después de que nos casemos dentro de dos días.

El calor le abrasó las puntas de las orejas. No se lo había imaginado. A Holly le había gustado besarlo. Casi fue suficiente para hacerle olvidar lo fácilmente que ella estiraba la verdad cuando le convenía... pero no del todo.

Ocho

EL SEGUNDO DÍA de bodas de Reynard amaneció nublado. Intentó no tomarlo como un presagio.

Su ayuda de cámara lo ayudó a ponerse un chaleco color ante apagado con bordados dorados y una chaqueta verde París. Reynard lo odió a primera vista.

—No. La azul marino.

—Señor, si me permite, el verde esmeralda honra la temporada festiva...

—La *azul marino* —insistió.

Su sirviente ofendido hizo un mohín.

—Al menos permítame recomendarle el verde botella como un guiño a las fiestas.

—Has cumplido con tu deber al aconsejarme sobre mis elecciones de vestuario. La azul marino es suficiente. —Era cómoda, aunque no festiva. Familiar. Holly la odiaría.

—No importa. La verde botella, entonces. —El alivio de su ayuda de cámara era palpable. ¿Por qué necesitaba un hombre tanta ropa? Suntuosas corbatas de seda o lino. Ropa interior de lino irlandés. Lana superfina y cosas ridículas llamadas zapatos de ópera. ¿Qué tenía de malo un buen par de botas de cuero de Córdoba? Le habían servido bien en sus años luchando contra Napoleón.

La verde botella, varios tonos más oscura y azulada que el venenoso verde esmeralda, representaba un compromiso decente entre la severidad del azul marino y la exuberancia del verde París más brillante. Se convirtió en una representación de último momento de sus esperanzas para su unión. Compromiso mutuo. Un gesto de buena voluntad. Pero, ¿entendería Holly su mensaje?

Reynard exhaló un suspiro profundo. Por supuesto que no. Ella no estaba en la habitación, y era una prenda de vestir, no una nota de amor. Para ser un héroe de guerra conocido por su pensamiento estratégico, se volvía terriblemente confuso alrededor de Holly Mayweather.

—Si debemos hacer un guiño a la temporada, ¿por qué no mi uniforme del regimiento?

Los delgados labios de su ayuda de cámara desaparecieron en una línea plana de desaprobación.

—Si así lo desea, señor.

—¿Acaso el rojo con adornos dorados no es festivo? —preguntó Rey.

—Mucho, sin duda.

No había forma de complacer al hombre, así que decidió dejar de intentarlo. Rápidamente fue vestido con su elegancia militar. Era como volver a una vieja piel. Por primera vez desde su llegada, la confianza de Reynard regresó. Su columna se enderezó y sus hombros se relajaron. En el vestíbulo de la capilla privada de los Stapleton encontró a Finlay y Amity Weston, los Stapleton y los Mayweather. El señor y la señora Mayweather observaban mientras un trío de

cuerdas tocaba una breve melodía. Tragó saliva y tomó su lugar frente al vicario. La última vez que habían estado frente a este vicario serio y poco sonriente, Reynard había estado a punto de detener la ceremonia. Eso había requerido considerable fortaleza de espíritu.

¿Por qué esta mañana no se sentía diferente?

Debería, pero curiosamente se sentía más nervioso ahora. Esperando las palabras que lo unirían a la traviesa ninfa de por vida, una extraña sensación de esperanza se hinchó y se acumuló en su pecho. En unos minutos, el vicario pronunciaría la bendición que le daría acceso al delicioso cuerpo de Holly. Reynard tragó saliva. Más que cualquier refinamiento social, conexiones o dote que ella aportara a su unión, él la quería a *ella*.

Su humor. Su ligereza. Todo.

Los músicos cambiaron de canción, y pronto la forma velada de Holly apareció a la vista. Él le colocó la mano enguantada en su codo. El vicario continuó con su monótono discurso, palabras que deberían estar grabadas en su cerebro pero que pasaban sobre él sin significado. Porque Reynard sabía que a pesar de la semana pasada de besos robados, veinte preguntas y búsquedas del tesoro juguetonas, no había cortejado a su futura esposa como ella quería. Ciertamente, no se había ganado su mano en matrimonio.

—¿Acepta usted a la señorita Holly Mayweather como su legítima esposa?

—Sí —respondió Reynard, sorprendido por su propia calma.

—¿Acepta usted, señorita Holly Mayweather, a este hombre...?

—Aún no.

Se escuchó un gemido desde algún lugar detrás de ellos. El vicario parpadeó.

—¿Cómo dice?

Holly retiró su mano del codo de él y luchó por levantar el velo.

—El señor Sharp y yo no hemos terminado de cortejarnos —soltó en el momento en que su rostro quedó libre del encaje y la red. Un intenso rubor se extendió por sus mejillas.

El vicario los miró como un pastor miraría a un par de corderos descarriados alejándose de su rebaño; es decir, estaba a diez segundos de engancharlos por el cuello.

—¿Una semana no fue suficiente para que el señor Sharp ganara sus afectos, señorita Mayweather?

Su tono severo ponía en duda la hombría de Reynard y al mismo tiempo insinuaba que Holly era demasiado exigente. El rubor de Holly se intensificó.

—No es eso, señor. Necesitamos unos días más para... —Se interrumpió y le lanzó una mirada suplicante.

Por mucho que le disgustara hacerlo, Reynard sabía lo que tenía que hacer.

—Entendemos la importancia de este compromiso y lo estamos abordando con la mayor seriedad —dijo.

—¿Hay alguna razón específica para el retraso? —preguntó el vicario con sospecha.

—Sí —dijo Holly, al mismo tiempo que Reynard decía—: No.

Se miraron el uno al otro. Encontró reproche en la mirada de su novia.

—Rey, no puedo casarme con alguien que está tan decidido a creer lo peor de mí. No me he ganado tu confianza y, para ser honesta, tú tampoco te has ganado la mía.

Sus ojos azules lo taladraron. Era cierto. Lo había sabido en el fondo que esta no era la mañana, sin embargo, había seguido adelante de todos modos.

—¿Qué he hecho mal, Holly?

—Me niego a casarme en medio de sospechas y dudas. He intentado, lo mejor que he podido, controlar mi lengua y aun así siento que tu primer instinto es creer lo peor de mí. Por ejemplo,

pensar que no me gustaban los libros.

—Yo... —Rey tragó con dificultad—. No eres tú, Holly. Estoy entrenado para no confiar fácilmente en nadie. No puedo simplemente dejarlo de lado porque tú me lo digas.

—Pero si no puedes confiar en mí, ¿por qué querrías casarte conmigo?

Porque pensé que podría soportar un matrimonio sin amor, incluso infiel. Pero eso fue antes de conocerte. Afortunadamente, su mandíbula estaba demasiado tensa para permitirle pronunciar las palabras en voz alta.

—Tienes razón. —Tragó con dificultad—. Durante la semana pasada, hemos llegado a conocernos, pero aún no a entendernos y confiar. Estoy de acuerdo con la evaluación de Holly. Necesitamos más tiempo.

Sobre todo, necesitaba encontrar una manera de mantenerla a su lado para siempre. Todo lo que había creído sobre el tipo de matrimonio que podrían tener se había ido por la ventana en el lapso de unos pocos días. Rey necesitaba una nueva estrategia para reafirmar su control sobre su rebelde esposa. Especialmente ahora que sabía cuánto podía herirlo con una traición.

—Muy bien —suspiró el vicario con aire pensativo—. Les concederé una última prórroga. Deben hacer uso de la licencia especial antes de que expire el 5 de enero. De lo contrario, tendrán que solicitar una nueva licencia matrimonial. ¿Lo entienden?

—Sí, señor —respondieron Reynard y Holly al unísono. Por fin estaban de acuerdo en algo.

Los Mayweather regañaron y reprendieron a su hija durante todo el corto trayecto de vuelta por el pasillo. Aturdido por la breve e interrumpida ceremonia, Reynard permaneció clavado en su sitio, perdido en sus pensamientos.

¿Cómo había permitido que ella creyera que dudaba de ella?

Porque *había* dudado de ella, al menos al principio. Y nunca había hecho mucho por corregir sus percepciones, aunque su opinión sobre ella *había* cambiado considerablemente durante la última semana.

—Mala suerte, muchacho —dijo Finlay, dándole una palmada en el brazo. Amity se había ido con su tía y su prima, presumiblemente para tratar de suavizar las cosas—. Supongo que quería vengarse de ti por dejarla plantada en el altar hace una semana. Lo justo es justo, después de todo.

—Ella no es así —protestó Reynard, pero su amigo se burló. Se alejaron de la capilla y regresaron hacia el castillo principal.

—Por supuesto que lo es —dijo Finlay—. Afortunadamente para nosotros, sus artimañas se ven venir desde lejos. Un estratega como tú debería poder burlarla la próxima vez —se rio.

—No la conoces —declaró Rey con una vehemencia que los sorprendió a ambos—. No tan bien como crees.

—Oh, ¿y tú la has descifrado después de unos días juntos?

Rey se detuvo en seco. —¿Sabes qué, Finn? Me alegro de que no te casaras con Holly. Ustedes dos juntos habrían sido una catástrofe.

—Somos dos —declaró su amigo—. No habría soportado su constante necesidad de atención. Voluble, superficial e infiel, ¿quién la necesita?

—Si Holly es tan infiel, ¿por qué esperó dos años a un hombre que nunca tuvo intención de casarse con ella? —exigió Rey—. Y además, ¿por qué sugerirías que me case con una mujer así? Después de todo, fueron tú y Amity quienes ayudaron a concertar nuestro enlace.

—¿Pickford? Bueno, si ella estaba dispuesta a tolerar sus amantes masculinos a cambio de un título, difícilmente veo cómo eso prueba tu punto... —balbuceó Finn antes de que Rey lo interrumpiera a mitad de la frase.

—Ella no lo sabía. Todos asumieron que Holly iba tras el título de Pickford, pero ¿alguien se molestó en susurrarle una advertencia? No. Durante tres meses enteros mientras ustedes disfrutaban juntos de la temporada, ni siquiera el marido de su propia prima fue capaz de advertirle del peligro que corría su reputación.

Finlay agachó la cabeza.

—Holly lee poesía e historias. Le gusta bailar, habla francés y toca el piano admirablemente. Es inteligente y encantadora, y si encuentra Londres más estimulante que el ritmo más lento de la vida en el campo, eso es señal de una inteligencia vivaz y una curiosidad aguda, no un motivo de censura. —Reynard había recuperado el equilibrio y, con él, se calmó su temperamento. ¿Por qué no había recordado antes que una estrategia solo es tan buena como las percepciones que se tienen sobre las motivaciones del lado opuesto?

—Bueno, Sharp, parece que tienes a Holly completamente descifrada. —Finlay retrocedió, se dio media vuelta e hizo ademán de hablar—. Quiero que sepas que no siento más que afecto por la prima de mi esposa. Les deseo mucha felicidad. Si es que su unión llega a concretarse, claro.

Su amigo se dio la vuelta y se alejó rápidamente antes de que Reynard pudiera responder. Dejándolo solo para reflexionar sobre la pregunta obvia.

¿Y si se equivocaba respecto a Holly?

~

—No soy voluble. —Holly sintió que su labio inferior sobresalía ligeramente y se esforzó por contener un puchero habitual.

—No dije que lo fueras. —Amity se había acomodado en el asiento de la ventana de la sala de estar, que daba al paisaje cubierto de nieve, con las rodillas dobladas debajo de ella. Afuera, los niños se lanzaban bolas de nieve y construían muñecos de nieve deformes con rollos de nieve y palos.

—Pero lo insinuaste —dijo Holly con un toque de acusación. Su prima desvió la mirada. Un mechón de cabello oscuro le rozó la frente a Amity. Cuando volvió a mirar hacia arriba, había culpa en sus ojos—. Amity, nunca me he sentido más segura de nada en mi vida. Quiero que Reynard Sharp sea mi esposo.

—¿Lo amas? —preguntó Amity pensativa.

Esta vez fue Holly quien se dio la vuelta. Había recorrido el mismo camino que sus pies habían transitado durante el último cuarto de hora. —Sí —dijo después de otra pasada junto al sillón tapizado en chintz *Bois de Citron*—. Lo amo.

Eso creo... al menos, espero que sea eso lo que siento. La expectación nerviosa, como si sus nervios estuvieran tensados con campanas, todas sonando disonantes cada vez que Rey entraba en una habitación. La forma en que su ceño fruncido se suavizaba cuando ella lo sacaba de su seriedad para arrancarle una risa reluctante la iluminaba por dentro. No había sabido que había tanta soledad oscura y vacía en su corazón antes de la semana pasada. Cuando Rey había comenzado a llenarla desafiándola de maneras en que nadie más se había molestado en hacerlo. Además, solo pensar en sus besos le acaloraba las mejillas. Lord Pickford nunca la había hecho sentir así.

—Entonces, ¿por qué, por qué, *por qué* lo rechazaste esta mañana? —Amity casi gritó. Arrugó su falda de muselina blanca y crujiente—. Podrías haber estado encerrada en la dicha conyugal en este mismo momento.

Holly se quedó helada. Amity nunca alzaba la voz. Quizás su plan para seducir a su marido

no era tan inteligente como le había parecido anoche, cuando había pasado horas despierta en la cama, planeándolo. —Porque si nos hubiéramos casado esta mañana, él no me respetaría.

Amity gimió y hundió el rostro en una palma. —Holly Mayweather, no comprendo nada de lo que estás diciendo.

—Déjame explicarte.

—Por favor, adelante. Tenemos al menos una hora antes del té.

—¿Debería llamar para que nos lo traigan aquí, en la sala de estar? —preguntó Holly.

Amity fue hacia el cordón de la campanilla. —Parece que esto podría llevar un tiempo.

Se acurrucaron juntas en el estrecho asiento de la ventana. —Escúchame, Amity.

—Te escucho.

—Reynard Sharp, siendo un militar, naturalmente prefiere el orden y las instrucciones claras.

—Sí, ¿y? —la instó Amity.

Holly se colocó nerviosamente un rizo detrás de la oreja antes de continuar. —Si no le demuestro que no puede darme órdenes como si fuera uno de los soldados de Wellington antes de que nos casemos, perderé toda influencia para hacer que me vea como una compañera en igualdad de condiciones después de que pronunciemos nuestros votos.

Amity la miró con seriedad. —¿No confías en él?

—Con mi vida. Pero seguramente ya sabes que en un matrimonio hay muchos compromisos que hacer. No puedo ser feliz con ningún hombre que crea que puede obligarme a comportarme de cierta manera. Quiero ser su esposa y quiero hacerlo feliz, pero no puedo renunciar a todas las alegrías de la vida para lograrlo. Necesito que me demuestre que puede encontrarse conmigo a mitad de camino.

—¿Qué pasa si no puede o no quiere? —preguntó Amity en voz baja.

—Entonces... entonces tendré que resignarme a la soltería —respondió Holly—. Al menos no me convertiré en mi madre. —La última parte salió en un murmullo. Sin embargo, Amity claramente poseía un oído agudo.

—¿Qué quieres decir con eso de convertirte en tu madre?

Holly saltó del asiento. —Oh, mira, el té. —Pasaron unos minutos sirviendo el té y se alejaron de la ventana hacia el sofá con una pequeña mesa cargada con una tetera, pequeños sándwiches y diminutas tartas—. Quiero lo que tú y Finlay tienen, Amity. ¿Es mucho pedir?

—¿Qué quisiste decir con ese comentario sobre tu madre? —insistió su prima, mirándola con severidad.

Holly suspiró. —Mi madre tenía tantos intereses antes de casarse. Sé que ella y mi padre se adoran mutuamente, y ella no cambiaría nada de su vida si tuviera la opción, pero ¿no has notado cómo trama para arreglar las vidas de las personas en matrimonio?

—Bueno, sí, lo había notado —dijo Amity con ironía. Frunció los labios para soplar su té caliente—. Habiendo sido objeto de sus desacertados intentos de casamentera.

—Mi madre era un poco intelectual antes de casarse con mi padre. Él le ordenó que abandonara su amor por los libros y se volviera más... más... —Holly tragó saliva—. Social. No más discusiones de filosofía, ni debates. Solo fiestas y bailes, que, casualmente, mi madre también adora. Pero ha canalizado toda esa energía en replicar su felicidad para otros. Me niego a dejar que eso me suceda.

Amity la miró con seriedad. —Holly. Tú nunca podrías ser como tu madre. Tienes generosidad y tacto, incluso cuando eliges no aplicarlos a una situación determinada.

Holly ignoró el cumplido a medias. Amity ciertamente se había vuelto mucho más directa desde que se casó con Finn. —El punto es que no puedo adaptarme a tardes interminables de

costura y marchitarme en el campo. Si Rey no puede aceptar pasar parte del año en la ciudad, entonces no puedo convertirme en su esposa. Es mejor saberlo ahora que dentro de diez años, cuando no haya esperanza de cambio.

Holly era optimista de corazón, pero también era pragmática. Pasar unas semanas en el campo siempre la dejaba irritada por la monotonía del paisaje y la compañía. Aunque, pensándolo bien, no había experimentado esa sensación claustrofóbica desde la llegada de más invitados a la casa de los Stapleton. No era terrible estar encerrada en el campo siempre y cuando no significara estar sola con su madre y su padre tratando de encajar a los hermanos Mayweather —o a sus amigos— en parejas inapropiadas. Era la falta de escape lo que aborrecía.

—Supongo que debería decirte ahora que Finlay y yo hemos acordado pasar la temporada en Londres nuevamente esta primavera. Si tu matrimonio con el señor Sharp no llega a realizarse, podrías unirte a nosotros. Nadie pestañearía si mi prima se queda con nosotros, incluso si hay un susurro de escándalo... —La boca de Amity se cerró horrorizada—. No creo que exista la más mínima posibilidad de que esto resulte en un compromiso roto, por supuesto.

—Pero la hay. —Holly tragó saliva—. Sabes que la hay. Aprecio tu oferta, pero tú y Finn merecen explorar por su cuenta. No me apetece ser la tercera en discordia otra vez. Además, no será necesario, porque tengo la intención de seducir a mi marido para que quiera hacerme feliz.

—¿Ah, sí? —Amity arqueó una ceja, en complicidad—. ¿Cómo piensas lograr eso?

Nueve

ESTAR sin amigos en una fiesta en una casa de campo no era una situación que Reynard disfrutara mucho.

Amity había estado enclaustrada con su prima toda la tarde de ayer. Finlay le había lanzado una mirada glacial antes de salir solo a caballo para la cacería de zorros de la mañana. Reynard había seguido al grupo durante una milla o dos, luego dio la vuelta y dejó que su caballo deambulara de regreso al establo. Había intentado ir a la biblioteca, pero Holly no se encontraba por ninguna parte hasta la cena, cuando le lanzó miradas traviesas desde el otro lado de la mesa llena de gente. Mujer enloquecedora. ¿Cómo iba a seducir a su esposa cuando ella no estaba disponible?

Después de la cacería de zorros, se sirvió un abundante desayuno tardío [CHECK ME]. Reynard agarró un panecillo y escapó antes de que el grupo principal llegara del establo y se topó con un grupo de damas que descansaban en la sala de estar.

—Mi futuro yerno —exclamó la señora Mayweather—. Es decir, si mi hija alguna vez entra en razón —Su cabello rubio estaba apilado en la corona de su cabeza. Mechones caían elegantemente alrededor de sus orejas. Su vestido era de un suave marrón rojizo que su ayuda de cámara sin duda describiría con algún nombre botánico fantástico como *alazán* o *amapola*. Un chal contrastante en verde Pomona le cubría los hombros.

Una mujer de proporciones cómodas que ocupaba el sofá cercano chasqueó la lengua con simpatía.

—Desee tener hijos varones, señora Weston. Desee tener hijos varones.

—Las niñas no son más que problemas. Son caras de criar y casar, y todas ellas son obstinadas —añadió una tercera mujer. Reynard miró con horror a su futura suegra.

—¿Acaso ustedes no fueron niñas alguna vez? —preguntó. La temperatura en la habitación bajó instantáneamente varios grados. Amity estaba acurrucada en una silla con un libro abierto en su regazo. Aparentemente, se había metido en una discusión exclusiva de mujeres casadas.

—Sí, y yo era el epítome de los problemas —respondió la señora Mayweather después de un momento de silencio atónito. Cuando se rio, había un tono cortante en su tintineo practicado—. Me encantaban los libros y la poesía y las largas discusiones sobre ideas completamente escandalosas sobre la libertad de las mujeres. ¿Puedes imaginarlo siquiera? —Volvió a reír con una fragilidad que desmentía sus palabras—. Qué tonta era.

—A mí me encantaba bailar —añadió la mujer corpulenta con un suspiro nostálgico—. Pero a mi marido no le gusta.

—Podría haber bailado con otros compañeros —señaló Reynard.

—Sí, pero a él tampoco le gustaba eso —respondió tristemente, y alcanzó otra galleta—. Un

poco celoso. No es que me importe.

—Yo no he cambiado por mi marido —intervino Amity, un poco tímidamente.

—Eso es lo que tú crees —replicó la señora Mayweather—. Todas cambiamos por nuestros maridos, y es para mejor. Seré una mujer feliz el día que todos mis hijos estén casados y a salvo —Con el ceño fruncido, añadió—: Especialmente Holly.

Amity le lanzó una mirada suplicante. Reynard entendió al instante.

—Hablando de ella. ¿Tienen alguna idea de dónde podría encontrar a mi amada prometida?

Las mujeres dejaron escapar un suspiro colectivo como si la mera idea de que un hombre buscara la compañía de su futura esposa fuera lo más romántico que hubieran escuchado jamás.

—Pues sí, yo te llevaré con ella —Amity salió de su silla y estuvo a su lado en un instante. Él le ofreció su brazo y ella lo tomó. En cuanto estuvieron fuera del alcance del oído, la señora Weston se inclinó para susurrar—: Apenas podía soportar su compañía ni un instante más. Gracias por proporcionarme una excusa para irme, señor Sharp.

—Tiene un precio —señaló él—. Necesito saber dónde se ha estado escondiendo Holly desde nuestro segundo intento de matrimonio ayer.

Amity dio un pequeño salto. La diversión animó sus facciones discretamente bonitas.

—Oh, ella ha estado preparándose.

—¿Preparándose para qué?

—Para ti —respondió Amity, sin ser de mucha ayuda—. Ven. Te lo mostraré.

Amity lo guió pasando habitación tras habitación llenas de gente jugando a las charadas o al whist, tomando un brandy y un puro o entreteniéndose de otras maneras. La guía de Reynard empujó una pesada puerta de madera que parecía haber sido fabricada cientos de años atrás. Tuvo que agacharse para pasar por ella.

—¿Adónde me llevas? —preguntó.

—Ya verás —Amity cogió una linterna de cristal de un gancho en la pared y comenzó a subir una escalera de caracol aparentemente interminable. Si hubiera sido una pulgada más alto, Reynard se habría golpeado la cabeza contra el techo. Subieron las escaleras al unísono. Las suelas de cuero raspaban contra la vieja piedra. Se habían formado surcos donde miles de pasos habían pasado antes que ellos. El aire frío y húmedo se pegaba a su piel. A pesar de esto, sudaba ligeramente bajo su chaqueta, verde botella esta noche, a instancias de su ayuda de cámara. Aunque no podían haber pasado más que unos minutos, parecía que había transcurrido una eternidad antes de que la esposa de su amigo se detuviera en un pequeño rellano. Señaló otra vieja puerta de madera con bisagras negras. La luz de las velas parpadeaba desde el interior—. Adelante. Ella te está esperando.

Amity le dio una pequeña sonrisa cómplice, se giró y bajó por la estrecha escalera.

Las bisagras crujieron cuando empujó la puerta para abrirla. Todo su cuerpo estaba en máxima alerta. Esto se parecía demasiado a un intento de asesinato. Pero ¿quién intentaría algo así? La guerra había terminado. Un ataque sería inútil. Además, esto era...

Holly. El cuerpo de Reynard se tensó al verla. ¿Se había quedado aturdido y sin palabras por su belleza a primera vista? Sí. Esto era mucho peor. Su novia estaba reclinada en un diván lleno de mullidos cojines y cubierto con una colcha de brocado rojo. Gruesas velas bajo cristal estaban en el suelo, calentando el pequeño espacio y bañándolo con una luz teñida de rojo. Ella enroscaba un rizo rubio alrededor de su dedo.

—Reynard —ronroneó. Él se atragantó. Boca abajo en la cama junto a ella había un libro. El lomo dorado decía *Shakespeare: Sonetos de Amor y Devoción. Una Colección*. Si Reynard tenía alguna duda persistente sobre su interés en la poesía, el libro la disipó—. Te he estado esperando.

—Ya veo —logró croar con los labios secos. Un fino camisón se deslizaba sobre su cuerpo desnudo. La luz parpadeante de las velas lo hacía casi transparente. El contorno de sus pequeños pezones rosados se marcaba en la tela. Puede que se le escapara un pequeño gemido. Olvídate de espías, armas y ejércitos: una sola mujer lo había puesto de rodillas.

—Ha sido difícil encontrar tiempo juntos sin que la gente nos observe. Hice arreglos para pedir prestada esta torre por la noche —explicó Holly. Sus pies estaban envueltos en delicadas zapatillas blancas con suelas de cuero suave. Perfectas para escabullirse por la casa en silencio —. La misma Lady Stapleton la usaba como sala de prácticas. La decoración orientalista es elección suya. Es hortera, ¿verdad? —Se estremeció, ya fuera por disgusto ante la decoración, por el frío o por miedo a las consecuencias si los descubrían, no podía decirlo. Si se casaban, a nadie le importaría mucho. Las parejas a menudo se anticipaban a sus votos matrimoniales. Pero si los descubrían y no lograban casarse antes de la Duodécima Noche, Holly estaría bien y verdaderamente arruinada. No era de extrañar que su voz temblara.

—Señorita Mayweather, tu estrategia de seducción impresionaría al mismísimo Wellington —la halagó Reynard. Su expresión se iluminó. Su ansiedad se alivió al instante. Tal vez los instintos de Holly estaban en lo cierto. Todo lo que necesitaban era un poco de tiempo sin interrupciones para conocerse mejor. Íntimamente, incluso. Una liberación física de la tensión latente entre ellos ayudaría enormemente. Su abdomen se tensó con anticipación. Se dejó caer en una esquina del diván. Holly se incorporó, con las piernas dobladas debajo de ella, sus bonitos pies desapareciendo bajo el dobladillo de su vestido blanco—. Holly. Permíteme ser franco contigo.

—Lo prefiero vastamente a la simulación.

Reynard le apartó el cabello del rostro y luego le acunó la barbilla.

—Yo también. Dime por qué me rechazaste, amor.

Ella se estremeció. Su delicado temblor recorrió la palma de él. Amor sería su apodo, entonces. Quizás, con el tiempo, ella le otorgaría uno a él. Rey decidió que le gustaría eso, inmensamente.

Después de que la punta de su lengua recorriera su labio inferior, Holly dijo:

—No puedo casarme contigo si esperas obediencia. Lealtad, afecto, fidelidad, todo esto lo pondré a tus pies. Todo lo que pido a cambio es... —se interrumpió. Después de una profunda inhalación continuó—: No me trates como a uno de tus soldados. No soy tuya para que me des órdenes, ni siquiera como esposa.

Reynard había bajado la mano y ahora se apoyaba sobre sus palmas.

—¿He hecho eso, amor?

Su valentía se suavizó.

—Sí. He sentido como si hubieras estado tratando de cambiar quién soy. Pensé que me odiabas a primera vista. Pero ahora me he dado cuenta de que estábamos encerrados en una danza de voluntades. O tú estás dando órdenes, o me estás siguiendo como si yo lo hiciera. Nunca olvidaré ese profundo ceño fruncido. O la forma en que apenas podías mirarme. Eras tan severo. Nunca reías, nunca eras ligero. Mientras que yo nací para hablar solo de alegría y nada más.

—Shakespeare. Beatriz —Reynard reconoció su referencia.

—Ella es mi personaje favorito de la literatura. Quería disfrazarme de Beatriz para la mascarada, pero madre pensó que nadie reconocería mi disfraz —Holly subió las rodillas dentro de su camisón y apoyó la barbilla encima—. Me gusta cuando me llamas "amor".

—Me aseguraré de hacerlo todos los días. Ya que estamos hablando con el corazón esta

noche... —Hizo una pausa—. La primera vez que te vi, Holly, pensé que mi fortuna era demasiado buena para ser verdad. Tu belleza me cegó y me dejó sin palabras.

—Eso es lo más tonto que he oído jamás —respondió Holly, sonrojándose intensamente como si ningún hombre le hubiera hecho un cumplido antes. Reynard sintió que la comisura de su boca se elevaba en una sonrisa torcida.

—No, es cierto, amor —adoraba la forma en que sus ojos azules lo miraban cada vez que lo decía, mitad sospechosa, mitad anhelante—. Estaba convencido de que ninguna mujer tan hermosa como tú estaría dispuesta a casarse con un perfecto desconocido sin ningún conocimiento previo a menos que estuviera ocultando algo. Estaba decidido a descubrir tus secretos más oscuros.

Holly se rió.

—No tengo ninguno. Bueno, ninguno que no hayas oído ya.

—Ahora te creo —dijo Reynard, recostándose sobre el montón de cojines—. Pero en ese momento, era escéptico. Uno no pasa más de una década al servicio de la Corona ideando formas de burlar a los ejércitos de Napoleón con información limitada, sin desarrollar cierto grado de desconfianza.

—Pero apenas me habías conocido. ¿Cómo podías desconfiar de mí? —preguntó Holly.

Para una mujer con reputación de sofisticada en la ciudad, era tan inocente.

—Fue instinto. Equivocado, pero no debido en absoluto a tus acciones. Verás, amor, nací de una criada en la casa de un conde y del hijo del hombre. Del lado equivocado de la manta, como dicen. Un bastardo.

—Lo sé, me lo has contado antes.

—Paciencia, querida —¿Cómo hablar con el corazón cuando había pasado tanto tiempo silenciándolo?—. Gente como tu familia y tus amigos a menudo me han despreciado por las circunstancias de mi nacimiento. Me han aconsejado que espere el aviso de recibir el título de caballero y una propiedad que lo acompaña. Está en malas condiciones. Requerirá mucho trabajo para hacerla habitable. La tierra proporciona ingresos por rentas, pero la cantidad es menor de lo que se necesitará para mejorar la casa principal. Necesitaba una esposa con una dote lo suficientemente grande como para llenar el vacío. Me había resignado a un matrimonio de compañerismo con una mujer que esperaba fuera lo suficientemente tolerable. No creí los informes de los Weston sobre tu belleza. Imagina mi sorpresa el día que nos conocimos. Nunca me había quedado tan sin palabras en mi vida. Verás, las cosas buenas no me suceden. Siempre hay una mosca en la sopa, un gusano en la manzana o una mancha en el regalo.

—Como recibir una casa destartalada en un pedazo de tierra como supuesta recompensa por tu servicio a la corona —declaró Holly indignada.

—Exactamente. Así que tu reputación dañada, la acepté como parte del trato. Además, esperaba una esposa de rasgos comunes con un temperamento hosco.

—Bueno, ciertamente tengo una lengua afilada —Holly se rió un poco tristemente.

—Que usas para hacer reír a la gente. Nunca imaginé que podría tener una esposa encantadora, ingeniosa e inteligente para hacerme compañía en mi vejez. No tenía la menor idea de qué pensar de ti al principio. Estaba decidido a creer todas las cosas malas sobre ti, reales o imaginarias —Tragó saliva y le acarició la mejilla—. Decidí a primera vista que no te merecía. Luego me propuse demostrarlo.

La yema de su pulgar acarició una piel tan suave como pétalos de rosa. Un escalofrío le recorrió la espalda. El suave suspiro de Holly susurró contra su palma. Cuando se encontró con su mirada, vio empatía. Cariño. Una dulzura que amenazaba con partirle el corazón en dos. Le

hizo sentir la necesidad de ser verdaderamente digno de ella. Reynard quería pertenecer a su mundo de ligereza y bromas, y de entretenimiento frívolo disfrutado sin culpa.

Estaba tan cansado de su culpa. El reproche de no haber sido suficiente para unir a su padre y a su madre. Por improbable que fuera que el hijo de un conde se casara con una doncella, no era inaudito. De niño, había creído que si podía demostrarle a su padre lo buen chico que era, sus padres podrían enamorarse. Esto le había dejado dolorosamente resentido cada vez que su padre lo decepcionaba. No se había dado cuenta de cuánto de eso había llevado consigo, arrastrando su ira y su angustia a lo largo de cientos de kilómetros y continentes enteros. Pero esta noche, estaba listo para dejarlo ir.

Nada decía que pertenecía allí como el beso acogedor de Holly. Un crujido de seda fue toda la advertencia que tuvo antes de que el suave peso de una mujer se encaramara en su abrazo. No había elegancia en los movimientos de Holly ahora. Su naturalidad le dibujó una sonrisa en los labios justo antes de que su boca aterrizara en la suya. Reynard hundió sus manos en sus espesos rizos rubios. Inclinó su rostro de la manera correcta para acariciar con su lengua el arco de su labio superior. Holly suspiró e intentó acercarse más. La besó con firmeza, con toda la delicadeza que poseía. Ella se quedó quieta en sus brazos, con una mano apoyada en su pecho y usando la otra para sostenerse. Se reclinaron a medias, besándose con intimidad a boca cerrada, hasta que ella se acomodó contra su pecho. Él la volteó sobre su espalda. Holly gritó sorprendida.

—¿Ves? Puedo ser juguetón —bromeó, apoyándose en un brazo.

—Señor Sharp, estoy completamente sorprendida —le guiñó un ojo, sonriendo.

—Estoy lleno de sorpresas. El Zorro de Wellington, me llamaban. Los franceses. —Reynard se encogió interiormente. Había detestado ese apodo.

—¿Es así? —rió, y de repente, todo estaba bien. Podía confiarle sus secretos. Bajar la guardia. Ser él mismo. Holly no quería juzgarlo, quería explorarlo, aparentemente, lo cual no le importaba en absoluto. Sus manos inquietas acariciaban los contornos de su brazo. Le gustaba la forma en que ella trazaba su cuerpo con toques curiosos. Sin embargo, le gustaba más besarla—. De hecho. Tengo otra sorpresa para ti.

—¿Oh? —Se incorporó a medias, sus ojos azules brillando de interés. Rey le apartó el cabello de la cara, luego acercó su boca a la de ella nuevamente. Esta vez se encontraron con hambre abierta. Lengua encontró lengua en una danza tan antigua como el tiempo. Sensual y exploradora. Deslizó su mano por sus costillas. Cuando ella se arqueó contra su palma, Reynard atrapó su pezón erecto entre el pulgar y el índice. Ella jadeó y agarró la parte posterior de su cabeza—. Rey... Yo...

—¿Sigo? —preguntó, provocando el capullo a través del delgado lino de su camisón.

—Sí. Más —suspiró.

Reynard se tomó su tiempo. Mordisqueó su camino por su garganta, probando, lamiendo, inhalando su dulce almizcle femenino. Se movió para no asustarla o avergonzarla con la dura protuberancia de su miembro completamente excitado. No harían nada más que lo que ella quisiera esta noche. Si deseaba guardar la noche de bodas para mañana, después de que su unión fuera formalizada, que así sea. No era un animal. Podía controlarse.

Deslizó su mano dentro de su corpiño. Un seno erguido se liberó, con la punta rosada suplicando por su toque. Reynard atrapó su mirada mientras giraba su lengua alrededor del pequeño capullo. Sus ojos se abrieron con asombro—. Oh, sí —respiró.

Asegurado de su bienvenida, continuó adorando su seno con su boca mientras acariciaba el otro con su mano. Sus gemidos eran más satisfactorios que cualquier placer que pudiera imaginar. Su esposa. Adorándolo casi tanto como él la adoraba a ella.

De repente, ella se retorció alejándose, jadeando ligeramente mientras se sentaba. Reynard se incorporó de golpe. ¿Había hecho algo mal? ¿Malinterpretado?

—Quiero estar más cerca de ti —susurró. La bata de seda se deslizó de sus hombros. Sus brazos se cruzaron, tiraron, y el camisón fue descartado en un movimiento rápido. Se quedó allí, atónito, ante la visión de su esposa desnuda.

No esposa, pero casi.

—Di algo —susurró.

—Eres la mujer más hermosa que he visto jamás. —Su garganta estaba tensa y áspera.

Un tímido deleite arrugó las comisuras de sus ojos—. Déjame verte, Rey.

Sus manos ya estaban en la abertura de su camisa, desabrochando torpemente los botones. Reynard la dejó, incapaz de resistirse. La ayudó a liberarlo de su chaleco y del resto de sus prendas superiores. Su dura protuberancia era ahora imposible de ignorar. La idea de hundirse dentro de Holly envió chispas por su columna. Aún no. No ahora.

Pero pronto.

Diez

ESTE HOMBRE ERA SUYO.

Holly se mordió el labio inferior con incredulidad. ¿Lo había considerado severo? Sí, ingenua tonta que era. Pero se había equivocado. La apariencia ardiente y melancólica de Reynard Sharp era intensidad, no juicio. Otra forma más en la que se había engañado a sí misma creyendo en su propia sofisticación.

Cuánto más amplio habría sido su mundo si hubiera dejado de intentar estar a la altura de estándares artificiales y simplemente hubiera disfrutado de Londres, sin tratar de fingir que era una versión mejor y más ingeniosa de Holly Mayweather, para ocultar su miedo a la inadecuación. Sí, su madre había jugado un papel en hacerla sentir así. Pero también había estado su propio afán por probarse a sí misma como debutante. Para una joven, eso significaba casarse con un título. Qué desconcertante pensar que podría conseguir lo que había deseado, después de todo. Ya no le importaba el título honorífico. Solo el hombre.

—¿Cómo ocurrió esto? —preguntó, trazando la línea blanca de un corte de cuchillo a lo largo de sus costillas.

—Uno de los espías de Bonaparte pensó que me tenía a su merced —su boca se curvó—. En realidad, casi lo logra. Fue por poco.

—¿Y esto? —Una red arrugada de piel elevada puntuaba el área a una pulgada debajo de su clavícula. Entre ellas había crestas de músculo salpicadas de espirales de vello oscuro. La vista de dos pequeños pezones planos hizo que su interior se ablandara.

—Una bala en el hombro. Fue una herida limpia. Sanó fácilmente.

—La guerra es un negocio brutal —dijo con pesar. Antes de que él pudiera responder, se inclinó para presionar un beso en la vieja herida. Reynard recogió su cabello y suavemente instó su rostro hacia arriba. Holly se estremeció ante la novedad de la piel contra piel.

—No hablemos de eso —susurró Reynard en su oído—. Tenemos mejores usos para nuestras lenguas —Le mordisqueó el lóbulo de la oreja. Los huesos de Holly se derritieron. Sus extremidades estaban flácidas y débiles mientras se aferraba a los mechones crujientes de su cabello oscuro. Su aliento rozaba su cuello entre besos con la boca abierta. Un deseo largamente negado se aferró a su abdomen.

—Me haces sentir lasciva —susurró contra la parte superior de su cabeza. Él había bajado para saborear nuevamente las puntas de sus senos. El ángulo la privaba de la vista que tanto había disfrutado momentos antes, aunque le presentaba una nueva vista de sus anchos hombros y espalda. Acarició con la palma de su mano las hendiduras de su columna vertebral. Él se estremeció bajo su toque.

—Te prometo la oportunidad nocturna de ser tan lasciva como desees, tan pronto como se

seque la tinta en nuestra licencia de matrimonio.

Holly se echó hacia atrás. Requirió cierto esfuerzo, ya que Reynard no había hecho una pausa en sus esfuerzos por volverla loca de pasión. Ir en contra de sus propios instintos nunca era fácil. Sin embargo, lo logró.

—No deseo esperar.

Por más que trató de sonar autoritaria, en su lugar sonó mortificantemente petulante. No era una niña. Era una mujer adulta, como lo evidenciaba su desnudez ante su casi esposo, quien gimió y se desplomó contra los cojines.

—Vas a ser mi muerte, amor.

Su postura dejó la interesante protuberancia de su excitación al alcance. Holly lo agarró y acarició sobre las capas de lana y lino. Rey emitió un suspiro medio gemido.

—No vas a dejar esto pasar, ¿verdad?

—¿Metafórica o literalmente? —preguntó Holly mientras acariciaba el misterioso bulto con interés. Había visto penes desnudos en caballos y niños pequeños, o en algún ocasional sabueso, por supuesto. En las estatuas, típicamente estaban ocultos con minúsculas hojas de higuera. El apéndice de su esposo estaba alarmantemente más cerca del ejemplo equino. ¿Se suponía que eso iba a entrar en ella?

Qué... incómodo. Sin embargo, lo deseaba.

Reynard emitió un chillido que sonó sospechosamente como un gemido. Fascinante. ¿Qué había dicho ella que lo había puesto tan nervioso? Apretó su dura longitud experimentalmente. Esta vez él se enderezó y esposó sus muñecas con sus grandes manos.

—Detente.

—Por supuesto. Lo siento. ¿Te estaba lastimando? —Oh no, lo había hecho mal. Qué típico de ella avanzar torpemente con toda buena intención y encontrarse en un lío. Él la soltó. Holly metió las manos debajo de sus rodillas.

—No —dijo entre dientes—. Me gustaría mucho deshacerme de estos malditos pantalones y darte todo lo que estás pidiendo.

—Entonces... ¿por qué no lo haces? —No tenía sentido. Él había declarado que quería... hacer la bestia de dos espaldas, como lo había expresado Shakespeare.

Otro gemido sufrido de su casi esposo. Enterró la cara entre sus manos.

—Porque, Holly, no estamos casados.

—Pero lo vamos a estar. ¿Un día o dos hacen tanta diferencia? —Se acercó más.

—Es el principio, amor.

—Vamos a casarnos *en principio*, cariño —Dos podían jugar a este juego de aprovechar los apodos afectuosos. Su cabeza se levantó de golpe. La agarró por detrás del cuello y la besó bruscamente.

—Di eso otra vez.

—Cariño —jadeó ella. Sus labios estaban llenos y ásperos por sus besos.

—Eres imposible —Esta vez, sin embargo, se rió suavemente.

—Por eso me amas —respondió ella—. Además, si nos atrapan aquí arriba, o de camino de regreso, estaré completamente arruinada. No en el sentido de ser una coqueta comprometida que fue abandonada en circunstancias embarazosas, sino irreparablemente mancillada. Por lo tanto, esperar no tiene sentido. ¿No estás de acuerdo, cariño?

Un gruñido salió de su garganta. Holly se mordió el labio magullado para evitar sonreír, pero se sintió muy gratificada cuando él se recostó y se quitó los pantalones tan rápido como pudo.

—Tú ganas, amor. Ninguno de los dos desea esperar. Estoy siendo egoísta, no caballeroso, al

retrasar lo inevitable.

—Eres un caballero. Demasiado —murmuró ella.

—No puedo prometerte ser nada parecido a eso contigo ahora —Por fin estaba desnudo. Holly vislumbró su orgulloso miembro. Luego él la tenía en sus brazos y rodó encima de ella. Esta vez, no se detuvo al besar su camino hacia abajo por su ombligo. Continuó directamente hacia su-

—Ohhh... —Holly se arqueó sobre la cama. Su dedo se deslizó entre sus pliegues, seguido por una rápida invasión de su lengua.

—¿Todo bien, amor? —Sonrió maliciosamente desde entre sus muslos.

—Sí... No tenía idea de que la gente hacía cosas como... lo que estás haciendo ahora —El calor inundó sus mejillas. Esto era tan poco digno. Aun así, quería más.

—Querías descubrirlo, mi gatita curiosa —se rió, burlándose—. No podías esperar unos días más.

Este era un lado de Rey que quería ver más.

—Así es. Muéstrame, esposo.

Se adentró en ella con embestidas dominantes. Su lengua giraba alrededor del punto sensible en el ápice de su sexo. —Oh, sí. Oh, Rey —las sílabas brotaban de sus labios en un revoltijo mientras él la lamía y succionaba con una intensidad que ella solo había imaginado vagamente. Su cuerpo se estremeció y gritó.

—Eso fue maravilloso —dijo ella soñadoramente—. Pero no fue nada parecido a lo que pensé que sería.

—¿No? —La sonrisa de Rey debería haberle indicado a Holly que estaba siendo presuntuosa, pero estaba demasiado feliz para reflexionar sobre su significado—. ¿Qué pensabas que pasaría?

—Pensé que pondrías esto —acarició su excitación— dentro de mí.

Él la besó. —Esa es la comprensión tradicional de la mecánica sexual.

—¿Quieres decir que hay más? —Holly se sentó de golpe.

Aun así, él dudó. —¿Estás segura, amor?

—Nunca he estado más segura en mi vida. Te quiero como mi esposo y te quiero dentro de mí. Hoy.

Él gimió. —Serás mi muerte, pícara. No puedo negarte nada. Ven. Ponte a horcajadas sobre mí, así.

Holly se acomodó sobre sus musculosos muslos, sintiéndose tímida y torpe. —Rey, ¿dolerá?

—Podría. Un poco. Nos detendremos si no te gusta.

—Sigues recordándomelo. Empiezo a sentir como si no me desearas. —Pensamiento horroroso.

Pero Reynard dejó caer su cabeza contra los cojines y cerró los ojos. —Te deseo. Más que nada en el mundo. Te besé así porque cuando una mujer está excitada, es menos probable que el acto duela. Solo quiero que te sientas bien, amor. Si algo se siente mal, dímelo. —Ella cerró los ojos en lo que esperaba pasara por asentimiento. Él le acunó el rostro—. Holly. Mírame. Quiero verte cuando nos unamos.

La vergüenza la atravesó, inoportuna pero real. Holly apretó los ojos. —No puedo.

—Querida —retumbó en una voz tan baja que más que oírla la sintió—. Puedes.

Inhaló profundamente y los abrió. Lo que encontró le quemó el alma. Necesidad dolorosa y una vulnerabilidad que nunca habría esperado encontrar en un hombre, escudriñando las profundidades de su alma. Su torpeza se transformó en una sensación impresionante de poder, a la vez suave e invencible. Esto debía ser lo que significaba tener el corazón de otra persona.

—Estoy lista —susurró con voz ronca.

Él acarició sus caderas, guiándola suavemente mientras Holly probaba su conexión física y hundía sus caderas para encontrarse con las de él. La sensación indescriptible se concentró en su sexo, intensificándose mientras él se mecía hacia adelante a intervalos regulares para encontrarse con ella. La mirada de Rey nunca abandonó la suya. Holly jadeó cuando pareció imposible estirarse alrededor de él. Un estremecimiento sacudió su cuerpo. Jadeando, se alejó y luego intentó de nuevo. Una plenitud desconocida la llevó al límite. Pequeñas gotas de humedad perlaban la frente de Rey.

—Holly, amor, estás tan apretada.

—¿Eso es bueno? —susurró ella.

—Inmensamente —gruñó él.

Holly encontró el máximo que podía recibirlo dentro de ella y se atrevió a echar un vistazo a sus cuerpos unidos. Qué terriblemente indigno estar abierta en su lugar más privado; qué maravillosamente perfecto verlo enterrado dentro de ella. La satisfacción con la que solo había soñado la invadió mientras él levantaba sus caderas y se hundía en ella de nuevo. Holly dejó caer su frente en el hueco entre su hombro y su oreja y gimió.

—Sigue haciendo eso —medio suplicó, medio ordenó. Holly decidió que dejar que su marido la comandara podría no ser tan terrible después de todo. Se movió para encontrarse con su embestida. El placer la atravesó en una ola. Cada movimiento la llevaba más alto hasta que la tensión se enroscó en su bajo vientre.

—Tócame como lo hiciste antes —susurró. Para su inmediata vergüenza, Rey se dio la vuelta y se retiró. Su quejido de protesta fue silenciado cuando él se levantó sobre sus rodillas detrás de ella y alzó su trasero. Holly descubrió que le gustaba bastante ceder a su control, especialmente cuando deslizó la punta de su miembro por su centro y entró con un suave movimiento—. Oh, Rey, sí —gimió. Él la recompensó con un rápido roce de sus dedos romos sobre el ápice de su sexo. Los brazos de Holly casi cedieron. Un sonido inhumano salió de su garganta, mitad agonía y mitad deleite.

—Eso es, Holly. —La animó con embestidas apretadas y frenéticas—. Sigue así, casi llegamos...

¿Casi dónde? Apenas tuvo tiempo de preguntarse antes de que él acariciara el necesitado botón en su centro y todo el cuerpo de Holly se convulsionara de placer. Sus caderas perdieron el ritmo. No importaba: Rey apretó su cuerpo contra el suyo y embistió con fuerza. Nuevas olas más suaves la recorrieron. La mano de Holly agarraba y soltaba inconscientemente la colcha arrugada como si buscara algo sólido a lo que aferrarse.

Rey se tumbó de espaldas, jadeando con fuerza. —Holly.

—¿Sí? —murmuró ella. Su cabeza se acomodó en su bíceps. La fragancia de sus cuerpos perfumaba el aire.

—Creo que nos llevaremos muy bien como marido y mujer.

Ella se acurrucó junto a él, sintiéndose protegida y segura. —Estoy de acuerdo, esposo.

Rey se rió. La luz que se filtraba a través de las cortinas rojas con flecos se atenuó y oscureció. Permanecieron juntos a la luz de las velas, hablando de nada y de todo, hasta que el estómago de Holly rugió.

—Supongo que debemos bajar a cenar —rió él, pasando una palma plana sobre su vientre protestante.

—Qué tedioso —se quejó ella—. Mira. Detrás de la cortina hay un cuenco para lavarse. Amity dijo que podríamos necesitarlo. —Afortunadamente, los tapices rojos ocultarían el intenso

rubor que seguramente teñía sus mejillas.

—Ay. Debemos mantener nuestras fuerzas para repetir esto en nuestra noche de bodas —bromeó Rey. Le dio un beso en la frente y luego dijo—: Después de ti.

Holly se lavó la pegajosidad de los muslos y le pasó un paño fresco. Hoy había dejado atrás todas las cosas de niña y había entrado en una nueva fase de la feminidad, y Rey Sharp había sido el hombre que la había llevado allí.



Holly bajó sigilosamente por la escalera de piedra, confiada en su capacidad para escabullirse a su habitación antes de la cena. Sin madera que crujiera en ruidosa traición, estaba segura de llegar a salvo sin...

—¿Holly?

O quizás no. Su rostro se congeló en una mueca avergonzada. La planta de su pie aún estaba posada en el último escalón con el dobladillo haciéndole cosquillas en el tobillo. Seguramente habría una explicación inocente para andar por ahí en camisón y bata de hombre después del té y antes de la cena. En cualquier momento, su cerebro produciría una.

—Holly Mayweather, ¿eres tú? —El cabello gris de Lady Stapleton le daba un aire de severidad a su expresión, por lo demás desconcertada.

—Yo... ah. Sí. Soy yo, Holly —abandonada, cuando más lo necesitaba, por su ingenio. Su talento era para el intercambio verbal. Sin un contrincante con quien afilarlo, se encontraba notablemente torpe. Las dos mujeres se miraron fijamente durante un largo momento de silencio. Entonces, se escuchó un arrastre de zapatos sobre la piedra y una figura masculina grande y cálida con la que había estado muy familiarizada, muy recientemente, se precipitó sobre ella. Maldita piedra por amortiguar los pasos de Rey hasta que fue demasiado tarde.

—Lady Stapleton —hizo una reverencia. La dama los observó con ojos brillantes y conocedores bajo dos cejas arqueadas en expresión de sorpresa hasta la mitad de su frente.

—Señor Sharp —¿Quién hubiera imaginado que tres sílabas podían transmitir tanto significado?—. Toda la casa se ha estado preguntando adónde se habían escabullido ustedes dos —Las atractivas facciones de Rey se tensaron ligeramente en la comisura de la boca y los ojos. Una tenue línea apareció en el centro de su frente. Eran las únicas indicaciones de su preocupación, pero en ellas, Holly leyó una genuina inquietud. ¿Por qué? Iban a casarse. No podía ser un gran escándalo que los sorprendieran pasando unas horas a solas con el que casi era su esposo.

Rey tosió.

—Le ruego me disculpe, mi lady, pero la mitad de la casa no tiene idea de quién soy.

—Sin embargo, todo el mundo sabe quién es Holly. Por reputación, si no por conocimiento personal —la mirada de Lady Stapleton se posó en Holly, y ella tragó saliva—. Mi ahijada siempre ha poseído un tipo de encanto magnético, por el cual veo que también usted ha sido atrapado. Confieso que me asombra que los esfuerzos casamenteros de tu madre hayan dado fruto, posiblemente por primera vez en su vida —la dama guiñó un ojo con complicidad. No estaban en problemas. Holly se relajó y miró a su prometido con afecto abierto. Su corbatín estaba arrugado, su cabello se erizaba en lugares extraños donde ella había pasado sus dedos, y se había saltado un botón de su chaleco. A pesar de esto, nunca había visto a un hombre más apuesto. No tenía nada que ver con ropa fina o una afectada pretensión de aguda inteligencia. Más bien, era el suave brillo en los ojos marrones de Rey lo que liberaba mariposas en su

estómago.

Estar al lado de Reynard la hacía sentir completa. Su presencia protectora permitía a Holly ser más ella misma de lo que jamás había sido en Londres.

Las facciones de Lady Stapleton se recompusieron en una expresión severa.

—Confío en que entiendan que ustedes dos estarán frente al Vicario Name por la mañana. No habrá más demoras. Me enorgullezco de ser una anfitriona indulgente, pero trazo la línea en arruinar a las jóvenes bajo mi propio techo.

—Entendido, Lady Stapleton —acordó Holly. Tomó la mano de Reynard y entrelazó sus dedos con los de él—. Estaremos listos a primera hora.

—Gracias. No quiero escándalos que arruinen mi fiesta —su expresión se ensombreció—. Ya ha habido suficientes situaciones comprometedoras para unas vacaciones.

—Lo llevaremos a cabo esta vez —el vientre de Holly dio un vuelco cuando él levantó su mano entrelazada hasta sus labios y presionó un beso en sus nudillos—. No tiene por qué preocuparse. Lo prometo.

—Me alegra oír eso —Lady Stapleton se suavizó. Abrazó a Holly con un brazo y le dio un beso en la frente—. Me encanta ver a dos jóvenes tan finos uniéndose. Les deseo toda la felicidad.

—Gracias, madrina —Holly aceptó su afecto con una sonrisa.

—Ahora vayan, los dos, y prepárense para la cena. Tendrán mucho tiempo para celebrar en privado después de que se hayan pronunciado los votos. Mientras tanto, les pido que presenten un frente apropiado. Por mi bien. No permitiré que el nombre de los Stapleton se asocie con el escándalo.

—Por supuesto —Holly miró hacia abajo—. Será mejor que me apresure a volver a mi habitación antes de que alguien más me vea.

—Toma la escalera de servicio. Nadie te verá si vas rápido. Al menos intentemos mantener esto lo más discreto posible.

—Gracias, Lady Stapleton.

—Sí. Le estamos muy agradecidos —añadió Reynard.

—Oh. Una última cosa, Holly. Recibiste una carta esta tarde. Haré que la doncella la lleve a tu habitación.

Holly miró por encima de su hombro.

—No es necesario. La recogeré en la cena —con una rápida mirada a Reynard, continuó su camino—. No puedo imaginar quién podría haberme escrito. Todos mis amigos están aquí o me han abandonado.

—No todos, al parecer —se rio Reynard—. Ahora ve, antes de que te resfríes.

Once

A LA TARDE SIGUIENTE, Reynard vislumbró a su amada mientras bajaba por la gran escalera principal, y se quedó sin habla. Su unión no había hecho nada para saciar su sed por ella. Desde el primer momento en que la vio, había estado obsesionado con Holly Mayweather. Demonios, había comenzado incluso antes de eso. La mera descripción de ella había sido suficiente para que él, un tipo por lo demás cauteloso, le pidiera a una completa desconocida que se convirtiera en su más íntima confidente. Antes incluso de conocerla, Rey se había sentido posesivo con esta mujer de una manera que nunca había sentido hacia nadie más. Hacerla suya solo había reforzado el impulso primitivo que sentía.

Quizás por eso, cuando ella descendió el último escalón y se detuvo ante la bandeja de plata colocada en la elegante consola del vestíbulo, Reynard observó en lugar de saludarla. Estaba cautivado por ella y, en el fondo, sabía que siempre lo estaría.

Holly ni siquiera levantó la mirada. Tomó la carta y rompió el sello de cera. Rey esperó. Había sido espía una vez, y observar a Holly no requería gran esfuerzo. Un momento de quietud. El autocontrol para no reaccionar cuando sus cejas se fruncieron sobre el puente de su nariz. Aunque no podía leer la carta desde tres metros de distancia, estaba lo suficientemente cerca para escuchar cuando ella murmuró:

—De todos los presuntuosos...

Si maldijo, fue demasiado bajo para que él lo captara. Intrigante.

La barbilla de Holly se levantó bruscamente. Arrugó apresuradamente la nota y metió la bola en un bolsillo al que se accedía a través de un pliegue en su falda. Bueno, se había ganado su derecho a estar en la casa de los Stapleton con astucia y trabajo duro. Encontraría la manera de leer la carta aunque le costara la vida.

No es asunto tuyo, habló una voz interior. Pero por supuesto que lo era. ¿Se esperaba que se quedara de brazos cruzados mientras su esposa mantenía una correspondencia secreta con un hombre? Aunque había sido difícil de distinguir, Reynard estaba convencido de que la dirección garabateada era la letra de un hombre. Tosió. Holly se sobresaltó, luego le sonrió radiante.

—Querido.

Casi fue suficiente para borrar sus sospechas. Sin embargo, había una pequeña arruga tensa alrededor de sus ojos que desmentía su tensión. Había una rigidez en su hombro cuando él la tomó del codo, y sus pensamientos parecían distantes mientras caminaban juntos hacia la cena. La señora Mayweather les sonrió radiante y agitó su pañuelo. Él debería sentir nada más que satisfacción por la encantadora presencia de Holly a su lado. Lord y Lady Stapleton, los Mayweather y los Weston los colmaron de aprobación durante toda la noche.

Aun así, no podía relajarse. Esa carta arrugada en el bolsillo de Holly lo atormentaba. Un

profundo impulso por conocer su contenido lo atormentaba. ¿Y si su tarde en la torre hubiera sido una actuación? Holly había parecido inocente, pero ¿y si hubiera estado ocultando un embarazo de otro hombre? Reynard quería confiar en ella y, sin embargo, una parte de él simplemente... no podía.

Ese persistente retortijón en su estómago le había salvado la vida demasiadas veces como para contarlas. No se atrevía a ignorarlo ahora.

—¿Ocurre algo? —susurró Holly después de que hubieran cenado y se reunieran en el salón para juegos y bebidas después de la cena. Sostenía una copa de vino caliente entre sus dedos delgados y pálidos.

—Podría preguntarte lo mismo.

Ella se tensó.

—¿Qué quieres decir?

—La carta. ¿De quién era?

—De nadie —Holly bajó la mirada al suelo—. Un viejo conocido de Londres. No tengo intención de responder.

Una feroz ira posesiva recorrió el cuerpo de Reynard.

—¿Qué quería?

—¿Cómo sabes que es de un hombre? —preguntó ella con irritación.

Él la miró fijamente.

—Acabas de confirmármelo.

—No lo he hecho.

—Repito, Holly, ¿qué quiere de ti?

—Nada que no vayas a tener tú mañana por la mañana —bromeó ella, pero sonó forzado y hueco para él. Holly agarró su antebrazo y batió sus pestañas hacia él. Reynard se la quitó de encima con irritación.

—No juegues conmigo, Holly.

Ella retrocedió. Su expresión se suavizó hasta convertirse en un lienzo en blanco. El único indicio de emoción era la curva artificial en las comisuras de su boca. Desde el otro lado de la habitación, uno podría confundirlo con la alegre contemplación de una joven sobre sus nupcias, pero Reynard sabía mejor. Después de unos minutos de silencio tenso, ella se excusó y se fue a la cama.

Maldición.

Finlay Weston captó la mirada de Reynard desde el otro lado de la habitación. Aún no habían reparado su amistad, y si alguna vez hubo un momento en el que necesitara un confidente, era ahora. Se acercó al lado de Weston y murmuró:

—¿Te apetece acompañarme a la biblioteca para tomar un brandy?

Como si sintiera el peso en el pecho de Reynard, Finlay asintió una vez.

—Déjame disculparme con mi esposa. Me reuniré contigo allí en un momento.

En el silencio oscuro de la biblioteca, Reynard se sirvió una copa, la inclinó y la vació de un solo trago. El brandy le quemó un camino por el abdomen. Volvió a llenarla y se acomodó en el sillón de cuero junto al fuego moribundo en la gran chimenea. Sin embargo, estar sentado era demasiado inquietante. Se levantó y escaneó las filas de conocimiento encuadernado, trazando los lomos dorados con la punta de un dedo romo. Reynard se detuvo ante un libro titulado *Los sonetos de amor de William Shakespeare*.

—Escucha, Sharp, te debo una disculpa —Finlay entró a zancadas, se sirvió una copa y se acomodó en el sofá de cuero.

—No, Finn, soy yo quien debe expresar mis arrepentimientos —dijo Reynard con pesar. Dejó el libro en el estante donde lo había encontrado. Las palabras de anhelo sincero no tenían lugar en el mundo del matrimonio aristocrático—. Tienes razón sobre Holly. Es una coqueta decidida y fui tonto al no verlo antes.

—¿Oh? —Finlay se relajó contra el asiento—. Explica cómo llegaste a esta conclusión cuando hace poco estabas alabando sus virtudes.

—Recibió una carta esta noche —tragó un sorbo de brandy—. De un hombre. Supongo que ha estado en correspondencia con él durante todo nuestro cortejo, y sin embargo nunca lo mencionó. ¿Cómo puedo confiar en una mujer que me oculta la verdad incluso antes de que hayamos pronunciado nuestros votos? —La frustración había anudado sus entrañas en un enredo desesperado. Por primera vez en su vida, no había un camino claro hacia adelante. No podía dar sentido a los hechos que tenía delante para discernir posibles resultados. El único que podía ver era demasiado terrible para contemplarlo.

—Para ser un estratega militar de cabeza fría, pareces estar conjeturando mucho a partir de una sola carta —observó Finlay. Se había quitado los zapatos y había apoyado los pies en medias sobre el cuero suave como la mantequilla.

Rey golpeó la estantería. El ruido hizo que su amigo se sentara más erguido.

—Hace una quincena, creía que podría hacer las paces con una esposa que no me amara siempre y cuando no me avergonzara con una aventura pública. Ya no es el caso —se apartó de las estanterías para recorrer la habitación—. He desarrollado... sentimientos por ella. Ahora, no puedo soportar la idea del nombre de otro hombre en sus labios, mucho menos en su cama.

Finlay se volvió a acomodar con una risa conocedora.

—Ajá.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Te has enamorado de ella.

El corazón de Reynard latía con fuerza. Sí, había usado la palabra como un término cariñoso, y una noche medio borracho se había atrevido a contemplar la posibilidad, pero haberse enamorado perdidamente de su propia futura esposa era una receta para el desastre. Sabía que no debía confiar en la buena fortuna. —No lo he hecho.

Finlay sonrió con suficiencia y agitó su bebida ámbar. —No hay vergüenza en ello. Le pasa a los mejores de nosotros.

—Te digo que no estoy ena... —Reynard se atragantó con la palabra—. Oh, por Dios, puede que tengas razón.

—Te lo dije —Su amigo se rió con una molesta satisfacción. Si no fuera por la creciente aceptación de la verdad por parte de Reynard, podría haber protestado más. Había cruzado el Rubicón del enamoramiento y estaba profundamente en el territorio conocido como irremediablemente embelesado. De alguna manera, nunca había notado el paso—. Ni siquiera lo viste venir, ¿verdad? —dijo Finn.

—No —respondió Reynard con pesar—. Aunque tus complacientes observaciones no ayudan precisamente. ¿Qué voy a hacer con una esposa a la que no puedo dejar ir y de la que no puedo aceptar infidelidad?

La angustia desnuda en su pregunta borró la suficiencia de Finlay. —¿Por qué asumes que Holly te traicionará?

Reynard apretó los dientes. —Es hermosa, rica e inteligente. Yo no tengo nada más que cicatrices, la promesa de un título de caballero en ruinas de nuestro notoriamente voluble Príncipe Regente, y la personalidad de un tejón gruñón para ofrecerle. Yo también buscaría en

otra parte.

Finlay puso los pies en el suelo y se acercó para pinchar a Reynard en el pecho. —Eso no es lo que dice Amity. Dijo que Holly y tú pasaron una tarde íntima juntos, y además, que nunca había visto a su prima tan feliz como después de eso. No me parece que esté buscando una aventura con otro hombre. De hecho —continuó su amigo sin permitir que Reynard dijera una palabra—, lo que dijiste el otro día me hizo reconsiderar la forma en que hemos tratado a Holly. Incluso Amity se siente avergonzada de cómo le fallamos a Holly el otoño pasado.

—¿De qué manera? —preguntó Reynard, aunque estaba demasiado atónito para decidir si estaba preguntando sobre Amity, el cambio de perspectiva de Finlay, o ambos. Afortunadamente, su amigo respondió a todos los posibles significados de su asombrada pregunta.

—Amity y yo hemos tratado a Holly como si no fuera más que una tonta coqueta sin más pensamientos en la cabeza que quién se casa con quién entre la *ton*. Sin embargo, cuando reflexioné sobre la primera temporada de Amity, me di cuenta de cuánto nos allanó Holly el camino socialmente. Tiene una memoria excelente para caras y nombres. En más de una ocasión nos alejó discretamente de un conocido poco adecuado. Con Holly, nunca tuve que preocuparme de que Amity estuviera expuesta al lado más áspero de la vida en la ciudad. Pudimos relajarnos y disfrutar de nuestro tiempo de una manera que habría sido imposible sin la ayuda de Holly.

—Podría usar ese tipo de conocimiento interno si Prinny cumple alguna vez con concederme el beneficio que me prometió —dijo Reynard con pesar.

—Exactamente. Y otra cosa —continuó su amigo—. Amity se dio cuenta de que solía juzgar a su prima por el interés de Holly en cosas frívolas como la ropa y el baile. Sin embargo, si se le hubiera dejado a su aire, Amity se habría conformado con unos pocos vestidos de calidad modesta. La animé a gastar lo que quisiera después de que nos casamos, pero años de pobreza la habían entrenado para ahorrar en cada oportunidad. Si Holly no hubiera persuadido a Amity para que comprara un guardarropa completo, espero que la *ton* se habría burlado de ella como una paleta pueblerina. Amity se habría sentido mortificada. Peor aún, si somos bendecidos con hijos, algún día estarán buscando esposas y maridos, y nuestra reputación podría haber impactado su felicidad. Estar en el lado equivocado de la opinión pública puede tener graves consecuencias para toda la familia. Holly ha demostrado su valía como una sofisticada navegante de la política social... a la par, diría yo, con tus habilidades estratégicas en la guerra.

Reynard no dijo nada, pero vació el vaso. —Lo que estás diciendo entonces, es que todos hemos subestimado a Holly.

—Sí. Y estoy seguro de que lo estás haciendo ahora. Holly tenía muchos admiradores en Londres. Probablemente algún tipo solitario le escribió una nota deseándole felicidad en el nuevo año.

—Saqué conclusiones precipitadas —dijo Reynard con pesar.

—En efecto.

—¿Cómo puedo... —Se atragantó. ¿Arreglarlo? ¿Detener la sensación de hundimiento en su estómago de que había saboteado la misma cercanía que desesperadamente deseaba porque había estado demasiado asustado para reconocer el regalo que Holly le había dado sin dudarlo, el regalo de su corazón?— ¿Cómo puedo compensarla?

Finlay le dio una palmada en el hombro. —Fácil, amigo. Te arrastras.

Reynard cerró los ojos. —Cualquier cosa menos eso. —El brillo en los ojos de su amigo debería haberle irritado, pero en su lugar calmó el revoltijo de sentimientos con los que Reynard no sabía qué hacer—. Bien. Iré a pedir perdón por ser un cabeza de chorlito. Solo necesito una cosa. —Alargó la mano por encima del hombro de su amigo para sacar un delgado volumen de la

estantería—. Un poco de ayuda del poeta favorito de Holly, el mismísimo Bardo.

Doce

LA MAÑANA del cinco de enero amaneció gris y brumosa, un hecho que Holly conocía porque, por una vez, estaba despierta para verlo.

—Tú, entre todas las personas, no tienes motivos para tener nervios prenupciales —comentó su madre sarcásticamente. Lady Stapleton había tenido una discreta charla con sus padres. Habría una boda hoy. Si Reynard le hacía el deshonor de rechazarla en el altar nuevamente, el padre de Holly le había informado que estaba preparado para buscar una reparación legal.

Eso significaba una demanda por incumplimiento de promesa.

Holly se estremeció al contemplarlo. Estaba arruinada. Un compromiso era tan bueno como un matrimonio a los ojos de la sociedad. Una demanda confirmaría su desastrosa decisión al mundo. Estaría relegada para siempre a vivir como una pariente pobre, dependiendo eternamente de sus familiares para abrirse camino en el mundo.

La alternativa era casarse con un hombre que no la amaba, se negaba a confiar en ella, y esperar que eventualmente llegara a verla como una persona independiente con pensamientos, sentimientos y amistades propias. Después de horas intentando dormir sin éxito, había sacado la carta ofensiva para leerla una última vez.

Querida Holly:

Confío en que mi carta te encuentre con buena salud y mucha felicidad. Desearía poder decir lo mismo. Me encuentro sin amigos y exiliado en París. Estoy endeudado sin esperanza. Mi corazón ha sido destrozado por mi amante, quien ha huido con mi ayuda de cámara después de dejarme sin un céntimo. Puede que te resulte impactante que hable con franqueza sobre ellos ahora, pero recuerda cómo nunca te oculté mis intereses en la aventura y las nuevas experiencias. Sé que eres una chica sensata y sofisticada. Entiendo que tu buen nombre también se ha visto empañado por las consecuencias de mi desgracia. Solo se me ocurre una forma de arreglar las cosas. Te escribo para ofrecerte matrimonio. Puedo darte un linaje y título impecables, mientras tú aportas fondos suficientes para resolver mi actual aprieto financiero. Prometo darte un heredero, o reclamar como míos cualquier hijo que elijas tener con otro hombre. Todos ganan. Por favor, di que sí; anhelo volver a casa.

—¿Acaso me cree estúpida? —murmuró Holly enojada, arrugando la carta a medio leer en su puño—. Mi dote se gastaría en menos de un mes. —Pickford no ofrecía nada más que un matrimonio sin amor y un título, y todo era para poder salvar las apariencias y volver a Londres. Había estado tan ciega ante su egoísmo. Holly merecía su destino. Su madre había tenido razón todo el tiempo. Cuando se trataba del matrimonio, era mejor no hacerse ilusiones. Acepta la mejor oferta que puedas conseguir, tan pronto como puedas obtener una propuesta aceptable, y sé feliz con ello. Era el destino de una mujer ser útil solo como medio para transmitir riqueza.

Demasiado tarde, deseaba haber seguido el consejo de su madre.

Solo tenía dos opciones ante ella. Aceptar su ruina y una vida de dependencia, o casarse con Rey. Su corazón se quebró. En una hora, la tercera y última ceremonia de boda forzaría su decisión. No podía soportar la idea de vivir de la buena voluntad de sus padres, pero la perspectiva de un matrimonio con Reynard sabiendo que él no confiaba y no podía confiar en ella era igualmente imposible.

Holly se ahogó y se secó una lágrima de los ojos. Nunca había sido de las que lloraban, y no se permitiría hacerlo ahora, ni siquiera en la triste y sombría mañana de su boda con el hombre a quien había entregado su corazón, pero que no podía confiarle el suyo.

~

Reynard entendía que había lastimado a Holly, pero no fue hasta que ella se paró frente a él, sin sonreír, con profundas manchas grises bajo sus ojos azules, que supo cuán profundamente. Su humor travieso se había apagado, mientras que su mirada se había afilado hasta convertirse en un brillo helado de ira.

Los Stapleton observaban con acero en sus miradas, como si percibieran que algo andaba mal entre él y Holly y se estuvieran preparando para lo peor. Lady Stapleton arqueó una ceja hacia él. Reynard tragó saliva. El pequeño libro de sonetos hacía que su chaqueta se hundiera hacia un lado. Apenas cabía en el bolsillo interior. La presencia sólida del volumen le daba consuelo. Había pasado la mayor parte de la noche marcando pasajes. Las palabras del corazón nunca le habían salido con facilidad, así que tomaría prestado del poeta favorito de Holly, Reynard Shakespeare. Quizás el hombre que compartía su nombre de pila podría ayudarlo a rectificar el lío que había creado para ambos, si llegaba el caso. Aún esperaba no necesitar la poesía. Sin embargo, la expresión serena de Holly le provocó una sensación de hundimiento en el estómago.

—Por última vez, estamos reunidos para presenciar la unión del Sr. Reynard Sharp y Holly Mayweather —habló el vicario. Lanzó una mirada penetrante a cada uno de ellos antes de proceder. Reynard asintió una vez, avergonzado. Gotas de sudor humedecieron su cuello bajo el cuello de su camisa mientras la barbilla de Holly se elevaba obstinadamente.

Iba a necesitar el libro.

—¿Tú, Reynard Sharp, tomas a la señorita Holly Mayweather como tu legítima esposa? —El vicario aparentemente había prescindido de la versión más larga de los votos en un esfuerzo por sellar el trato.

—Sí, acepto —respondió Rey, sorprendentemente calmado incluso para sus propios oídos. Ahora estaba confiado. Había sufrido un tonto e injustificado lapso de juicio al acusar a Holly de infidelidad. Sin embargo, ella estaba aquí. Debía haberlo perdonado. Su vestido hoy era de color marfil pálido con un fajín azul y ramitas bordadas en amarillo y azul en el corpiño y el dobladillo. Su sombrero estaba adornado con flores de azahar. De dónde habían salido en pleno invierno, no lo sabía. Pero seguramente eran una buena señal, ¿no?

—¿Tú, Holly Mayweather, tomas a Reynard Sharp como tu legítimo esposo?

Tuvo un solo momento de advertencia cuando la mirada de Holly se estrechó casi imperceptiblemente.

—No acepto.

Un jadeo se elevó al unísono de los testigos.

—Otra vez no —gimió una mujer. Posiblemente Amity, o tal vez Lady Stapleton.

—¡Sí! Sí, puedo hablar por mi hija, ella ciertamente acepta al Sr. Sharp como su esposo,

¿verdad que sí, Holly? —siseó la Sra. Mayweather. Se apresuró por el pasillo hasta el lado de su hija—. Estás comprometida.

—Llevo semanas arruinada, madre. Me queda un pequeño vestigio de dignidad al que aferrarme y no voy a renunciar a él simplemente porque corro el peligro de que más gente me desprecie de lo que ya lo hace —Un fuego la iluminó desde dentro. Reynard tragó saliva. Incluso la señora Mayweather pareció desconcertada—. No he hecho nada, ni una sola cosa, para merecer la burla y el desdén que me habéis mostrado. Todos vosotros —Su mirada recorrió la sala antes de volver a su madre—. Me criaste para buscar el mejor marido que pudiera esperar. Desde que estaba en la guardería me has enseñado a evaluar a un hombre por el corte de su chaleco y el tamaño de su bolsa, y a no dejar que una deficiencia de su carácter se interponga en el camino de un matrimonio ventajoso —Hizo una pausa para respirar, inhalando de modo que la parte superior de sus exuberantes senos subía y bajaba, recordando a Reynard todas las cosas maravillosas que habían hecho juntos durante su única tarde de felicidad. Le dolía el corazón al pensar que quizá nunca volvería a ver esos perfectos globos.

No. Pensándolo bien, no eran sus senos lo que echaría de menos. Era la forma en que se habían apretado contra él cuando su cuerpo estaba lánguido de felicidad contra el suyo.

La señora Mayweather palideció.

—Holly... Nunca te sugerí que...

—Déjalo, mamá —Holly la fulminó con la mirada y luego dirigió su furia hacia el hombre que ahora se dirigía por el pasillo para reunirse con su esposa—. Tú también, padre. Eres tan malo como ella al animarnos a casarnos por estatus y dinero sin tener en cuenta la felicidad.

El señor Mayweather se puso rígido.

—Querida, tu madre no merece tu reprimenda. Te encontramos un buen hombre, con el que podrías ser feliz si le dieras media oportunidad.

—Le di más de media oportunidad —protestó Holly. Reynard hizo una mueca al saber lo que se avecinaba—. Todas las personas de esta sala saben que Rey y yo pasamos una noche juntos, a solas, en la habitación de la torre. No hay necesidad de actuar como si fuera un gran secreto. Mi punto es que le entregué mi inocencia a Rey, y sin embargo, en el instante en que recibí una simple carta, él saltó directamente a acusarme de infidelidad —Agitó el maltratado cuadrado de trapo de algodón. A esta distancia podía distinguir la firma garabateada. Lord Pickford.

—Supongo que quieres leerla —le fulminó con la mirada, tendiéndosela.

—No —Honestamente, no le importaba. Podrían haber sido diez ofertas de matrimonio y no le habría molestado, porque Holly le había entregado su corazón a él, Reynard Sharp, bastardo de nacimiento y desconfiado hasta la médula, indigno de su amor pero agradecido de tenerlo, si pudiera recuperar su confianza.

Holly le había demostrado que la dureza de corazón no procedía de la abundancia de fondos. Procedía de sentirse demasiado inseguro para dar libremente desde el corazón. Su madre se habría horrorizado al ver cómo intentaba protegerse del entusiasta amor de Holly. Rey había actuado de la misma manera que su padre bastardo hacia la señorita Sharp, la doncella que había amado a un hombre roto y había sido aplastada bajo su talón. Por eso ella había reclamado el apodo que lo ataba a su progenitor. Su padre había optado por endurecer su corazón contra el muchacho que llevaba el nombre de su familia —Reynard—, pero el hecho de que compartieran un nombre no significaba que no pudiera tomar una decisión diferente en cuanto a cómo tratar al amor de su vida.

—¿Has cambiado de opinión, ahora que estoy lo suficientemente molesta como para cancelar nuestra boda por última vez? —murmuró Holly. Su barbilla tembló como si las lágrimas

estuvieran a punto de caer—. Entonces la leeré yo.

Cada palabra que pronunciaba dejaba claro lo mal que la había juzgado. El dolor de Holly se transmitía en cada sílaba. Cuando terminó, la arrugó hasta convertirla en una bola.

—No honraré a Lord Pickford con una respuesta. Ojalá alguien, cualquiera, me hubiera informado de sus intereses antes de que hiciera el ridículo ante todo Londres.

—Señorita Mayweather, esto es una capilla y debe cuidar su lenguaje —le reprendió el vicario.

Pero Holly no lo aceptó.

—¿Acaso Jesús no cabalgó un asno hasta Jerusalén?

El vicario palideció.

—Así fue.

—Si "asno" es lo suficientemente bueno para Dios, lo es para mí.

Reynard se rió entre dientes. Era gloriosa en su furia, incluso cuando la dirigía contra él.

—Y usted, señor Sharp. No me casaré con usted. Su oferta no es mejor que esta parodia —Lanzó la carta arrugada contra su pecho. Rebotó y cayó al suelo con un roce—. Le deseo toda la felicidad.

Holly recogió sus faldas e intentó pasar junto a él con paso firme. Pero Reynard no estaba dispuesto a dejarla ir tan fácilmente. Su mano salió disparada cuando ella pasó en un arrebato de sentimientos heridos y lágrimas contenidas.

—Espera —dijo, cogiéndola del codo. Holly se quedó paralizada ante su contacto. Después de tomar aire, Reynard empezó a recitar:

Cuando, en desgracia ante la fortuna y los ojos de los hombres,
Yo solo lloro mi condición de paria,
Y molesto al cielo sordo con mis gritos inútiles,
Y me miro a mí mismo y maldigo mi destino,
Deseando ser como uno más rico en esperanza,
Dotado como él, como él con amigos,
Anhelando el arte de este hombre y el alcance de aquel,
Con lo que más disfruto menos contento;
Sin embargo, en estos pensamientos casi despreciándome,
Por casualidad pienso en ti, y entonces mi estado,
(Como la alondra al romper el día que se eleva
Desde la tierra taciturna) canta himnos a las puertas del cielo;
Pues tu dulce amor recordado tal riqueza trae
Que entonces desdeño cambiar mi estado con reyes.

—Soneto 29 —dijo Holly cuando terminó. A mitad del poema había empezado a volverse hacia él.

—Una oda a los sentimientos de insuficiencia del hombre y un recordatorio de lo afortunado que es de tener el amor de su dama —Sacó el libro de su bolsillo y se lo tendió—. Cuando leí estos versos anoche vi lo que no había querido reconocer. Como hago a menudo cuando se trata de ti, me propuse hacer que ocurriera el peor resultado posible. ¿Puedes perdonarme... otra vez?

Holly pasó la palma de su mano enguantada por la cubierta.

—No lo sé. Memorizar un poema no cambia el hecho de que no confías en mí.

—No. No lo hace. Necesitaríamos más tiempo para que yo lo gane —¿Qué podría decir para convencerla?—. Estaba... estoy... aterrado de perderte. Antes de esta semana, Holly, pensé que no importaba. Serías un adorno para decorar mi nueva vida, si alguna vez llegara a suceder, y

viviríamos separados. Pero cuanto más te conocía, más me daba cuenta de que nunca podría tolerar un matrimonio sin amor. No me importa lo poco elegante que sea estar embelesado con la propia esposa. Estoy enamorado de ti.

Holly lo miró con cautelosa esperanza.

—¿Qué te hizo creer que yo quería vivir separada?

—No te gusta el campo. Amas la vida en la ciudad. Cuando y si llega la carta otorgándome un beneficio, tendré que pasar mucho tiempo supervisando las reparaciones de la propiedad. Puede que solo pueda ir a Londres unas pocas veces al año.

—Rey. Disfruto Londres, pero no será lo mismo que antes de conocerte. No estoy suspirando por volver.

¿Se atrevía a tener esperanzas?

Ella trazó el borde dorado en el lomo del libro.

—Supongo que podrías querer el consejo de una esposa para amueblar un hogar. Si yo cambiara de opinión.

—Si tiene la intención de hacerlo, por favor, hágalo de una vez —interrumpió el vicario malhumorado.

—Por favor, Holly. Sé mi esposa. Puedes hacerme suplicar todos los días por el resto de mi vida. Después de todo, el curso del verdadero amor nunca fue suave —Su mano encontró la de ella y la apretó suavemente. Después de un minuto, ella le devolvió el apretón.

—Nunca tuve la intención de casarme con él después de que se fue, ¿sabes? Una cosa es tener un matrimonio amistoso y compañero, pero otra muy distinta es ser puramente transaccional sobre el arreglo.

—Estoy muy de acuerdo.

Holly abrió el libro en un poema, que aún no he elegido, y se lo pasó al Vicario.

—Aquí, lea esto, por favor.

El vicario se aclaró la garganta y comenzó a leer el Soneto 16:

No dejemos que al matrimonio de las almas fieles
Se admitan impedimentos. No es amor
El que se altera al descubrir alteración
O cede cuando el alejamiento llega.

—Reynard Sharp, consiento ser tu esposa legítima.

Un vítore se elevó desde el fondo de la habitación.

—¡Shhh! —siseó el clérigo como si temiera que aún pudieran echar a perder la ceremonia antes de su conclusión—. Los declaro marido y mujer —Cerró de golpe el pequeño volumen y declaró—: Puede besar a la novia.

Y con eso, Holly y Reynard se convirtieron en el Sr. y la Sra. Sharp.

Epílogo

SEIS AÑOS DESPUÉS…

—¿Recuerdas el baile de la Duodécima Noche cuando recién nos habíamos casado? —preguntó Holly. El humor tocó sus suaves labios. Los copos de nieve brillaban en sus rizos. Las notas de un vals flotaban desde el balcón hasta sus cremosos hombros expuestos.

—Sí. —La velada había sido como un cuento de hadas. La novia que no merecía ganar no se había separado de su lado en toda la noche. Su entrada al salón de baile de los Stapleton había sido su primera aparición como marido y mujer. Tras el anuncio del señor y la señora Sharp, una ovación ensordecedora casi hizo temblar el techo. —Eras la novia más hermosa que jamás se hubiera sonrojado al atravesar una multitud.

Ella rió. Volutas de su aliento se elevaron en el aire frío. —Yo estaba tan orgullosa de tener al novio más apuesto a mi lado.

Él se inclinó para presionar un suave beso en los labios rosados y carnosos que había saboreado cada mañana desde entonces. —Y el más devoto.

—Soy una esposa muy exigente. O lo era, hasta que llegaron el pequeño Georgie y Charlotte.

Fue su turno de reír. —Menudo par de bribones me has dado. —Los pequeños pillos de cabello rubio y ojos marrones mantenían a sus abuelas muy ocupadas. Su madre, ahora conocida como la señora Sharp y residente permanente de su propia casita en Kingscroft Tower, la propiedad que Prinny finalmente le había concedido a Rey unos meses después de la boda, visitaba la casa a diario. Para su gran alivio, las dos mujeres se habían llevado espléndidamente. Holly había estado tan ansiosa por la aprobación de una madre que cualquier madre le servía. Mejor aún, una vez que vio que su lugar como principal irritante en la vida de Holly había sido contenido con éxito, la señora Mayweather cambió de táctica. Ahora se entretenía compitiendo con la señora Sharp para ver qué abuela podía mimar más a los nietos.

El campo, resultó, tenía más que suficientes intrigas y dramas para mantener a Holly ocupada entre temporadas en Londres.

La cobijó bajo su brazo mientras caminaban por el sendero cubierto de nieve. Una luna brillante iluminaba las siluetas de Amity y Finlay Weston tomados de la mano bajo la luz de la luna. Su última hermana, Mary Anne, se había casado el otoño anterior con un vicario viudo. Las numerosas ramas fructíferas de la familia Mayweather continuaban expandiéndose rápidamente. A Amity le gustaba bromear diciendo que los Mayweather constituirían la mitad de la población de Herefordshire, después de unos cuantos matrimonios más. Las mujeres seguían tan unidas como siempre, especialmente con hijos nacidos con pocos meses de diferencia.

—Hablando de nuestra encantadora descendencia —dijo Holly con una sonrisa que arrugaba las comisuras internas de sus ojos. Rey sabía ahora que eso significaba que se estaba riendo de

una broma interna y había llegado a amar esa visión. —¿Estás listo para ampliar nuestra prole?

—¿Ya? —Dos hijos en seis años no eran precisamente prolíficos según los estándares aristocráticos, pero Holly había decidido amamantar a George y Charlotte cuando eran bebés. Los niños llegarían a su debido tiempo y serían más saludables esperando. Solo recientemente habían comenzado a intentar tener otro bebé.

—Un bebé de pleno verano, si la suposición de la partera es correcta. Había estado guardando el secreto, solo por si acaso. Pensé que esta noche era el momento perfecto para decírtelo.

—Lo es, amor. —Le apretó la mano. —Cualquier momento es perfecto para decírmelo, pero estar aquí, con tus padrinos donde nos casamos, lo hace aún más especial.

—Pensé que, si te gustaba la idea y si es un niño, podríamos llamarlo Reynard.

Rey se quedó inmóvil. Su padre natural había fallecido hacía dos años. Nunca hubo una reconciliación. Sin embargo, había habido una única carta sin firmar de su progenitor felicitándolo por recibir un título de caballero y Kingscroft Tower. Tras su muerte, un legado inesperado a la señora Sharp le había permitido comprar la casita que tanto amaba ahora.

—Sé que tiene significados contradictorios para ti... —dijo Holly rápidamente. Él la interrumpió con un beso.

—Es perfecto, amor.

Y lo era.

~

¡Gracias por leer! Si te gustó este libro, deja una reseña.

Más libros de Carrie Lomax:

El Duque y el Secreto de la Nochebuena

Tiene hasta que deje de nevar para derretir su corazón...

Cuando Octavia Dawson se dispuso a visitar a su hermana por Navidad, no contaba con que una tormenta de nieve la obligaría a buscar refugio en un castillo aparentemente abandonado. Allí, Tavi conoce a Ian Harkness, el cuidador de la propiedad... o eso cree ella.

Ian no planeaba recibir a una invitada durante la inspección de su ruinosa residencia rural. La única habitación habitable es su cámara privada. Tendrán que compartir su cama.
Cuando surge una pasión inesperada, se rinden a la tentación, pero ambos saben que no puede durar. Cualquier duque sensato que acabara de heredar una propiedad en ruinas buscaría casarse con una rica heredera, no encapricharse con una plebeya impetuosa.

Tras la partida de Tavi, Ian encuentra el valioso regalo para la hermana de ella y corre a devolvérselo. Pero Tavi no pidió un duque esta temporada navideña... y ninguno de los dos está preparado para el escándalo que se avecina.

El Duque y el Secreto de la Nochebuena es una novela corta de romance histórico con una pareja atrapada por la nieve, una identidad secreta, un héroe duque, una heroína solterona,

una sola cama y un final feliz.

Leer ahora

Nota de la autora

Cuando escribí este dueto, fue para mostrar una amistad entre dos mujeres muy diferentes que, sin embargo, es profundamente sincera y genuina. Una tímida y una socialité, primas con todas las razones para el resentimiento, encuentran consuelo la una en la otra y se enamoran de hombres inesperados. Espero que estas novelas cortas hayan calentado tu corazón esta temporada navideña, ¡o cuando sea que las estés leyendo!

Estas historias están ambientadas durante la época dorada de las fiestas en las casas inglesas. Visitar y ser anfitrión era un gran pasatiempo entre la clase alta. Jane Austen escribió memorablemente sobre la escena social del campo; de hecho, ella misma era una chismosa y coqueta con comentarios maravillosamente mordaces. Holly está inspirada libremente en sus ingeniosas cartas a su hermana.

Te invito a leer otra novela corta navideña, , un romance histórico de amor instantáneo entre un duque secreto atrapado por la nieve con una solterona.

También podrías disfrutar de mi novela corta independiente con Max y Emma, , una entrada al apasionante mundo victoriano de mi serie Virtud y Vicio. Puedes reclamar un precuela gratuita cuando te suscribas a mi boletín en .

Acerca del Autor

Carrie Lomax es la autora superventas de novelas románticas históricas y contemporáneas. También escribe novelas románticas de fantasía new adult llenas de angustia bajo el seudónimo de Joline Pearce.

Criada en la Wisconsin rural, pasó mucho tiempo explorando los bosques y fantaseando con nuevos lugares. Sus aventuras la llevaron a Oregon, Michigan, y después de una temporada enseñando en Francia, se mudó a la ciudad de Nueva York, donde permaneció durante los siguientes 15 años. Allí obtuvo dos títulos de posgrado, un esposo y una carrera como bibliotecaria. Ávida corredora, lectora y ciclista, vive en Maryland con dos lectoras en ciernes y su héroe romántico de la vida real.

Síguela en redes sociales:

Otras Obras de Carrie Lomax

Cala del Caballero

El Duque y el Secreto de la Nochebuena

El Canalla Secreto de la Solterona

La Novia Robada del Pirata (Febrero de 2025)

Escándalos de Londres

El Señor Indómito

El ascenso de Lady Dalton

El Señor Perdido

El Corazón Robado del Duque

Las Doce Noches

Dueto de Doce Noches

(Colección de Novelas Cortas Navideñas, Doce Noches de Escándalo y Doce Noches de Perdición)

Virtud y Vicio

Casada por el Duque